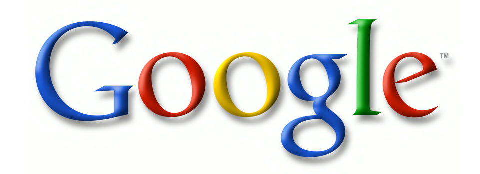
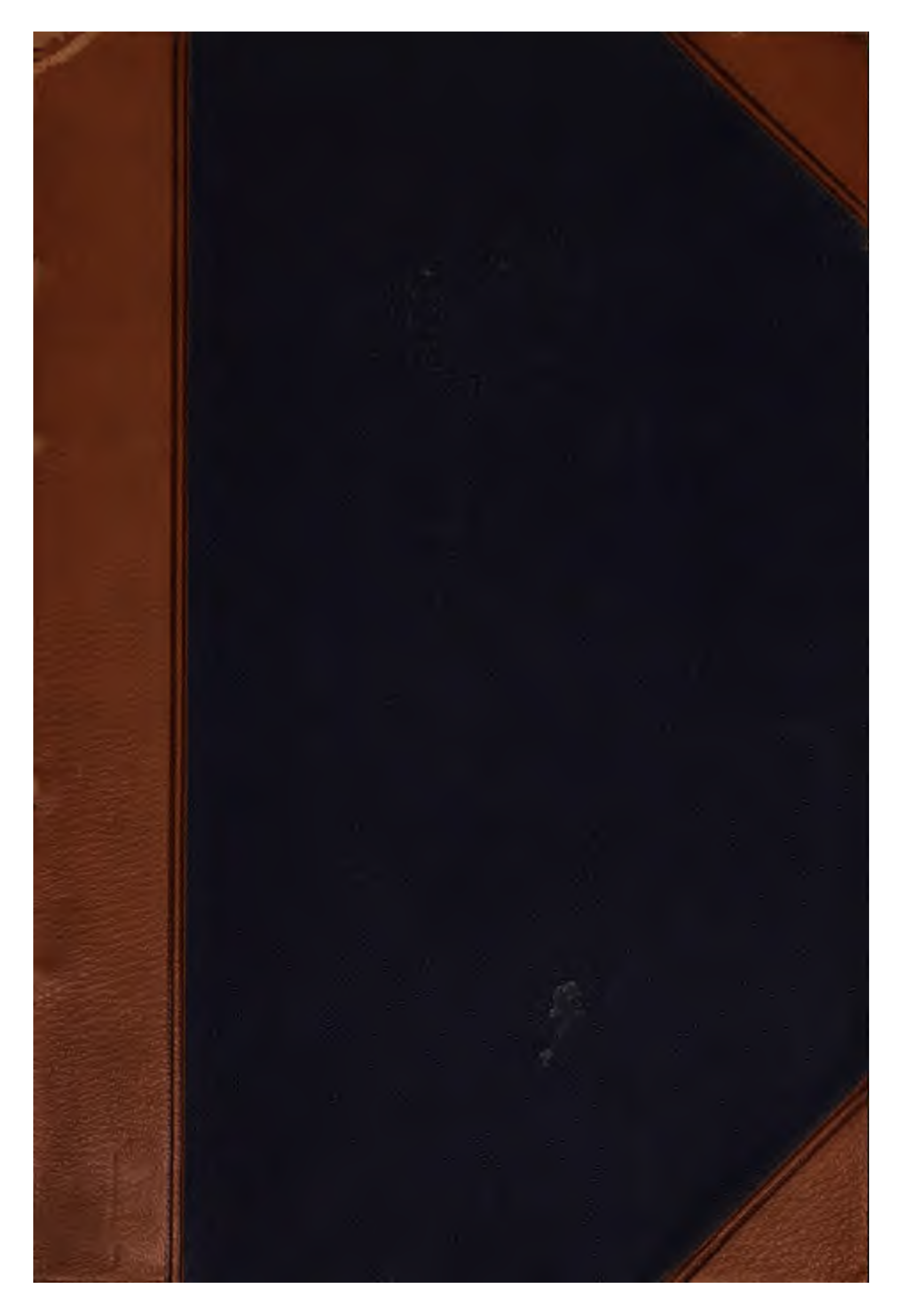






HISTORIA

POLÍTICA Y LITERARIA

DE LOS TROVADORES,

POR

DON VÍCTOR BALAGUER,

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO QUINTO.

MADRID:
IMPRENTA DE FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

1879.

HISTORIA
DE LOS TROVADORES.

HISTORIA

POLÍTICA Y LITERARIA

DE LOS TROVADORES,

POR

DON VÍCTOR BALAGUER,

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

TOMO QUINTO.

MADRID:

IMPRENTA DE FORTANET,

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

1879.

LOS TROVADORES.

GUILLERMO DE TUDELA.

I.

Guillermo de Tudela ha pasado y pasa por ser el autor del poema ó, como él lo titula, *Cancion de la cruzada contra los herejes albigenses (Cansós de la crozada contra 'ls ereges d' Albegés).*

Mucho han dado que hablar este autor y este poema.

Para Raynouard no cabe duda alguna por lo tocante al nombre del autor. El mismo poema lo dice, y no hay más que leer su comienzo:

«En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, comienza la cancion que hizo maese Guillermo clérigo que se educó en Tudela de Navarra, y que vino despues á Montalban, como la historia dice. Permaneció allí once años, y al duodécimo se fué á causa de la destruccion que adivinó y vió por la geomancia, que habia estudiado largo tiempo. Y conoció que el país sería incendiado y destruido á causa de la loca

creencia que habia abrigado, y que los ricos ciudadanos llegarian á pobres perdiendo sus riquezas, y que los caballeros se verian proscritos, teniendo que ir á buscar en medio de grandes duelos, hospitalidad en extranjeras tierras...

»Entónces hizo este libro y lo escribió él mismo desde el principio hasta el fin...

El nom del Payre e del Filh e del Sant Esperit
comensa la cansós que maestre Guilhem fit,
un clerc que fo en Navarra, á Tudela, noirit,
pois vint á Montalbá, si cum l' hestoria dit.
S' i estet onze ans, al dotze s' en issit
per la destrutió qu' el conog e vit
en la geomancia, el ac lonc temps legit...

A pesar de esto y de que todavía se repite el nombre otra vez, más adelante, Fauriel, al trasladar y traducir la *Cancion de la cruzada*, pone en duda la persona y la patria del poeta con argumentos que no dejan de tener alguna fuerza, y concluye por asegurar que el autor no fué español, sino de la parte del Mediodía comprendida entre los Pirineos y el Ródano, que fué despues el Languedoc.

Don Toribio del Campillo en un erudito apéndice á su *Ensayo sobre los poemas provenzales*, reivindica para España la gloria de haber sido patria de este poeta, y refuta con ingenio los argumentos de Fauriel.

Don Manuel Milá en sus *Trovadores de España*, vacila, y pesando el pro y el contra, se entrega á ciertas atinadas observaciones. Por lo que toca á la persona y á la

cualidad del autor, encuentra en el poema mismo versos y frases que parecen convenir, más bien que á un clérigo, á un juglar ó trovador ambulante; y por lo que respecta á la patria, halla poderosos motivos que abogan en favor de España. Sin embargo de todo, Milá termina por proponer una hipótesis, la de que Guillermo pudiese ser un trovador ambulante, de familia originaria de Gascuña, pero establecido en un barrio franco de una de las ciudades de Navarra, seguramente Tudela.

La última palabra sobre esta cuestion la ha pronunciado Pablo Meyer.

En un excelente trabajo publicado en la *Bibliothèque de l' École des Chartres*, VI série tomo I, M. Pablo Meyer se entrega á minuciosas pesquisas para averiguar quién fué el autor de la *Cruzada contra los albigenses*, y de una manera concluyente prueba que es obra, no de uno, sino de dos autores.

La primera parte de la obra, que termina en la CXXXI série ó grupo de versos, ha sido compuesta por Guillermo de Tudela que se da á sí mismo por autor del poema en dos distintos lugares, al principio y en el verso 207. Pablo Meyer ha descubierto tambien que Guillermo de Tudela era un familiar del conde Balduino, hermano de Ramon VI de Tolosa, que se declaró enemigo de su hermano poniéndose del lado de los cruzados, lo cual explica el entusiasmo de aquel escritor por la cruzada.

En cuanto á la segunda parte, que está escrita bajo un punto de vista muy diverso, Meyer la atribuye á

un trovador tolosano, cuyo nombre ha permanecido ignorado.

Aclarado este punto, vamos al poema que es á la vez un monumento histórico y un monumento literario, pudiendo ser objeto de un doble exámen, como acertadamente observó Raynouard.

Es la historia en verso de aquella célebre y terrible cruzada contra los albigenses que dió por fruto y triste resultado la ruina de la casa de Tolosa, la muerte de D. Pedro I, el rey caballero de Aragon, el fracaso de la nacionalidad meridional, la destruccion de la Provenza, el triunfo de la lengua de *oil* sobre la de *oc*, el dominio de la nacion francesa en todo el Mediodía, la pérdida de la literatura de los trovadores, y el establecimiento de aquel tremendo tribunal de la Inquisicion, nacido en Francia, sostenido por los franceses para ahogar el espíritu libre é independiente de las comarcas meridionales, y que en ninguna parte, por más que luégo se haya dicho todo cuanto se quiera con referencia á España, en ninguna parte ha cometido más horrores ni más crímenes que en Francia.

La *Cancion de la cruzada* es la verídica historia de aquel triste Calvario á que hubieron de subir las provincias meridionales de la que hoy es Francia, por el *crímen* de haberse adelantado á su siglo, admitiendo en su seno la libertad política y religiosa, en plena Edad-media, cuando la mayor parte de la Europa estaba sumida en la ignorancia y sometida al más grosero despotismo.

La *Cancion de la cruzada* traza con vivos colores el

singular y funesto destino de aquella nacion romana que despues de haber encendido, la primera en Europa, la antorcha de una civilizacion pacífica é inteligente, fué violentamente disuelta, hundida de nuevo en las tinieblas de la barbarie, y atada por la Iglesia al carro triunfante de una nacion, cuyos instintos eran contrarios á los que despertó en aquel rico suelo la libre y admirable poesía de los trovadores.

No en vano, pues, ha dicho uno de los autores de este poema, sintetizando su elevado pensamiento en dos notables versos puestos en boca del conde de Tolosa: — « Ningun hombre en el mundo, por gran señor que fuera, hubiera podido arrojarme de mi tierra, á no ser la Iglesia. »

> No hi há home sur terra per gran senhor que fós
> que'm gités de ma terra, si la Gleysa no fós.

Si hubiesen de tenerse en cuenta los preceptos del arte y el rigorismo de doctrina, el monumento histórico que nos ocupa no debiera ser calificado de poema, pero no parece justo negar este honroso título á un cuadro en que está descrita toda una época y pintada toda una sociedad, á una obra en que, con el colorido de la poesía y la alteza del pensamiento, se narra uno de los más trascendentales acontecimientos de la Edad-media, el de una civilizacion que se impone por la inteligencia, por la paz y por el amor y que se destruye por el hierro, por el fuego y por la sangre.

La *Cancion de la cruzada* es una verdadera epopeya carlovingia, no sólo por el ritmo, sí que tambien por

la forma narrativa y descriptiva: contiene largos discursos é interminables deliberaciones, como sucede en los poemas caballerescos, pero hay el color de la verdad histórica, la fidelidad de los hechos, delicadezas de ingenio, pasajes de originalísima belleza, creaciones robustas de caractéres.

Componen la obra 9.578 versos divididos por grupos ó séries de número indeterminado de versos monorrimos, terminados por hemistiquio. Comienza con la cruzada y concluye en el año 1219, cuando Luis de Francia, hijo de Felipe Augusto, despues de la rendicion de Marmanda, se presenta á poner sitio á Tolosa al frente de formidable hueste.

Despues de comenzar con los versos citados más arriba, entra en materia y cuenta de qué manera se habia extendido la herejía por las comarcas de Albi, Tolosa, Carcasona, Beziers, etc.

Siguen las primeras predicaciones del abad del Cister; la mision del legado del papa Pedro de Castelnau, muerto á manos de las gentes del conde de Tolosa; la irritacion del papa por esta muerte y las censuras de la Iglesia; la asamblea presidida por el Sumo Pontífice en que se resuelve la cruzada; la predicacion que hace de ella el abad del Cister, nombrado para dirigirla; la reconciliacion del conde de Tolosa con la Iglesia, lo cual no impide que el ejército de los cruzados siga en la persecucion de los herejes, presentándose ante Beziers.

La horrible catástrofe de Beziers está descrita con vivos colores, sin embargo de que Guillermo de Tudela es tan poco favorable á los herejes en la primera parte,

como el autor anónimo de la segunda lo es con Simon de Montfort y los cruzados.

La matanza de Beziers ha dejado memoria en toda aquella comarca. Perecieron á centenares, pasados á cuchillo, los habitantes de la ciudad, hombres, ancianos, mujeres, niños. Una gran multitud se habia refugiado en la iglesia, mezclados y en confusion, herejes y católicos: se pidió gracia para estos últimos al abad del Cister, pero éste contestó:

— Matadles á todos, que Dios ya reconocerá á los suyos.

Segun la *Cancion de la cruzada*, fué el dia de la fiesta de la Magdalena cuando el abad del Cister llegó al pié de los muros de Beziers, acampando con su hueste, más numerosa que el ejército de Menelao cuando el rapto de Elena:

> So fo á una festa qu' on ditz la Magdalena,
> que l' abas de Cistel sa granda ots amena:
> trastota, entorn Bezers, alberga sus l' arena;
> c' anc la ost Menelau, cui Paris tolc Elena,
> no fiqueron tan trap els portz dessotz Miscena...

Matan los habitantes de Beziers á un cruzado francés, y en seguida la ciudad es invadida por 15.000 perdidos y descamisados, que con un jefe llamado *lo rey dels arlots* (el rey de la canalla) precedian al ejército regular de los cruzados. Los infelices habitantes, llevándose á sus mujeres é hijos, se refugiaron en la iglesia como única esperanza de salvacion. Los sacerdotes se revisten y hacen sonar las campanas, como si quisieran celebrar un oficio de difuntos.

Al moster (iglesia catedral) general van il plus tost fugir;
li prestre e li clerc s' anero revestir
e fan sonar los senhs cum si volguessan dir
messa de mortuorum per cors morts sebelir.

La santidad del sitio no detiene el furor de la canalla, que ha entrado salvando fosos y muros, siguiendo al rey *dels arlots*, y esparciéndose por la ciudad. Las iglesias no son ni siquiera un hogar de asilo para los sacerdotes mismos. Nada puede garantir á los infelices habitantes, ni cruz, ni altar, ni crucifijo. La canalla pasa á degüello á todos, clérigos, mujeres, niños. «¡Que Dios, si así le place, reciba sus almas en el Paraiso! No creo que nunca, desde el tiempo de los sarracenos, haya tenido lugar ó haya sido consentida tal carnicería.»

Que no ls' pot gaudir crotz, autar ni crucifis:
e los clerc auzizian li fol ribautz mendics,
e femnas e efans, c' anc no cug us n' ichis.
¡Dieu recepia sas armas, s' il platz, en Paradis!
c' ancmais tant fera mort del temps sarracinis
no cuge que fos faita, ni c' om la cossentis!

Despues de esta reflexion, muy de notar en el autor de la primera parte favorable á los cruzados, cuentan que *el rey* y su canalla creyeron haberse hecho ricos ya para siempre con lo que robaron, y gritando entónces ¡á fuego! ¡á fuego! entregan la ciudad á las llamas, que se esparcen en seguida, invadiéndola de un extremo á otro.

Le Reys e li arlot cuieren estre gais
dels avers qu' an pres e ric per tos temps mais.

Quant sels lor o an tolt, tug escrian á fais,
á foc! á foc!...
La ciutatz s' en espren e leva se l' esglais;
la vida ars trastota de lonc e de biais.

A los tres dias los cruzados se dirigen sobre Carcasona, donde se hallaba el vizconde de Beziers, el cual se dispone á resistirse, y reune á los suyos á quienes dice que tomen las armas y monten en sus caballos:

E le vescoms estet pels murs e pels ambans.....
—«Senhors, ditz lo vescoms, totz vos aparelhatz.
Anatz pendre las armas, en los cavals montatz.»

Entra el poema en minuciosos detalles sobre los aprestos del sitio, las asambleas entre los sitiados y los sitiadores, la llegada al campo del rey de Aragon con cien caballeros para poner paz, las conferencias de don Pedro con el vizconde de Beziers, las tentativas y esfuerzos del monarca aragonés para evitar la lucha, y la conviccion que adquiere de ser inútil todo, cuya conviccion lleva al rey, dice el poema, á exclamar entre dientes:—«Esto no terminará hasta que se vea á un asno volar bajo el cielo.»

Lo reis ditz entre dens: «Aissó s' acabará
aissi tost co us azes sus el cel volará.»

El rey, airado de no haber podido llevar á los cruzados á un arreglo, se retira, y el vizconde de Beziers, con ánimo varonil, se dispone á una tenaz defensa, pero comete la imprudencia de salir á parlamentar en persona, cayendo en manos de los cruzados. Los defensores de

la ciudad, entónces, sin jefe ni guía, se amotinan, abandonan los puestos, huyen, y Carcasona cae en poder de los sitiadores.

Sigue la asamblea en que el abad del Cister, despues de haber celebrado la misa del Espíritu Santo, ofrece el vizcondado y dominio de Beziers y Carcasona á los señores que le acompañan, al conde de Nevers, que, noble y pundonoroso, no lo quiere, al conde de San Pol, que tambien lo rechaza, á Simon, señor de Montfort, por fin, que lo acepta.

El abad del Cister hace reconocer entónces al de Montfort como señor y dueño de aquellos dominios, y le da á guardar el prisionero vizconde de Beziers.

Al llegar aquí el poema, con un laconismo admirable, que lo da á entender todo, y valiéndose de sólo tres versos para describir un carácter y contar un crímen, dice:

«Y el conde de Montfort, que tiene corazon de leon, se queda con Carcasona y guarda en prision al vizconde, que murió en ella de disentería.»

E lo coms de Monfort, qui a cor de leon
remás á Carcassona e gardás en prison
lo vescoms, que mori aprés de menazon.

Cuenta luégo el poema cómo el conde Ramon de Tolosa se decide á hacer un viaje á Roma, á pesar de la oposicion del abad de Cister, y va narrando con escrupulosa exactitud todos los sucesos que se siguieron.

La vuelta del conde Ramon de Roma, sin haber conseguido nada; la confianza con que éste entregó el

castillo Narbonés al legado del Papa y al obispo de Tolosa, que lo era ya á la sazon aquel trovador Folquet que desertó la causa de la patria y de los trovadores para hacerse monje del Cister y obispo de Tolosa; la nueva mediacion del rey D. Pedro y sus conferencias con el legado y con Montfort, jefe ya de los cruzados, sin conseguir nada en difinitiva; el sitio y asalto de Minerva por Montfort donde éste hizo *quemar á muchos herejes*; los varios hechos de armas de aquel período; las asambleas y concilios de Arles y Narbona, á que asistieron el conde de Tolosa y el rey de Aragon; la resolucion al fin tomada por el conde de Tolosa de defender sus Estados; el sitio de Lavaur por los cruzados; las victorias del conde de Foix sobre éstos; la venganza tomada por Montfort y sus triunfos; la traicion de Balduino, hermano del conde de Tolosa, y otros sucesos, narrados todos con histórica fidelidad, hasta llegar al momento en que D. Pedro de Aragon, aunque tarde, se decide á desenvainar su espada y á acudir con su catalanes y aragoneses en auxilio de su cuñado el conde de Tolosa, tan humillado por la Iglesia, tan maltratado por los cruzados, y tan digno de mejor suerte.

El episodio de la batalla de Muret es uno de las más interesantes del poema. Comienza describiendo la llegada de D. Pedro al campo de Muret, donde plantó su oriflama, con la flor de sus caballeros catalanes y aragoneses, decidido á no dejar cruzado desde Montpellier hasta Rocamador á quien no hiciera morir entre duelos y tristeza.

[illegible]

[illegible] preparativos [illegible] de To-[illegible] que á los [illegible] de Montfort, acu-[illegible] hombres de armas que [illegible] que á [illegible] res-[illegible] y las [illegible]

[illegible]

Don Pedro [illegible] á los suyos [illegible] despues de unas palabras cruzadas entre él, D. Miguel de Luna y el conde de Tolosa. Por su parte, Simon de Montfort arenga á los barones de Francia, despliega su bandera, y recibida la bendicion del [illegible] Folquet, obispo de Tolosa, avanza la hueste contra el campo del rey de Aragon.

Trábase el combate, que es fatal para la causa de Tolosa. Muere de los primeros el monarca aragones,

(1) [illegible] es decir, un caballo de este precio.

peleando como [illegible]
medio de la [illegible]
se desbandar á [illegible]
de la espada [illegible]
cruzar [illegible]

«Grande [illegible]
el rey de Aragon [illegible]
muchos [illegible]
para toda [illegible]

[illegible]

La [illegible]
pleo, el [illegible]
su hijo [illegible]
patria, y Simon de [illegible]

Cuenta [illegible]
á Roma, [illegible]
momento [illegible]
de 1215.

El episodio [illegible]
de la cruzada [illegible]
presidida por [illegible]
maestra y [illegible]

Allí, en [illegible]

El bon reis d'Aragó, desus son milsoldor (1),
es vengutz á Murel, e pauza il' auriflor...
ac cels de Catalonha i amenet la flor
e de lai, d' Aragó, trop ric combatedor...
No laissará crozat en castel ni en tor
de lai de Montpeler entró á Rocamador
que no' ls fassa morir á dol e á tristor...

Cuenta la asamblea de los capitanes; los preparativos del sitio de Muret; la llegada de los hombres de Tolosa; la reunion de todas las huestes; el auxilio que á los sitiados se dispuso á prestar el conde de Montfort, acudiendo personalmente. «Eran tantos los hombres de armas que allí se congregaron, dice, que la llanura resplandecia como si fuese de cristal, por los yelmos y las espadas.»

La ribeira resplan com si fos de cristalh
dels elmes e dels brans.

Don Pedro da la señal de la batalla y exhorta á los suyos con levantadas frases, despues de unas palabras cruzadas entre él, D. Miguel de Luziá y el conde de Tolosa. Por su parte, Simon de Montfort arenga á los barones de Francia, despliega su bandera, y recibida la bendicion del trovador Folquet, obispo de Tolosa, avanza la hueste contra el campo del rey de Aragon.

Trábase el combate, que es fatal para la causa de Tolosa. Muere de los primeros el monarca aragonés,

(1) «Jinete en sus mil sueldos de oro;» es decir, un caballo de este precio.

peleando como bueno, y gritando á sus enemigos en medio de la lucha: «¡A mí! ¡Yo soy el rey!» Todos se desbandan al caer D. Pedro: unos perecen á los filos de la espada del vencedor, otros huyen y se ahogan al cruzar el rio. Todo es destruccion y muerte.

«Grande fué la ruina, el dolor y la pérdida cuando el rey de Aragon quedó muerto y ensangrentado con muchos otros barones: grande fué tambien la vergüenza para toda la cristiandad y para todas sus gentes.»

> Mot fo grans lo dampnatges e'l dols e'l perdementz,
> cant lo reis d'Aragó remás mort e sagnens,
> e mot d' autres barós; don fo grans l'aunimens
> á tot crestianesme e a trastotas gens.

II.

La rota de Muret dió por de pronto, y por completo, el triunfo á los cruzados. El conde de Tolosa y su hijo abandonaron el país, saliendo proscritos de su patria, y Simon de Montfort entró triunfante en Tolosa.

Cuenta el poema cómo los condes proscritos fueron á Roma, á través de grandes peligros, llegando en el momento de ir á celebrarse el concilio de Letran de 1215.

El episodio más bello y más importante de la *Cancion de la cruzada* es aquel en que describe la gran asamblea presidida por el papa. La pintura está hecha de mano maestra y el cuadro es acabado.

Allí, en aquel concilio, habia cardenales y obispos y

otras dignidades de la Iglesia y condes y vizcondes de diversas partes del mundo. Ante él comparecieron el conde de Tolosa y su hijo «gallardo y bueno, y tambien el conde de Foix, gentil y de pro.»

Lai fo 'l coms de Tolosa e sos fils belhs e bos..
E fo i'l coms de Foih qu' es avinens e pros.

Arrojáronse á los piés del papa para pedirle justicia contra el usurpador de las tierras que habian sido de sus abuelos, y el papa se afligió, suspiró y lloró al oir la narracion de tantas desgracias, «pero no les valieron á los condes ni derecho, ni fe, ni razon.»

Mas lai no val als comptes dreitz ni fes ni razós.

Habló el primero el valiente conde de Foix para defender su derecho, y hé aquí el levantado discurso que en sus labios pone el autor del poema:

—«Señor Santo Padre, á quien todo el mundo venera, así como á la cátedra de San Pedro y á su autoridad, en donde todos los pecadores deben hallar proteccion y donde debe haber rectitud, paz y justicia, porque en ella estás tú colocado para salud de todos: señor, escucha mis razones y devuélveme mis derechos, puesto que asegurar puedo, y afirmarlo con juramento, que nunca favorecí á herejes ni á malvado alguno, ni busqué su sociedad, ni aprobé su conducta. Sometido estoy á la Santa Iglesia, y á tu tribunal vine para ser juzgado lealmente, yo, y el poderoso conde mi señor, y su hijo tambien, que es gentil y bueno y juicioso y de tierna juventud, sin que jamás haya cometido ni maldad ni

falsía. Y pues que ni el derecho le acusa, ni la razon le reprueba, ni ha cometido error ni falta contra nadie ni contra nada, grandemente me sorprende que haya quien pueda permitir su exheredacion. El poderoso conde mi señor se puso, él y su tierra, á tu discrecion, entregando la Provenza y Tolosa y Montalvan, y sin embargo se le desposeyó de todo, dándoselo al peor enemigo y de peores intenciones, el Sr. Simon de Montfort, que tortura á aquellos habitantes, y los ahorca y los martiriza y los destruye y los humilla, sin que entre un rayo de piedad en su alma. Así es que despues de haberse puesto bajo tu salvaguardia, han venido á caer en el peligro y en la muerte. Y yo mismo, poderoso señor, por tu órden entregué el castillo de Foix, con sus soberbias torres y murallas, siendo castillo tan fuerte que se defiende él mismo, habiendo en él pan y vino en abundancia, carne y otros víveres, y agua dulce y clara bajo la roca inclinada, y estando guarnecido por bien armadas y valerosas gentes, de tal modo que nunca lo hubiera yo perdido por combate. El cardenal, si quiere decirlo, sabe cómo lo entregué, y si no se me devuelve lo mismo, confieso que jamás hombre alguno puede tener fe en ninguna honrada palabra.»

E ieu meteis, ric senher, per lo tieu mandament,
rendei 'l castel de Foih, ab lo ric bastiment;
e 'l castel es tant fortz, qu' el mezeis se defent;
et i avia pa e vi pro e carn e froment,
e aiga clara e doussa sus la rocha pendent,
e ma gentil companha e mot clar garniment;
e no 'l temia perdre per nulh afortiment...

El cardenal, que estaba presente, se levantó entónces á decir que era verdad cuanto habia hablado el conde y que éste habia fielmente obedecido á Dios y al papa.

Pero allí estaba tambien *el traidor* Folquet, como llama otra crónica en prosa al obispo de Tolosa, y al ver que las cosas podian tomar mal sesgo, se levantó en seguida para hacer severos cargos al conde de Foix diciendo que en sus tierras era donde habian echado más raíces los herejes, que con su amparo y proteccion habian crecido y progresado, que la hermana del conde era tambien hereje y encubridora de éstos, y que el cielo y la tierra clamaban contra el conde de Foix.

Hablaron tambien Arnaldo de Vilamur y otros, y volvió á tomar la palabra el conde de Foix para defenderse, haciéndolo noble, franca y honradamente, y hé ahí, por lo referente á su contestacion al obispo, las palabras que pronunció, segun el autor del poema:

—«En cuanto al obispo, os diré, señor, que tanto se ha endurecido, que por sus sentimientos Dios y nosotros hemos sido vendidos con sus canciones mentirosas y de falaces palabras, por las cuales se condena todo aquel que las canta y las recita, y con sus proverbios maliciosos, y con nuestros dones cuando era juglar, y con su doctrina perversa, ha subido tan alto en poder que nadie se atreve á contradecir lo que dice. Sin embargo, cuando fué abad y monje con hábito, la luz se apagó de tal modo en su abadía que allí no hubo bienestar ni reposo hasta que salió. Y cuando fué elegido obispo de Tolosa, por todo el país esparcióse tal fuego que nunca habrá agua suficiente para apagarlo, pues

que á más de diez mil, entre grandes y pequeños, hizo perder la vida, el cuerpo y el alma. Por la fe que os debo, señor, os digo que por sus obras, por sus palabras y por su conducta, más parece el Antecristo que el representante de Roma.»

Segun parece desprenderse del poema que estamos examinando, el antiguo trovador y amante de la vizcondesa de Marsella, contestó sólo con el silencio á los durísimos ataques del conde de Foix.

Terminó éste su discurso repitiendo que lealmente habia entregado su castillo y lealmente debia devolvérsele, añadiendo que consideraria como felon á quien retuviese, sin razon ni derecho, lo que honradamente se le confiara.

—«Conde, replicó entónces el papa, tú has expuesto bien tu derecho, pero olvidas un poco el nuestro.»

Y continuó diciendo que se haria justicia, terminando con pedir á Dios el auxilio de la luz para todos los que debian entender en aquel proceso.

Antes de que el concilio terminara, Ramon de Rocafull se adelantó hácia el papa y le pidió compasion y justicia para un pobre huérfano, el hijo infeliz de aquel honrado vizconde de Beziers, á quien habian hecho perecer los cruzados y Simon de Montfort.

> Filh del onat vescomte que an mort li crozatz
> e 'N Simós de Montfort...

El poema sigue narrando cómo terminó el concilio, cómo el papa se retiró á sus jardines para meditar, cómo los prelados de la Iglesia fueron á su encuentro para

inducirle á que no devolviera sus bienes á los condes proscritos, sino que, por el contrario, confirmara la donacion que de ellos se hiciera á Simon de Montfort.

Las idas y venidas de los prelados, la impaciencia de unos y los temores de otros, las intrigas, los manejos, los cabildeos de todos, las instancias al Santo Padre, todo está admirablemente descrito en el poema y tocado todo con gran maestría.

Con dos palabras traza el autor el retrato de Folquet, alma de todas aquellas intrigas.

«Folquet, nuestro obispo, dice, está allí, delante de todos, y habla al papa, todo lo que puede, humildemente.»

Folquet, lo nostre evesque, es denat tots prezens
e parla ab l' Apostoli, tan com pot, umialmens...

Le pide que no proteja á los herejes y que entregue todo el país, sin reserva, á Simon de Montfort.

El arzobispo de Auch se expresa en el mismo sentido que Folquet.

Cardenales, arzobispos y obispos, en número de trescientos, dice el poema, hablan así al papa:

—«Señor, nos desmientes á todos si devuelves sus bienes á los condes. Acuérdate que hemos predicado y referido á todo el mundo que el conde Ramon es un malvado por su conducta y que no debia ser obedecido.»

En vano el archidiácono de Lyon, con gran entereza de carácter, trata de oponerse á aquella iniquidad y exclama:

—«Señores, no puede ser grata á Dios esta acusa-

cion, puesto que el conde Ramon tomó la cruz primero y defendió á la Iglesia, cumpliendo con cuanto le fué ordenado. Y si ahora la Iglesia, que debiera serle favorable, le condena, sobre ella caerá la culpa y todos nos resentiremos.»

> Senhors, no platz á Dieu aquest encuzamens,
> car lo coms R. pres la crotz primeiramens,
> e defendec la Glieiza, e fetz sos madamens.
> E si Glieiza l' encuza, que 'lh degra esser guirens,
> ela n' er colpada, e nos valdremne mens.

El papa, asediado por los cardenales y obispos, desembarazándose de todo aquel cúmulo de manejos é intrigas que hierven en torno suyo, pronuncia al fin su fallo, singular por cierto:

—«Formado está el juicio, dice. El conde de Tolosa es católico y se ha portado lealmente; pero Simon de Montfort poseerá la tierra.»

La decision del Sumo Pontífice da todavía lugar á murmuraciones y á nuevas instancias; pero por fin todos bajan la cabeza y acatan el fallo.

No así el conde de Tolosa. El autor de esta segunda parte pone en su boca un parlamento digno y enérgico dirigido al papa, al cual hace por conclusion este grave cargo:

—«Ni sé qué va á ser de mí ni á dónde dirigir mis pasos. Se ha contestado á mi leatad con la perfidia. No tengo un solo palmo de tierra donde poner mi planta, y mi pobre hijo, sin culpa alguna, queda desheredado de la hacienda de sus padres. Y tú, que debes

ser dirigido en los juicios por el honor y la piedad, acuérdate de Dios y del honor, y no me dejes pecar, porque tuya será la culpa si yo me pierdo.»

El papa contesta que no hay que desesperar:

—«Si yo te desheredé, le dice, Dios puede darte herencia: si hoy sufres, Dios puede consolarte.»

La última parte del poema está consagrada á narrar los hechos que tuvieron lugar al presentarse de nuevo los dos condes, padre é hijo, en su país al frente de una hueste de nobles caballeros para recobrar su herencia.

Cuenta su llegada á Marsella y el entusiasmo que se apodera del país al saber el regreso de sus señores. El castillo de Beaucaire les abre sus puertas; Aviñon les recibe con alborozo á los gritos repetidos de «¡Tolosa por el padre y por el hijo!» Simon de Monfort siente temblar el suelo bajo sus plantas, y ve que su ambicionada Tolosa se le escapa de las manos. Los habitantes de la ciudad pugnan por arrojar al usurpador, y áun cuando el obispo Folquet, con sus perfidias y malas artes, consigue impedir la sublevacion de los ciudadanos, Tolosa, aprovechando una ausencia de Simon de Montfort, se entrega al conde Ramon, que no encuentra er ella ni muros, ni torres, ni medios de defensa.

Lo coms receub Tolosa, car n' a gran dezirier;
mas no i a tor ni sala, ni amban, ni soler,
ni aut mur, ni bertresca, ni dentelh batalhier,
ni portal, ni clauzura, ni gaita, ni portier,
ausberc, ni armadura, ni garniment entier.

Con la reaccion operada en Tolosa, los cruzados han

tenido que huir replegándose al castillo Narbonés con el obispo Folquet y la condesa de Monfort, y envian un mensaje á Simon para enterarle de lo que pasa. Simon marcha sobre Tolosa, pero ya entónces

li barós de la vila son ben aparelhat
de ferir e d' atendre ab ferma voluntat.

Todas las tentativas de Monfort para apoderarse de la ciudad, fracasan una tras otra. Llegan refuerzos de los tolosanos, que nada descuidan para resistir al enemigo,

e parec ben á l' obra e als autres mestiers,
que dedins e defora ac aitans dels obriers
que garniron la vila e 'ls portals e 'ls ferriers,
e 'ls murs, e las bertrecas, e 'ls cadafalcs dobliers,
e 'ls fossatz, e las lissas, e 'ls pous e 'ls escaliers.

Los combates son contínuos, con empeño por parte de sitiadores y sitiados. Nubes de saetas y de piedras cubren la luz del sol; los gritos de los combatientes pueblan los aires. «¡Montfort, Montfort!» dicen unos. «¡Tolosa, Tolosa!» contestan otros. Todo es ruina y estrago, desolacion y muerte.

Simon de Montfort, cansado de tanta resistencia, se decide á dar el asalto, y dice suspirando:

— «Jesucristo justo, que venza hoy ó que sea hoy el dia de mi muerte.»

Jhesuchrist dreiturers,
huei me datz mort en terra, o que sia sobrers.

En lo más récio del combate, Guido de Montfort, hermano del conde, ve caer muerto su caballo, al que una piedra ha deshecho la cabeza y rueda con él por el polvo; pero al ir á levantarse, el agudo dardo de un arquero va á clavársele en el costado, haciéndole caer otra vez, sangriento y moribundo. El conde, á quien su hermano era muy querido, vuela á él y lo levanta en sus brazos, á tiempo que otra piedra, llegando de repente, da de lleno contra la cabeza de Simon de Montfort, destrozándosela toda y haciéndole caer en tierra muerto, ensangrentado y negro.

«La piedra, dice con sangriento laconismo el poema, fué rectamente á dar donde era menester.»

E venc tot dreit la peira lai on era mestiers,
e feric si lo comte sobre l' elm, qu' es d' acers,
qu' els olhs e las cervelas e 'ls eaixals estremiers
e 'l front e las maichelas li partic á cartiers;
e 'l com cazec en terra mortz e sagnens e niers.

Este acontecimiento, que al principio se trató de ocultar, arroja la alarma entre los cruzados, que se retiran en seguida de la batalla.

Tratan de continuar el sitio, y Amaury de Montfort, hijo del difunto, es proclamado conde; pero la discordia se introduce en el campo, y por fin el ejército emprende su retirada á Carcasona, donde es sepultado el cadáver de Simon de Montfort, á quien el clero pretende canonizar.

Al llegar á este pasaje, es cuando el autor anónimo de esta segunda parte del poema tiene un admirable, aunque sangriento rasgo de ironía:

«Vía recta á Carcasona se lo llevan á enterrar con gran pompa y funerales en la catedral de San Nazario. Y dice el epitafio, para aquellos que saben leer bien, que *es santo y mártir, y que debe resucitar, y heredar, y florecer en la gloria eterna, y ceñir corona, y subir al reino de los cielos.* Y yo he oido decir que así debe ser. Si por matar gente y verter sangre, y por autorizar matanzas, y por perder almas, y por creer malos consejos, y por atizar incendios, y por destruir barones, y por deshonrar á la nobleza, y por robar haciendas, y por tener soberbia, y por encender males, y por extinguir bienes, y por asesinar mujeres, y por ahogar niños, se puede en este mundo conquistar á Jesucristo, él debe ceñir corona y brillar en el cielo.»

Tot dreit á Carcassona l' emportan sebelhir,
e 'l moster S. Nazari celebrar e ufrir.
E ditz el epictafi, cel qui 'l sab ben legir,
que *el es sans é es martirs, e que deu resperir,*
e dins el gaug mirable heretar e florir,
e portar la corona e el regne sezir.
E ieu ai auzit dire c' aisi 's deu avenir:
si per homes auzire, ni per sanc espandir,
ni per esperits perdre, ni per morts cosentir,
e per malhs cosselhs creire, e per foc obrandir,
e per barós destrure', e per paratge aunir,
e per las terras tolre, e per orgolh suffrir,
e per los mals escendre, e pels bes esçantir,
e per donas aucire, e per efans delir,
pot hom, en aquest segle, Jhesu Chrits conquerir,
el deu portar corona e el cel resplandir.

Refiere la *Cancion de la cruzada* cómo poco tiempo

despues, en una asamblea general de cruzados, Amaury de Montfort reclama el auxilio de éstos para vengar la muerte de su padre.

La guerra vuelve á encenderse al comenzar la primavera siguiente, y la mayor parte de la campaña se pasa en expediciones parciales sin resultado importante, aun cuando los cruzados son batidos en casi todos los encuentros.

Aprés venc á Toloza lo valens coms jovés
per defendre la terra e per cobrar l' evés;
e le coms N' Amaldrics s' en vai en Agenés...

Sigue la reseña del sitio puesto á Marmanda por Amaury, donde éste sabe por un mensajero que el jóven conde Ramon, habiéndose unido al conde de Foix en el Lauragais, ha derrotado un cuerpo de ejército de los cruzados al mando de Foucault de Brezi. Amaury, irritado, fuerza el sitio de la plaza.

Al seti de Marmanda es messatgiers vengutz,
que lo valens coms joves á los Francés vencutz,
e' N Folcaus e' N Joans e' N Thibaut retengutz
e los autres son mortz, e dapnatz, e destrutz;
e lo coms N' Amaldrics s' en es tant irascutz,
que, per aiga e per terra, los a ben combatutz;
e' lh baró de la vila son aisi defendutz...

La resistencia de Marmanda, á pesar de este recrudecimiento de sitio, se hubiera visto coronada por el mejor éxito si no hubiesen recibido los sitiadores grandes refuerzos, traidos al campo por el hijo mismo del rey de Francia.

Apres no tardetz gaire qu' es lo temps avengutz
c' ardimens e folatges los a totz deceubutz;
qu' el filhs del rei de Fransa lor es aparegutz;
et a eu sa compaha. xxv. milia escutz...

La llegada de este príncipe hace decaer el ánimo de los sitiados que no tardan en capitular, sin que la sumision los salve de la cólera de los cruzados, pues que todos son pasados á cuchillo.

No i remás hom, ni femma, ni joves, ni canutz
ni nulha creatura, si no s' es rescondutz.
La vila n' es destructa, e lo focs escendutz;
apres no tarzet gaire que lo reis es mogutz
per venir á Toloza...

Al recibir la noticia de que el príncipe francés se dispone á caer sobre ellos con gran golpe de gente, los tolosanos se disponen á la lucha.

El poema, cuyo autor de esta segunda parte debia ser seguramente uno de los defensores de la ciudad, termina su obra al llegar á este punto, despues de haber dicho que todos se preparan para la defensa, que se disponen á ofrecer una terrible resistencia, y que confian en la Santa Vírgen, en San Cernin, patron de la ciudad, en la bondad de su causa y en el valor del jóven conde de Tolosa.

Hé aquí la conclusion del poema:

«Los cónsules de la ciudad, activos y prontos, se apresuran á enviar apremiantes mensajes á los barones de la tierra y á todos los guerreros, para que nadie quede que no venga á defender la ciudad. Mil caballeros

han llegado ya para auxiliarla. La ciudad está convenientemente preparada, pronta á resistir con su guarnicion, sus murallas y sus máquinas de guerra. El hijo de la Vírgen, que brilla y resplandece en el cielo y que ama la razon, el derecho y la justicia, será su amparo.

» El hijo del rey de Francia viene orgulloso con treinta y cuatro condes y con tan numerosa hueste, que no hay ningun hombre, por sabio que sea, que pueda contar su número. Con ellos viene el cardenal de Roma que va predicándoles y diciéndoles que han de llevar por delante el acero y la muerte; que en Tolosa no ha de quedar nadie con vida, ni hombre, ni matrona, ni doncella, ni mujer en cinta, ni niño de pecho, ni criatura alguna viviente; que todos han de perecer en el martirio por el acero ó por las llamas ardientes. Pero la Vírgen María que quiere la rectitud y la justicia, será su protectora, y San Cernin les guardará. No teman, pues, que Dios y el derecho y el valor del jóven conde están con ellos y defenderán á Tolosa. Amén.»

El cardenals de Roma prezicans e ligens
que la mort e lo glazis an tot primeiramens;
aissi que dius Toloza ni 'ls apertenemens
negús hom no ó romanga, ni nulha res vivens,
ni dona, ni donzela, ni nulha femma prens,
ni autra creatura, ni nulh efans latens;
que tuig prengan martiri en las flamas ardens.
Mas la Vérges Maria lor en sirá guirens,
que, segons la dreitura, repren los falhimens,
car San Cernis los guida. Que non sian temens,
que Dieus e dreitz e forsa e 'l coms joves e sens
lor deffendra Toloza. Amen.

Y así fué, en efecto. Los tolosanos obligaron al hijo de Felipe Augusto á levantar el sitio de la ciudad.

Aquí concluye, pues, con los versos citados, no aquella guerra que debia acabar funestamente, sino el poema comenzado por Guillermo de Tudela y continuado por el autor anónimo.

La ligera idea que he dado de él bastará para hacer comprender que es una obra importante, y mereceria por cierto más extenso análisis y más serio estudio, si pudiera yo consagrar más tiempo á este trabajo, ó mejor, si tuviera, para poder emprenderlo, las dotes que me faltan. En la imposibilidad, pues, en que me hallo, me limito á llamar la atencion sobre esta obra, que con tanta verdad, con tanto tacto, con tan buen sentido y con tan admirable sobriedad, refleja los acontecimientos é impresiones de aquella guerra incalificable en que la Iglesia, preocupada en aquellos momentos y olvidando su mision de paz y fraternidad, armándose con el hierro y con el fuego, con la ira y con la soberbia, con la pasion y con la venganza, destruyó hasta en sus raíces la casa y la dinastía de Tolosa; ahogó en flor las esperanzas legítimas que podian fundarse en una nacionalidad meridional con la monarquía noble y poderosa de Aragon; acabó con toda una raza varonil é inteligente, entregándola á las hogueras de la Inquisicion que allí quemaba sus víctimas sin contarlas; mató una literatura y una civilizacion llamadas á abrir grandes horizontes á la inteligencia humana, que hubiera quizá adelantado en cinco siglos la causa bendita del progreso moral de las naciones; y volvió á hundir en las tinieblas

de la ignorancia y de la barbarie á una sociedad que de entre ellas habia brotado y de ellas se habia redimido á los acordes melodiosos de la lira provenzal de aquellos trovadores, aún hoy tan mal conocidos como indiscretamente juzgados.

TROVADORES

DE QUIENES SE TIENEN ESCASAS NOTICIAS Y POCAS OBRAS.

GARIN LEBRUN.

Era, á lo que parece, un caballero de la diócesis del Puig de Santa María, buen trovador, pero que sólo compuso *tensiones*, siendo muy diestro en proponer asuntos ingeniosos y adecuados para la lid poética. Sus obras no han llegado hasta nosotros. Se sabe sólo que era duro con las damas, á las que daba siempre reglas de conducta y norma para conducirse bien.

GANCELMO ESTUGA.

Existe de él una sola cancion, pobre en valor literario.

GIRALDO DE ESPAÑA.

Parece que era de Tolosa de España.

Tiene tres insignificantes canciones de amor, una de ellas dedicada á Cárlos conde de Anjou y de Provenza.

GIRALDO DE LUC.

Por los dos únicos *serventesios* que de él quedan, incompletos y en gran parte ininteligibles, se comprende que era un trovador político.

Vivió en la época de Alfonso II de Aragon, I de Cataluña, y debió ser catalan.

Como Beltran de Born, escribió sangrientas sátiras contra el rey D. Alfonso, á quien parece dirigirse este fragmento:

Gaug n' au las gens d' autra-mar
car lor fau tan gent socors
qu' uns feus de lor aucessors
qu' avan conquis li fraire,
vendet, mas gens no pres gaire
vas qu' era grans la ricors.
Dieus qual gaug n' an lai part Valenza
car Pol torne en tenensa
del reis marroqui qui fai
son esquera de lai.
Et anc tan gran descrezensa
no vim pois la leis ebraia,
e Barbaria s' apaia.

«Gran gozo sienten las gentes de ultramar, pues tan de buen grado les auxilia el rey, que les vendió un feudo de sus antecesores que habian conquistado los hermanos (Templarios), y no debió sentirlo mucho, pues cobró buen precio. ¡Oh Dios! qué gozo reina por la parte de Valencia, pues el castillo de Polo vuelve á poder del rey

de Marruecos, que hace de esto gran mofa. Acto tal de infidelidad no vimos desde la ley hebráica, y los Bárbaros quedan satisfechos.»

GIRALDO DE SALIGNAC.

Floreció en el siglo XIII, y era del castillo de Salignac en Querci. Dícese de él que compuso muy buenas y lindas canciones, *descorts* y *serventesios*.

Sin embargo, sólo le han sobrevivido tres canciones medianas. En una de ellas dice á su dama:

«Yo me apodero de lo que no me atrevo á pediros. Cada dia os hurto con el pensamiento quinientos besos, y nada tengo que temer de celosos ni maldicientes.»

«No hay rey ni emperador, dice en otra, que pudiera llegar hasta mi altura, si vos, noble dama, os dignáseis concederme vuestros favores.»

GIRALDO DE TINTIGNAC.

De este trovador sólo se sabe la existencia por unos versos suyos citados en el *Breviario de amor* de Matfre Ermengaud. Se le llama tambien de Busignac.

GUIDO DE CABANAS.

Otro autor, que debe suponerse catalan, y del que no queda más que algun fragmento.

GUILLERMO.

Una *tension* con un trovador anónimo sobre este tema:

«¿Qué vale más, la ciencia ó la riqueza?»

Guillermo se pronuncia por la ciencia, como bien más sólido y duradero. El otro interlocutor prefiere la riqueza porque con ella se disfruta de todo y se dispone hasta de los mismos sabios.

Terminan los contendientes por tomar como juez al señor Romieu, que bien pudo ser, segun Millot, el Romeu ó Romeo de Vilanova de quien se habla en el artículo referente al conde de Provenza.

GUILLERMO BOYER.

Era de Niza, y estuvo al servicio del rey de Sicilia Cárlos II conde de Provenza, y despues de la muerte de Cárlos, al de su hijo Roberto.

Fué podestá de Niza, donde era muy estimado, y recibió del rey el encargo de reducir á los rebeldes de Vintimille, pero pudo desprenderse de esta mision, para su carácter odiosa.

Dícese que su reputacion era tal, que muchos poetas le imitaban, llegando algunos á tomar su nombre para dar celebridad á sus obras.

Dedicó muchas poesías al rey Roberto y á su hijo Cárlos duque de Calabria, dirigiendo á la esposa de éste, María de Francia, una sentida cancion.

Se cuenta que era un gran matemático y que escribió un tratado de historia natural, pero ninguna de sus obras ni de sus poesías ha llegado hasta nosotros.

GUILLERMO DE ANDUZA.

Tiene una poesía, no despreciable por cierto, en que el autor, combatido por la razon que le aconseja no amar, y por la locura que le hostiga para proseguir sus amores, se abandona á la última á pesar de los rigores de su dama.

GUILLERMO DE AVEPOL Ó DE AUTPOL.

Quedan de él dos composiciones, una, que es una larga oracion en forma de letanía dirigida á la Vírgen y que tiene la forma de *albada*. Consta de seis estrofas, cada una de once versos, terminadas todas por la palabra *alba*. El estribillo es este:

> De paradis lumz e clardatz *e alba*.

La otra composicion es una *pastorela* que se reduce á dirigir unos requiebros á cierta pastora, á quien encuentra en el valle, y que accediendo á tomarle por amante, se niega, como una gran dama, á otorgarle ningun favor.

GUILLERMO DE BRIARS.

Vivió á principios del siglo XIII y quedan de él dos canciones de amores, que revelan un alma de poeta.

Una de ellas está dedicada á una dama, que no nombra, de la corte del *noble rey D. Pedro*, de Aragon seguramente.

GUILLERMO FABRE.

Se habló ya de este trovador en el estudio biográfico de Bernardo de Auriac, el cual le dedica una poesía.

Era un rico ciudadano de Narbona, muy generoso segun parece y protector de las letras, pero como poeta ofrece poco interés.

Tiene sólo dos composiciones, la una contra la depravacion del siglo, la otra contra las divisiones de los príncipes que impedian el éxito de la cruzada.

GUILLERMO GODI.

Tiene una cancion de amores.

GUILLERMO DE ALBI.

Conocido tambien sólo por una poesía galante.

GUILLERMO DE LIMOGES.

Un serventesio contra la depravacion del siglo.

GUILLERMO DE HIERES.

Una poesía religiosa y moral.

GUILLERMO RAMON.

Quedan de él algunas composiciones poco interesantes, entre ellas una *tension* con Poucet, en que se trata de decidir quién es el galan más amado de su dama, aquél á quien ella regala ó aquél que la regala á ella.

GUILLERMO DE SALONIA.

Una sola poesía, de escaso mérito.

H.

HUGO BRUNET.

Hugo Brunet nació en la ciudad de Rodez, que era de la señoría del conde de Tolosa, y aun cuando parece que en sus primeros años se le destinaba para el estado religioso é hizo para esto sus estudios, la viveza de su ingenio le impulsó á moverse en mayor teatro haciéndose trovador y componiendo muy buenas canciones, de las que era más celebrada la letra que la música, por lo cual se tuvo que decidir á dar sus poesías á otro para que les pusiera el canto.

Fuéronle abiertas las córtes, donde su talento era muy apreciado, y vióse protegido por Alfonso de Aragon, los condes de Tolosa y de Rodez, el delfin de Auvernia, Bernardo de Andusa y otros elevados personajes de su tiempo.

Segun parece, se enamoró de una dama de Aurillac, llamada Galiana, pero ella, como dice la crónica pro-

venzal, *non lo volc amar ni retener*, *ni far nengun plazer en dreg d' amor*. En efecto, si esa dama pudo alentar en algo la pasion de Hugo Brunet, fué sólo por la vanagloria de ser objeto de sus poesías, puesto que guardaba su amor para el conde de Rodez.

Ya así mismo lo da á entender el trovador quejándose amargamente de la crueldad y rigores usados con él por aquella, dice, «que tiene el privilegio de complacer á todo el mundo diciendo locuras á los locos, simplezas á los simples y cosas ingeniosas á los hombres de ingenio.

»Un dia, añade, me dijo como en burla que nada se alcanzaba sin audacia, y desde aquel momento no he cesado de amarla y de sufrir.»

Hé aquí una de sus más bellas composiciones:

«Navego por un mar de dudas. No puedo sustraerme al imperio del amor, que me promete siempre placeres y que, sin embargo, sólo me da tormentos. Amor nos hiere fácilmente con su dardo. No se revela más que por la imaginacion, se insinúa por conducto de un ojo, de éste salta al otro, de los ojos pasa al corazon y de éste á nuestros sentimientos. Así persigue y domina á todos, áun á los más rebeldes. Y aun cuando impone un cruel martirio, pretende que se sea agradecido á sus sufrimientos, exige que el hombre se dé por contento con la herida y se humille ante su orgullo vencedor. El amor no quiere amenazas ni desdenes, sino buena fe y leales y sumisos servidores.

»La mujer que idolatro me ve sufrir sin consolarme. ¡Ay de mí! Si fuera compasiva, me entregaria su cora-

zon sin vacilar. ¿Cómo es posible que pueda rehusárselo á un fiel y leal amante, que sólo piensa en obedecerle por completo? Mis labios no son capaces de expresar todo el amor que por ella tengo. Le entregué mi corazon, que he cerrado para todas las demás. ¡Si quisiera al ménos guardarme un sitio en su recuerdo! Bien merecen esta débil recompensa los tormentos de amor que estoy pasando...

»Con sólo que alguna vez se ocupe de mí, con sólo que alguna vez me aliente con una de sus tiernas miradas, yo seré siempre complaciente y sumiso para ella. De esto se alimentan los amantes, porque amor vive únicamente de los goces y de los bienes que procura.

»¿Sería acaso que se retuviera por el amor de los maldicientes? Yo he tenido buen cuidado de poner la hermosa á quien adoro á cubierto de toda malicia. Al verla, bajo los ojos y no la miro más que con el corazon: oculto mi pensamiento á todo el mundo y nadie sabe cuál es el objeto de mi amor. Cuando me preguntan á quién dirijo mis cantos, lo reservo hasta para mi mejor amigo, y si me veo obligado á citar un nombre indico el de cualquiera dama que no sea ella.»

A pesar de esta reserva, á pesar de que, segun su bella frase, el trovador «bajaba los ojos al ver á su dama, mirándola sólo con el corazon,» la historia ha sabido el nombre de su amada, como ha sabido tambien que los celos del conde de Rodez impusieron á Galiana de Aurillac el despido de su leal y sumiso amante. El poeta fué sacrificado al gran señor, su amada le despidió para complacer á aquel á quien siempre habia preferido; y

Hugo Brunet, triste, desesperado, perdida toda ilusion y toda esperanza, se despidió para siempre del mundo y de sus amores, entrando en la rígida Orden de los Cartujos.

Escaso número de poesías quedan de Hugo de Brunet. Se reducen todas á cinco ó seis, pero bastan para juzgar al hombre y al poeta. No fué un ingenio superior, no tiene esos arranques brillantes que distinguen á otros de sus compañeros, no tiende como ellos su vuelo, pero sus sentimientos son verdad y los expresa con un candor y una sencillez que les dan gran realce. Sus versos son los de un poeta correcto y de un hombre honrado.

En una poesía moral, declamando contra la depravacion del siglo, dice que todos aprenden lo que debieran olvidar, olvidan lo que debieran saber, ensalzan lo que debieran rebajar y menosprecian lo que debieran honrar.

«Yo sabía, dice, que los goces, las sonrisas, los versos, los lazos, los guantes, los regalos eran fruto y premio de años de amor, y ahora veo que se exige en el acto lo que debiera ser sólo recompensa de largos y probados servicios. Hubo un tiempo en que se preferia esperar á obtener los favores supremos del amor. Y es que se sabía que los deseos, cuyo aguijon es tan dulce, se extinguen al verse satisfechos. Sí, vale más en amor esperar un bien, que verlo concedido atropellada y ligeramente. Los tormentos son queridos, las penas agradables, los suspiros mismos tienen sus dulzuras. Pero cuando el amor llega al punto donde no hay más allá, cae en la languidez y en la indiferencia, y entónces el

amante, sin objeto para sus esperanzas, desprecia lo que ántes excitaba sus deseos.»

No se puede decir esto mejor ni más discretamente.

Este pasaje, traducido por Millot, es uno de los que, en el libro que tengo á la vista, señaló el insigne Jovellanos como para llamar sobre él la atencion.

Véase ahora, como muestra, en su propio original, una poesía entera de Hugo Brunet:

Cuendas razós, novelhas e plazens
conten hueimais e aiam bels solatz,
e laissemnos d' enuegz e de fondatz,
e recobrem cortesias e sens,
car de foudat sec dans totas sazós,
e de sen sec gaugz e honors e pros.
Entr' els joiós deu hom esser jauzens
e gen parlans ab los enrazonatz,
qu' atretan son de bons motz, si 'ls cercatz,
cum de vilas ni de dezavinens:
e gentz parlars ab avinen respos
adutz amics, e non creys messiós.
Mas d' una ren m' es vengutz pessamens:
don viura joys, pus cantars n' es ostatz?
Ni com será cors benanans triatz,
si hom non es plus jogans ni rizens?
Per els o dic embroncatz, comirós,
que á los vetz se fenhon Salamós.
E qui us cuiatz que us sia defendens,
si avols etz, qu' om no us apel malvatz?
Que temps avetz, e poder vos es datz,
e no y vezetz mentr' el lums es ardens!
Gardatz vos y, qu' el temps es tenebrós
e no i veiretz cuan lo lums er rescós.

Quar us perilhs ve sobre totas gens,
mortz, que destrui los cuendes é 'ls prezatz;
perque val mais si faitz que si pessatz,
qu' en breu de temps i ven alongamens:
pero los faitz sion avinens e bos,
que no s' i paus valvaisa ochaisós.

HUGO DE L' ESCURE.

Ni su nombre figura en las *Vidas de los trovadores*, ni de él se tiene otra noticia que la que puede suministrar la única poesía suya que le ha sobrevivido.

Por ella se ve que estaba en Castilla, al servicio del rey D. Alfonso, *el Sabio*, probablemente, y que escribió varios serventesios dirigidos á este monarca.

La poesía que de él existe es curiosa ciertamente, y no peca en verdad de modesta. Si la opinion que tiene de sí el autor, es la misma que de él se tenía en su época y en la corte del rey de Castilla, famoso poeta debia de ser Hugo de l' Escure.

«Yo no cedo, empieza á decir llana y lisamente como cosa universalmente sabida, yo no cedo á Pedro Vidal en riqueza de palabras, ni á Albertet de Saboya en bien decir, ni á Perdigon en acompañar con buen canto la letra, ni á Peguilhá en el ingenio, ni á Arnaldo Romieu en lo alegre de sus cantares, ni á Fonsalada en elevacion,

ni á Pel-ardit en remedar á todos, ni á Galaubert en tañer gentilmente la bandola.»

De mots recós non tem Peire Vidal,
ni 'n Albertet de Savoia beu dir,
ni 'n Perdigós de greu sonet bastir,
ni Peguielhan de chanson metr' en sal,
ni de gabar sos chants 'N Arnau Romieu,
ni de lanzar Fonsalada son fieu,
ni Pel Ardit de contrafar la gen,
ni Galauber de viular coindamen.

«Hago todo cuanto ellos pueden hacer, añade, y no les temo, ni por ellos me he de ocultar; pero de lo que ahora trato es de hacer un serventesio á fin de hablar de otras cosas y demostrar que Dios me ha dado tan buen criterio que puedo dar lecciones al más entendido.

Donc mas tan sai, que delh temer no 'm cal
d' aquels mestiers don m' auzetz descubrir
ben es razós, segons lo mieu albir,
un sirventés, e pueis que parlam d' al,
comens adés que 'l faisa tots e lieu
ab qu' els mostre si tot lar será grieu
que Dieus m' a dat tan d' albir e de sen
qu' ensenhar puesc tot lo plus sapien.

«Así como puede decirse, sin exageracion, del rey imperial de Castilla que es el mejor rey que hubo nunca en el mundo, así los serventesios que expresamente para él compongo, mejor fundados en la verdad ¡por Dios! que los de otro trovador cualquiera, se purificarán como

el oro en el fuego á medida que vayan oyéndolos las gentes de buen criterio.

Aisi co 'l fait del rei emperial
de Castelha val mais, ses tot mentir,
que de nulh rei qu' om puesca 'l mon chauzir,
son sirventés, qu' ieu fai pus natural
que de nengun dels trovadors, per Dieu
. . . . (1)
s' esmeron mielhs que l' aur al foc arden
on pus los an totz hom qui be 'ls enten.

«Yo no puedo ménos de emprenderla contra los malos barones, y aun cuando ya por esta causa me he hecho enemigos á centenares, no temo á ninguno de ellos y juro por San Andrés que nunca seré de sus amigos...»

Hugo termina por lanzar duras invectivas contra la codicia y la rapacidad de los malos señores, á quienes reprocha el alimentar hijos que no son suyos.

Es todo cuanto se sabe y puede decirse de Hugo de l' Escure.

---

(1) Falta un verso.

[illegible] DE [illegible]

I.

No se ha dicho aún la última palabra, ni se dirá quizá en mucho tiempo, sobre las llamadas *Córtes de Amor* de la Edad media.

Son algunos y muy importantes autores los que han negado su existencia, pero son más, y de no menor importancia, los que por el contrario la afirman.

La verdad es que hay documentos bastantes para demostrar que las *Córtes de Amor* no fueron una ficcion, sino una realidad.

En aquella vida llena de color de la Edad-media, todo era pasion.

El amor divino llegaba hasta el fanatismo; el amor á las damas hasta la idolatría. El discreteo de damas y galanes, la galantería, como decimos en lenguaje moderno, provocaba cuestiones sutiles, dudas y escrúpulos que sólo por las damas podian decidirse, pues nadie mejor

que ellas para comprender la delicadeza de los sentimientos. En esto es en lo que debe buscarse el orígen de las *Córtes de Amor*, las cuales existieron, sin duda de ninguna clase, aun cuando desposeidas de ese carácter de tribunal supremo que se les ha querido dar por algunos, exagerando sus decisiones y su alcance.

Verdad es, sin embargo, que en la coleccion Baluzio existe un libro manuscrito consagrado por completo á este asunto, libro por demás curioso é interesante, que tiene por título *Arte amatoria et reprobatione amoris* por Andrés, capellan de Inocencio III. A este libro se deben los más importantes detalles de los *Córtes de Amor.*

Cuatro fueron las más célebres de Provenza, las de Pierrefeu, Avignon, Romani y Signe; pero las hubo tambien en Narbona, en la Reole, en Tolosa, en Valencia, en otros puntos. Por mejor decir, segun mi creencia, las hubo en todos aquellos castillos donde una noble castellana recibia en corte y abría sus salones, como se diria hoy, para acoger á la flor de las damas y de los galanes que acudian solícitos á oir los cantos de los poetas y de los juglares.

El castillo de Romani fué uno de los más célebres por las galantes reuniones y las veladas literarias que en él tuvieron lugar, y cuentan las crónicas que allí acudia lo más selecto de la sociedad de aquel tiempo, siendo punto de cita de los más renombrados trovadores. *El castillo del Amor* es llamado por las crónicas, y allí se dice que tuvieron su orígen las primeras *Córtes de Amor*, brillando en ellas por su ingenio y por su belleza Estefanía de Gantelme, tia de la Laura cantada por el Pe-

trarca, la cual, segun dicen, fué instruida por aquélla en las *buenas letras y sentencias de amor.*

La corte del castillo de Signe fué no ménos célebre, y las damas que á ella concurrian fueron Estefanía de Baucio, Adelaida de Avignon, Ermesinda de Porquiere, Matilde de Hyeres, Laura de Orgon, Rosenda de Pierrefeu, á más de la bella y gentil dama de Signe, la cual es famosa en los anales galantes de la época, pues que extendió por todas partes la nombradía de su código de amor, peregrino resúmen de sentencias cortas y sintéticas, á fin de que pudieran guardárselas en su memoria las damas y los galanes:

Hé aquí algunas máximas de este código de amor:

«Quien no sabe callar, no sabe amar.

»Nadie puede tener dos amores verdaderos á un mismo tiempo.

»Los dones y placeres de amor deben ser voluntarios.

»Nunca se hospedó Amor en la casa de la Avaricia.

»El amor no puede permanecer estacionario. Debe aumentar ó disminuir.

»La facilidad de poseer mata al amor: los obstáculos lo aumentan.

»Cuando el amor mengua, ya no existe.»

Estas sentencias, aplicadas á cada proceso y caso de amor, fueron aprobadas por la Corte suprema de Romani, que estaba compuesta al parecer de Estefanía de Gantelme, la marquesa de Malaspina, Clara de Baucio, Laura de San Lorenzo, Cecilia de Rascás, Hugoneta de Sabran, Elena de Montpaset, Isabel de Aix, Ursina de Montpeller, Elisa de Manleon, y Laura de Sade.

Cuéntase de esas damas que algunas veces dejaban de celebrar sus asambleas en los aparatosos salones del castillo para trasladarlas á hermosos verjeles llenos de árboles y de flores, siendo allí discutidas con la seriedad de las leyes de honor todas aquellas cuestiones de amores ó galantería sometidas á la decision del tribunal.

Hé aquí una de las cuestiones resueltas en *Córtes de Amor*:

«¿Puede una dama casada guardar legítimamente en el fondo de su corazon el culto de su primer amor, sin faltar á los deberes del matrimonio?»

La corte de la vizcondesa de Narbona decidió: «Ser esto conforme con las tiernas leyes del amor, puesto que una dama no puede olvidar nunca al caballero á quien amó, ya que la fe dada es inviolable.»

Otra cuestion se discutió y resolvió en la corte que tenía en La Reole aquella célebre Leonor de Aquitania que sólo cayó del tálamo real de Francia para subir al trono de Inglaterra, uniendo á estas dos coronas la de su belleza, que era singular, y la de su talento, que era privilegiado al decir de las crónicas.

«Si un amante feliz y lealmente correspondido abandona á su dama para rendir sus homenajes á otra, y despues de cierto tiempo de ausencia vuelve á sus primeros amores, ¿debe la primera dama perdonarle, ó por el contrario despedirle sin misericordia?»

La corte de damas presidida por la reina Leonor declaró:

«Tal es la naturaleza del amor; á veces sucede que los amantes fingen otros lazos para asegurarse mejor de

la fidelidad y constancia de la persona amada; sería, pues, una verdadera ofensa á los derechos de amor el rehusar, bajo semejante pretexto, los homenajes del amante que vuelve á sus primeros amores, como no fuese que se tuvieran pruebas de la traicion.»

No hay duda ninguna de que era por demás indulgente y dulce esa moral de amor; pero el código, por otra parte, se mostraba severo é inflexible con la deslealtad y la falta de delicadeza, aun para las mismas damas:

«Si un caballero envia á la dama de sus pensamientos en regalo joyas, galas, trajes, halcones ó lebreles de caza, y esto se acepta sin dar nada en cambio, ¿corresponderá la dama á lo que prescriben las leyes del amor?»

La corte dió este severo fallo:

«Es preciso rehusar los dones de amor ó conceder algo en cambio. Ninguna dama, á ménos de quererse confundir con las cortesanas de cinturon dorado, puede aceptar gajes de áfecto sin devolverlos con prendas de amor.»

Un caballero habia divulgado los secretos, los misterios y los favores de su dama. La corte le declaró privado de toda esperanza para lo sucesivo, condenándole á vivir sin amor y estableciendo que aquella dama que tuviese la audacia de violar esta sentencia, fuese expulsada del seno de las damas de Provenza.

Por lo que toca á nuestra tierra de España, no tengo noticia más que de un castillo donde es fama que hubieron de celebrarse esas poéticas asambleas de damas. Me refiero al de Mataplana en Cataluña, y á los tiem-

pos en que era de él castellana la bella y galante Guillermina de Sales, esposa de Hugo de Mataplana, á quien se debe señalar un puesto de honor entre los poetas y trovadores de comienzos del siglo XII.

La nobilísima familia de los Mataplana figura en todas las páginas de gloria de Cataluña.

La tradicion poética, ya que no la verdad histórica, cita al primer Hugo de Mataplana como uno de aquellos nueve varones ó *barones de la fama* que con el legendario Otjer emprendieron la reconquista de Cataluña, arrancando palmo á palmo á los sarracenos la tierra de que éstos se habian posesionado. La tradicion, por espacio de siglos aceptada como buena, prueba por lo ménos la fama y antigüedad de la familia, que es de aquellas familias señoriales, de antiguo abolengo y noble raza, en cuya genealogía se tropieza á cada paso con personajes ilustres que ocupan un lugar distinguido en la historia, con héroes tradicionales para la leyenda y para el drama.

El castillo de Mataplana, que en su época primitiva perteneció al condado de Cerdaña, se halla situado no léjos de Ntra. Sra. de Montgrony, en las montañas inmediatas á Ripoll, y fué mansion de aquel famoso conde Arnaldo tan célebre en las leyendas y canciones populares de Cataluña. Todavía los montañeses enseñan la boca de la mina por donde la tradicion supone que el *compte l' Arnau* penetraba en la galería subterránea que cada noche le conducia al monasterio de San Juan de las Abadesas y á la celda y á los brazos de una religiosa olvidada de sus deberes por un amor sacrílego. Toda-

vía, cuando el cielo se ennegrece y retumba á lo léjos el trueno y el viento silba desatado por entre las espesas selvas que rodean el castillo, las ancianas de la comarca se santiguan devotamente y al oir el bramido de la tempestad exclaman: «El conde Arnaldo está de caza.» Todavía vive, y vivirá eternamente, aquella popular y tradicional cancion catalana en que se cuenta cómo el conde Arnaldo, abrasado por las llamas del infierno, se presenta á su viuda á pedirle rezos y oraciones.

Cuando por los años últimos del siglo XII y principios del XIII vivia Hugo de Mataplana el trovador, el castillo catalan era una de las córtes de aquel tiempo, centro de damas y caballeros, punto de cita de trovadores y juglares. Gustaba el conde Hugo, como caballero cortés é inteligente, de esas reuniones y fiestas en que brillaban el ingenio y el talento, y con su trato afable y con su suntuosa hospitalidad atraia á su castillo á los que más brillaban y se distinguian entónces en las córtes de Provenza y Cataluña.

En una *nova* ó novela de su contemporáneo Ramon Vidal de Besalú, que parece fué muy su amigo y protegido, se da cuenta de la suntuosidad y esplendidez con que tenía su corte Hugo de Mataplana, y se narra cómo «en aquellos tiempos en que reinaba la alegría,» Hugo daba ricas fiestas en su castillo y era, por su inteligencia y respetabilidad, escogido como juez en materias galantes por personas de lejanas comarcas.

De esta novela de Vidal, que es un interesante cuadro de costumbres de aquella época, voy á dar cuenta en este artículo.

Las fiestas y la corte del castillo de Mataplana tuvieron un brusco desenlace y se interrumpieron tan de repente como las demás de Provenza y Cataluña, cuando se encendió la antorcha de la destructora guerra llamada de los albigenses.

Hugo de Mataplana fué de los que acompañaron al rey D. Pedro de Aragon en su expedicion á Tolosa y uno de los que á su lado, y junto con él, cayeron en la jornada de Muret.

Hugo murió de resultas de las heridas recibidas en aquella batalla desastrosa, y la bandera negra tremolando por espacio de un año en su torre señorial de Mataplana, anunció á todo el mundo que habian acabado para siempre las fiestas en aquel castillo, donde ya sólo moraba, arrastrando luengas vestiduras de luto y entregada á sus recuerdos y á su llanto, su desconsolada viuda Guillermina de Sales, la que un dia, complaciente con los gustos de su esposo y de su época, habia brillado con todo el esplendor de su belleza y las galas de su ingenio en las *Córtes de Amor* por ella presididas.

II.

Y vamos ahora á la *nova* ó novela de Ramon Vidal de Besalú, en la que se habla extensamente de Hugo de Mataplana y de su corte, interesante cuadro de costumbres de aquel siglo, que voy á extractar y traducir del idioma original en que fué escrita y del manuscrito en que la encuentro continuada.

La novela de Ramon Vidal no tiene título, pero bien pudiera dársele el de

EL FALLO DE HUGO DE MATAPLANA.

«En aquel tiempo feliz, en que reinaba el verdadero amor, habia en Limosin un cortés caballero, de quien no diré el nombre porque lo ignoro. No era ni un conde ni un rey, y sí sólo el señor de un pequeño castillo. Tambien vivia por aquel mismo tiempo en Limosin una dama tan distinguida por sus sentimientos como por su cuna, mujer de un noble y poderoso señor. El buen caballero estaba enamorado de ella, y ella, á su vez, aceptó sus homenajes y le tomó por servidor, sin cuidarse de si era rico ó pobre.

»La cuna y la posicion del caballero no estaban á la altura de su dama, pero en lugar de mantenerse retraido, como un monje egoista que sólo piensa en sí, hizo al contrario toda clase de esfuerzos para remediar este mal, y trató de hacerse digno de ella por varios hechos de guerra y hazañas, en servicio de sus vecinos. La dama, por su parte, á fin de imponer á los maldicientes, le acordó toda clase de preferencias, no queriendo que se le pudiera sospechar otro amante ménos honrado, ya que es imposible no atribuir alguno á una bella dama. Quiso, pues, ponerse á cubierto de la malicia permitiendo, por espacio de siete años, que aquel gentil caballero fuese su galan, y recibiendo de su mano sortijas y brazaletes, que llevaba por amor suyo.

»Un dia el caballero se sentó junto á ella y tuvo la osadía de hacerle una pregunta de que hubo de ofenderse su virtud.

—»Sois indigno, le dijo ella entónces, del amor honrado de que os dí tantas pruebas. Por vos he rehusado á una multitud de señores. ¿Podia, pues, esperar vuestra ingratitud? Ya que teneis la audacia de pedirme que pase la noche con vos, id en busca de otras mujeres que cedan á vuestros deseos y no espereis jamás que yo os perdone el atentado que acabais de cometer.

»Y la dama se levantó dicho esto, como para ir á hacer los honores de la casa á otros caballeros, dejando al amante temerario entregado al dolor más profundo, viendo perdido el fruto de siete años de servicios por un instante de imprudencia.

»En el salon en donde pasó esta escena habia una cortés damisela, sobrina del señor á quien pertenecia el castillo, hermosa, apuesta, gentil y que sólo contaba quince años, la cual se apercibió de la riña de los dos amantes, así por la precipitacion con que la dama se partió del caballero, como por la tristeza que vió reflejarse en el semblante de éste. Acercóse á él, y entre preguntas y reticencias, consiguió descubrir la verdad de lo pasado. El caballero acabó por contárselo todo y por manifestarle su profundo sentimiento al verse tan cruelmente despedido por su dama.

—»¡Cómo! le dijo entónces la damisela: ¿porque vuestra dama no os ha aceptado á la primera palabra, creeis ya que no os quiere? En verdad sea dicho que os descorazonais muy pronto.

» La damisela se ofreció á servirle en sus pretensiones advirtiéndole, sin embargo, que no podria rendirle ningun servicio ántes del medio dia ó de la hora de nona.

—» Pero, añadióle, no dejeis de aprovechar todas las ocasiones para hacer nuevas tentativas como debe hacer todo amante, sin acobardarse. Vuestra hora no era llegada aún, y de seguro hallareis otra más propicia. Tomad, pues, vuestro mal con paciencia y no vayais á perder en una noche el mérito de tan larga perseverancia.

» Así fué como la damisela, que Dios bendiga, le hizo quedar hasta la noche. Habiendo estudiado bien su leccion, no faltó, al llegar la hora de retirarse, en acercarse de nuevo á su dama para entrar en conversacion con ella. Pero la dama, en lugar de contestarle, levantó su mano y le dió una bofetada, diciéndole:

—» Véte de aquí, loco incorregible. ¿Cómo te atreves á hablarme, cuando yo te lo habia prohibido?

» Así quedaron las cosas hasta la mañana siguiente, en que el caballero volvió de nuevo á sentarse junto á su dama. Cuando comenzó á hablarle de lo mismo, prohibióle ella desplegar los labios sobre semejante asunto. Quiso replicar, pero entónces le prohibió volverse á presentar ante ella.

» Con el pesar que semejante conducta causó al caballero y á la damisela, tuvieron no poco que decirse cuando se encontraron juntos. El caballero dijo que estaba dispuesto á alejarse para siempre de su dama.

—» No hareis tal, le dijo la damisela. Me es muy sensible el desaire de vuestros amores, pero es preciso no

amilanarse, puesto que á más de la honra que hay en servir al amor, un buen servidor no se queda nunca sin dama que le recompense. Si no es una, será otra.

»Así trataba ella, por estos medios, de atraerle á su servicio.

»Apercibido el caballero de su buena voluntad, se atrevió á suplicarla humildemente que le aceptara por su servidor, jurándole que lo sería toda su vida y que no olvidaria jamás en qué circunstancias se dignaba acogerle. Aceptó ella y se unieron con el lazo de una mútua amistad. La damisela prometió darle un beso *pasado un año*, *cuando estuviese casada*, y en el ínterin se comprometieron á llevar sortijas y brazaletes uno del otro. Este afortunado compromiso fué bien pronto seguido de nobles acciones que llevó á cabo el caballero para ser digno de la damisela.

»Al año, me acuerdo perfectamente, se casó ella con uno de los más poderosos barones de la comarca, y si puede haber memoria de una buena dama, por confesion de todos, fué de ella, pues que más valió aún como dama, que como damisela. El caballero entónces entró á su servicio.

»Sucedió en aquella época que la dama que habia rechazado á ese digno caballero cambió de sentimientos, movida por los elogios que de él oia, y envióle á buscar. Era él demasiado cortés para desairar á una dama, pero no se apresuró en irla á visitar. La dama, para entrar en explicaciones, comenzó por reprocharle su tardanza, y al justificarse él de su larga ausencia por el despido que recibiera,

— »Tomásteis al pié de la letra, le dijo ella, lo que sólo os dije para probar vuestro amor.

»El caballero contestó que sus largos servicios merecian al ménos que se le retuviera por alguna dulce palabra, y añadió que la desesperacion le habia llevado á amar á otra dama, de la cual ya no se separaria nunca, indicándole que ella, por su parte, podia dirigirse á otro amante, que no la conociera tanto como él.

»Todos los reproches que la dama dirigió al caballero, no quebrantaron su resolucion de permanecer adicto á su nueva querida, y furiosa entónces de verse abandonada de tal modo, la dama hizo venir á aquella que le habia robado el amor del caballero. Al principio disimuló sus sentimientos y la acarició más que de costumbre.

— »Mi amiga querida, le dijo al verla, al hablaros siento nacer en mi alma una alegría que disipa todas mis penas pasadas. Me felicito de ser yo la que os he educado, porque no es posible que el corazon deje de responder á vuestra encantadora fisonomía. Y sin embargo, si hubiese yo de creer lo que dicen, debiera pensar que me haceis un ultraje.

»Y en seguida entró en materia, quejándose del perjuicio causado á su gloria, ya que para una dama no habia otro medio de adquirir honra y consideracion más que teniendo por servidor á un buen caballero que proclamase su mérito ante todo el mundo.

— »Por espacio de siete años, dijo, yo habia tenido arte para conciliar el interés de mi virtud con el amor de ese caballero; pero vos, al primer ruego que os hizo,

le aceptásteis y al aceptarlo os perdísteis, porque nunca damisela sin marido cometió un crímen tan atroz como el de corromper á tan leal amante. A más del dolor que me causais, habeis arrojado una nube sobre mi reputacion que fué siempre sin mancha.

» Aquella á quien semejante discurso se dirigia estaba turbada y permaneció largo tiempo sin saber qué contestar, pero despues de haberse repuesto y de haber dado gracias á la dama por la educacion que de ella recibiera, le dijo estas palabras:

— » Recordad los servicios asíduos del caballero por espacio de siete años. Os daba guantes, sortijas y brazaletes que vos aceptábais, y le dejásteis sin recompensa. Pues bien, despues de tan largo término y áun solamente despues de dos años, una dama no puede, sin mala fe, dispensarse de complacer á su caballero. Permitidme, pues, deciros que vuestra conducta con él merece la suerte de que os quejais, y de nadie es la culpa sino vuestra. Lo que yo hice fué en vuestro favor para que, en su desesperacion, no fuera por todas partes diciendo mal de vos, aun cuando, no lo niego, me halagaba el honor que reportarme debia la adhesion de tan digno caballero. No espereis, pues, que le despida nunca, pero si vos lo quereis, y él quiere, podeis recobrarlo.

Insistió la dama sobre la restitucion de su amante, y su rival sostuvo que las leyes de amor no le obligaban á ello. Su contienda hubiera sido interminable, si por fin no hubiesen convenido en someterse al juicio y sentencia de Hugo de Mataplana, noble, experto y sensato baron de Cataluña.

Era en la sazon en que renacia el verano, en que el tiempo era dulce y apacible, frondosos los árboles, verdes las hojas y llenas de perfumes las flores. El señor Hugo de Mataplana se hallaba tranquilamente en su castillo, y como allí tenía muchos y muy distinguidos huéspedes, ocupábase él en hacer los honores de la casa. Unos jugaban á los dados, otros al ajedrez sobre cojines y tapices verdes, encarnados, azules y de color de india; otros paseaban por las estancias ó por las galerías disfrutando todos de agradable hospitalidad, con gozo, alegría y ostentacion. Habia allí tambien galantes y bellas damas, solazándose en pláticas corteses y gentiles, y recuerdo que me hallaba yo presente cuando acertó á entrar un jóven juglar, airoso, despejado y bien vestido, de finos modales y que no parecia ciertamente de escasa inteligencia. Acercóse al señor Hugo, y le cantó varias y bellas canciones, que gustaron á todo el mundo, volviendo todos despues á sus recreos y solaces.

Cuando el pequeño juglar se quedó á solas con el señor Hugo, se expresó así con jovial aspecto y como conviene á los de su clase:

—Señor Hugo, tened á bien oir las nuevas que os traigo. Vuestra gran reputacion se ha extendido de tal manera en nuestro país, que á vos me envian dos damas, las cuales, al ofreceros para siempre sus buenas gracias, os ruegan que decidais en una cuestion surgida entre ellas. Voy, pues, á exponeros el hecho y el caso, palabra por palabra, y con llaneza á deciros qué especie de juicio demandan, callando sólo sus nombres para que nadie las descubra.

»En seguida el juglar contó el suceso con todos sus detalles, y esperó el juicio de Hugo de Mataplana.

»Pero Hugo, que jamás quiso caer en falta ni hacer caer á nadie en error, permaneció un momento pensativo, no por falta de razones, sino porque es propio de tales señores guardar actitud tranquila y reposada. Así, pues, despues de un instante de meditacion, se expresó de esta manera:

—»Aun cuando tengo confianza en sus razones, duéleme no ver á esas dos damas, que me parecen ciertamente muy discretas; pero cumpliré como debo y como corresponde al concepto que tienen formado de mí. Vos os quedareis esta noche y yo mañana temprano meditaré y tomaré mi partido, con lo cual os despediré brevemente.

»Tantos fueron los halagos al pequeño juglar y las diversiones y solaces en que tomó parte aquella noche, que si os prometia contároslo os engañaria de seguro.

»Al dia siguiente, muy de mañanita, despues de oir misa y cuando ya el sol resplandecia claro, monseñor Hugo, deseando ser puntual, pasó á una hermosa pradera, tal como la ofrece naturaleza cuando se acerca alegre y bella la Pascua. No habia lugar más apacible y él no quiso otro asiento que el de la verde yerba, ni hubo con él padre ni hijo, ni otro testigo sino yo y el juglarcito, sentados en su presencia así como estamos ahora en la vuestra. El tiempo era claro y alegre, el aire templado y el cielo azul y sereno.

»Y el señor Hugo, como noble y cortés, cuando quiso hablar dijo al juglarcito:

—» Amigo, vos vinísteis á mí porque este encargo os han dado, para cumplir vuestro mensaje; pero yo me veo turbado al tener que pronunciar la sentencia, porque los fallos no acostumbran á gustar á todos. Sin embargo, ya que tal manera de enseñanza ha adquirido valimiento entre las personas de mérito, daré mi parecer acerca del caso que me habeis expuesto. Dijísteisme que un noble, franco y perfecto caballero, queriendo distinguirse, amó á una distinguida dama que aceptó sus servicios en consideracion al mérito que reconoció en él, pero que el amante, al querer pedir la recompensa de todo lo que habia hecho recibió poco corteses desdenes. Añadísteis que, favorecido por una damisela, no quiso más tarde ceder á las instancias que hubo de hacerle la dama para volverle á sus primitivos amores, por lo cual ésta le trata hoy de pérfido y voltario, y acusa de la más negra ingratitud á la nueva amiga por haberle robado su amante.

«Al llegar á este punto de su discurso, Hugo entra en largas y difusas consideraciones. Discurre sobre las razones de las partes adversas, condena la máxima de que «un amante leal no debe hacer más que su voluntad,» dice que los amantes, entregándose á la impetuosidad de sus deseos, pierden en un dia el mérito de muchos años. Toda esta parte del discurso va entrelazada con citas, acertadamente escogidas, de diversos trovadores como Perdigon, Bernardo de Ventadorn, Analdo Marveil, Giraldo de Borneil, Ramon Miraval, Folquet de Marsella y el mismo autor de la *nova* Ramon Vidal; y por fin, Hugo termina así:

—» Es posible que muchos condenen la prueba indis-

creta que la primera dama quiso hacer con su amante, diciendo que llevó las cosas demasiado léjos. Tuvo en efecto alguna culpa, pero el daño no es irreperable. Condeno, pues, al caballero á perdonar sinceramente á la dama que le ofendió, puesto que ella se arrepiente y quiere darle satisfaccion, tanto más aceptable cuanto que no ha amado á otro alguno despues de él. Por lo que toca á la damisela que tan honestamente le favoreció, su conducta en aquellas circunstancias es loable, pero se haria culpable si continuara, porque es gran crímen en una dama robar el amante de otra. Le ruego, pues, le aconsejo y le ordeno que deje en plena libertad al caballero, levantándole los compromisos contraidos, y si él anda remiso en volver á sus primeros amores, ella debe despedirle irremisiblemente, puesto que con esto demostraria él que no vale nada en amor. En caso de que la damisela hiciera lo contrario, me daria muy pobre opinion de ella empeñándose en hacer que su amigo faltara de tan indigna manera á una dama que quiere satisfacerle y reparar sus agravios.

»Tal fué la sentencia de monseñor Hugo, y por mi fe os aseguro que jamás ví tan cumplido caballero ni más cortés juglar ni que más cortesmente supiese llevar á cabo su mensaje.

»En cuanto á la sentencia, he oido decir que se cumplió, sin oposicion por ninguna de las partes, habiendo resultado de esto que muchos amantes han sido más pacientes en sus amores.»

Tal es la *nova* de Ramon Vidal, de la que pongo á continuacion algunos trozos para que, conocida la

traduccion, puedan los lectores conocer el original:

En aquel temps c' om era jais
e per amor fis e verays
cuendes e d' avinen escúelh,
en Lemozi part Essiduelh
ac un cavayer mot cortés
adreg e franc e ben aprés.
. . . .
El jutjamen es autreiatz
per abdoas, si co ieu say,
ad un baró pros e veray,
de Cataluenha, mot cortés
e s' ieu no i falh per son nom, es
N' Uc de Mataplan' apelatz.
Aisó fo lay, qu' el temps d' estatz
repairava e la sazós
dossas, e l' temps fos amorós,
on s' espan ram e fuelh e flors,
e car no y par neus ni freidors,
adés n' es l' aura pus dossana.
E 'l sénher 'N-Uc de Mataplana
estet suau en sa mayzó,
e car y ac man ric baró,
adés lay troberatz manjan
ab gaug, ab ris et ab boban
per la sala e say e lay,
per so car mot pus gen n' estay,
ac joc de taulas e d' escacx
per tapís e per almatracx
vertz e vermelhs, indis e blaus.
E donas lay fóron suaus,
e 'l solás mot cortés e gens;
e sal m' aisí Dieus mos parens,
com yeu lay fuy aicela vetz,

qu' intret aquí un joglaretz
azautz e gens e be vestitz,
e non parec mal issernitz
al perparar denan 'N-Ugó,
a qui cantet manta chansó
e d' autres chauzimens assatz;
e cascús, tan s' en son pagatz,
tornet a son solatz premier,
e el remás ses cossirier,
aisí com coven al sieu par,
e dis: «Sénher 'N-Uc, escotar
vulhatz estas novas, que 'us port:
vostre ric nom, que no volc tort
mas dreg, segon c' a mi es vis,
venc ab tant e nostre pays
a doas donas, que 'm traméton
a vos, e lur joy vos prométon,
e lut mezeyssas per tostemps.
E car no son ab vos essems,
no covenirs las ne atura,
lo fait e tota l' aventura,
qu' entre las doas donas fon,
vos ai dit yeu, e tot l' espon
tot mot e mot e plananem,
ni con quéron lo jutjamen
e sobre tot en son falhir,
car lurs noms no vuelh descobrir,
per c' om los pogues apercebre.»
El Senher 'N-Uc, que anc dessebre
no volc si ni autre un jorn,
estet un pauc ab semblan morn,
non per sofraita de razó,
mas car adés aital baró
vólon estar sua e gen.
Al revenir estet breumen,

cant un pauc se fon acordatz,
e dis: «S' ieu soy pros ni prezatz
ni aital com tanh a baró,
per las donas que aisí so,
segon que 'm par, aperceubudas,
e car lur son razós cregudas
aitals, ses lur vecer m' es grieu.
Vos remanretz a nueg et yeu
al bo matí aura ¡mo sen
e mon acort, perqu' ieu breumen
vos deslieurarai vostr' afar.»
Aisi fon fait, e si comtar
vos volia 'l solás, que tut
ágron ab lo joglar la nut,
semblaria vana promessa.
E 'l bo matí aprop la messa,
can lo solelh clars resplandís,
mon senher 'N-Uc, per so car fis
voc ésser, venc en un pradet
aital co natura 'l tramet
can lo pascor ven gais ni bels,
e car no y ac loc pus novels,
e anc no y volc autre sezilh,
ni ac ab luy payre ni filh
mas me e 'l joglaret que i fom.
Aisí sezíam denan luy, com
sezíam eras denan vos.
Mot fo lo temps clar e joiós
e l' aura dos e l' temps serés.
E 'l senher 'N-Uc assi com es
ricx e cortés cant volc parlar,
a dig, a sos ditz comensar,
al joglaret: «Amic, vos es
vas mi vengut, per so car pres
vos es, a far vostre messatjes;

mas a mi vensera coratjes
a far un aital jutjamen,
per so car en despagamen
venon adés aital afar;
mas non per tal, per so car far
aital castic val entr' els pros,
vuelh que 'm portés a las razós,
que m' avés dichas, semblan.
. . . .
Aisi 'm partí, e per ma fe
anc no vi pus cortés joglar,
ni que mielhs saupés acabar
son messatge cortesamen.
Estiers ai auzit veramen,
qu' el jutjamen fon atendutz
ses tot constrast perque mansdrutz
n' estan plus sufrens vas amors.

III.

Sólo cuatro poesías quedan de Hugo de Mataplana, y áun de una se duda que le pertenezca, pero hay fundados motivos para atribuírsela.

Empecemos por ella, pues es tambien la más importante de las cuatro.

Es una *tension* entre el trovador y una golondrina. El texto se halla muy alterado; en algunos puntos está truncado el sentido por falta de palabras y áun de versos; las copias que de ella se han hecho inducen á confusion y á error por sus variantes, pero áun así, se puede hacer una traduccion todo lo más fielmente aproximada. Es

una bella poesía, original y sentida, en la cual parece percibirse cierto fondo político, aunque parezca y sea de amor. Si es en efecto suya, debió escribirse indudablemente cuando Hugo se preparaba á emprender con el rey su expedicion á Tolosa, que tan fatal debia ser para entrambos y para la noble causa que defendian.

Dice así:

—«Golondrina, tu canto me enoja. ¿Qué quieres? ¿Qué buscas? No me dejas descansar. Desde que salí de Monda no he podido hacerlo, y pues no me traes ni saludos ni mensaje de Buena Esperanza, no comprendo tu lenguaje.

—»Señor amigo, vine porque mi señora me encargó que os visitase, y si ella fuese, como yo, golondrina, hace ya dos meses que estaria á vuestro lado; pero como no conoce ni el país ni el camino, me envia á mí para saber de vuestro viaje.

—»Golondrina, mejor debiera haberte acogido, honrándote y amándote como mereces. Aquel Dios te salve que domina todo el mundo, que formó cielo, tierra y mar profunda, y si contra tí he proferido alguna palabra villana, por merced te pido que no se torne en mi daño... Golondrina, no puedo separarme del rey á quien debo seguir á Tolosa. En los campos que riega el agua del Garona, á muchos hará morder la tierra mi brazo, y no creo que sea esto en mí pretension vana.

—»Señor amigo, Dios os cumpla vuestros deseos y á mí no me falte. Yo me iré para que no me quemen ni me persigan...»

Arondela, de ton chantar m' aér.
¿Qué vols? ¿qué quier? que no 'm laissas dormir,
qu' eu non fei ço d' aqui passei de Monda:
e car no 'm ditz e salud e messatge
del Bon Esper, non enten ton lenguatge.....

La segunda de sus composiciones es una *tension* con Blacasset. Está incompleta y no se comprende bien, áun cuando parece tratarse de alguna beldad á quien los dos rendian homenaje, viéndose turbado Hugo en la posesion de sus amores por las pretensiones de Blacasset.

«Blacasset, dice el primero, vengo de noche para obligarte á olvidar el amor y la belleza de aquella que amo, ó para que luches conmigo cuerpo á cuerpo; y entiende que el infierno me ayuda, pues soy el diablo más cruel y peligroso que hay en él.»

En Blacasseet' eu soi de noit
vengutz á vós per combatre adés,
e vos de tot oblidaretz
l' amor e beutat de cella
que vostre cor en cop chap d' ella
et metterezla a non m' en cal.
L' un prenetz ch' al men vos desplai
breumen ch' eu non voill deslai
perque l' enfern sens mi mens val;
e voill sachás qu' eu soi el diable
lo plus cruel e 'l plus dapnable.

«Señor diablo, contesta Blacasset, aun cuando hayas venido en medio de tan negra noche, ni te temo á tí ni me importan tus amenazas. Pronto estoy á luchar con-

tigo, que aquella á quien amo me dará fuerzas para resistirte.»

Su tercera composicion es un *serventesio* contra el trovador Ramon de Miraval que, con la contestacion de éste, se puede ver en el artículo que le está consagrado; y, por fin, su cuarta poesía es una *tension* de asunto poco interesante con el juglar Reculaire, á quien reprende por su poco aseo y su manera de vestir, pero que merece insertarse íntegra por estar escrita con gracia y facilidad.

TENSON D' EN HUGUET AB RECULAIRE.

Cometre us vull, Reculaire,
pois vestirs no us dura gaire,
de paubrelat es confrire
als bos omes de leun
mas de feis non semblas un
que vos es fels e zugaire
e de.... cortejaire.
'N Uguet, auzit ai retraire
qu' uns temps er, co m' es vezaire,
qu' il or fin e il gris e 'l vaire
n' irant ab lo fum tot un;
perqu' ieu ne 'n ai mon astrun
en aver, don soi burlaire,
e chascuns degr' issí faire.
Reculaire, fols seria
toz hom qui d' acó us creiria:
vos cuidatz que be'us estia
quant a juoc vos despoillatz;

e quant fai freg tremolatz,
e cridatz ¿qui 'm prestaria
son mantel, qu' ieu lo i rendia?
N' Uguet, be sai s' eu moria
qu' atrestan m' en portaria
co 'l plus rics reis qu' él mon sia;
per qu' ieu sec mas voluntatz,
e jogui ab los tres datz,
e pren ab los ponz paria
e' z ab bon vin on qu' ieu sia.
Reculaire, qui' us donava
cinc soulz, e pois en jitava
autre cinc soulz en la grava,
desz soulz auria perdutz.
Tan quan assí viuretz nutz
vos cuiatz si be' us anava
qu' eus prezés qui' us encontraba.
N' Uguet, be paraula brava
disez mi con si os costava
mos juoch; e s' ieu amassava
tal aver, don fus perdutz
lo speritz ni deceubutz,
dirion que mal estava
bon home de Calatrava.
Reculaire, z' eu soi drutz
de tal, si dire o ausava,
qu' es la génser qu' om mentava.
N' Uguet, e-z ieu vai si nutz
que laire si m' encotraba
no' m tolria, si no' m dava.

HUGO DE PENA.

Si ha de darse crédito á las pocas líneas que á este trovador consagran las *Vidas de los trovadores*, Hugo de Pena era hijo de un mercader de Messat en el Agenais. Hízose juglar, y cantaba bien las canciones de otros, llegando él tambien á componer algunas. Era gran conocedor de la heráldica y sabía perfectamente la genealogía de todos los personajes del país. Andaba siempre por las tabernas y era gran jugador; así es que fué siempre pobre y anduvo siempre errante.

Esto es todo cuanto dice de él su biógrafo provenzal, pero no concuerda ciertamente con lo que escribe Nostradamus; verdad es que las biografías de Nostradamus raras veces están en armonía con las noticias que de los trovadores se tienen por más fidedignos conductos.

De todas maneras, y por lo que valga, bueno será decir aquí que para Nostradamus Hugo de Pena fué un caballero de Moustiers en Provenza, reducido cuando

jóven por sus desgracias á una extrema miseria, de la cual salió gracias á sus talentos. Un astrólogo le habia dicho que llegaria á la fortuna, y así fué en efecto; pues llegó á ser poderoso y rico.

Cárlos I, conde de Provenza y rey de Sicilia, le nombró secretario del Consejo de Provenza, á instancias de su esposa Beatriz y le confió la administracion de sus rentas. Beatriz le miraba como el primer trovador de su siglo, y le hizo el honor de coronarle poeta en pública ceremonia. Por gratitud, Hugo de Pena escribió unos versos en loor de Beatriz diciendo:

«Quiero celebrar en tantas obras la memoria de tus perfecciones, que, al ser conocidos tus altos hechos, se elevará una admiracion universal.»

Nostradamus añade que Hugo de Pena se casó con Mabilia de Simiane, y murió poco tiempo despues, en 1280.

De estas dos noticias biográficas, el lector podrá escoger la que mejor le agrade; pero la primera es la que tiene todo el sello de la legitimidad.

Los manuscritos continúan sólo tres poesías como de Hugo de Pena. Las tres valen poco y consisten en lugares comunes de la galantería.

Nada más hallo que decir de él.

HUGO DE SAN CYR.

Nació en un burgo de Quercy llamado Tegra ó Montegra, y era hijo de un pobre valvasor que se llamaba Arnaldo de San Cyr ó San Circ, del nombre de un castillo situado al pié de Santa María de Rocamor y que fué destruido y arrasado en una de aquellas guerras entónces tan frecuentes.

Los hermanos mayores de Hugo, que pensaban consagrarle á la carrera eclesiástica, le enviaron á la escuela de Montpeller, pero miéntras le creian consagrado al estudio de las letras, él no se ocupaba más que de versos y canciones, de coplas y serventesios, y de los hechos y dichos de los hombres y mujeres célebres, cosa de gran necesidad para la vida social de aquellos tiempos. Estas aficiones dieron un nuevo curso á sus ideas, y el mejor dia, colgando sus hábitos de estudiante, amaneció juglar, yéndose á buscar fortuna por las córtes.

Al principio la suerte le fué adversa. Anduvo largo tiempo errante por la Gascuña, tan pronto á pié como á caballo, segun dice su biógrafo provenzal, pero siempre pobre, hasta llegar un dia en que su buena estrella le llevó al castillo de Benauges. Abriéronsele de par en par las puertas de este castillo y con ellas las de su porvenir.

La condesa de Benauges, que gustaba de sus cantos, comenzó á favorecerle y le procuró la amistad de aquel hidalgo y rumboso Savarico de Mauleon, de quien se habla detenidamente en otro lugar de esta obra. Savarico le protegió, dióle medios y recursos para figurar dignamente en la sociedad *(lo mes en arnés e en roba)*, y le hizo entrar en relaciones con los señores más principales de su tiempo.

Hugo de San Cyr, residiendo principalmente en el Poitú con su protector, recorrió entónces las córtes y comarcas vecinas, siendo muy favorecido del conde de Rodez, del vizconde de Turena, del delfin de Auvernia y de otros poderosos barones, con algunos de los cuales contendió en aquellas lides poéticas que estaban entónces tan en uso, siendo como era el de las *tensiones* el género quizá más cultivado de la literatura provenzal.

Nos queda, precisamente de aquella época, una *tension* entre este trovador y el conde de Rodez, *tension* que merece ser citada, pues sobre ser importante como estudio de costumbres, es un nuevo dato para demostrar que las letras no establecian diferencia alguna entre los más humildes poetas y los más poderosos barones cuando éstos eran tambien trovadores, surgiendo entre ellos

vivas y animadas querellas en que se trataban de igual á igual, combatiéndose sin piedad y sin ninguna clase de miramiento.

Hugo de San Cyr le dice al conde:

—«No os asusteis. No fuí á vuestra casa para pediros nada, pues tengo todo cuanto necesito. Veo que careceis de dinero y creo que sería obra de misericordia el dároslo.

—»Os ví llegar desnudo y miserable, contesta el conde, y yo sé lo que me cuesta el que os vayais opulento. Me habeis costado más que dos arqueros y dos jinetes; sin embargo, si os daba aún un palafren, de lo cual me guarde Dios, seríais hombre todavía para aceptarlo.»

En otra estancia el conde amenaza con hacer la guerra á un señor llamado Arnaldo, en cuyo castillo se hallaba retirado Hugo de San Cyr. Este responde:

—«No se os teme. Cuando dos jugadores comienzan su juego, nadie sabe quién ha de reir ó ha de llorar hasta que dejan el tablero. Por lo mismo nadie puede felicitarse de su jornada miéntras no llegue la noche; que á veces los dias que tienen mejor mañana tienen una tarde funesta.»

Hugo de San Cyr viajó por Cataluña, Aragon y Castilla, habiendo ido á estos puntos formando parte del séquito de su protector Savarico de Mauleon, siendo muy honrado, segun parece, por Alfonso VIII de Castilla *el de las Navas*.

Hay indicios para creer que donde permaneció más tiempo fué en la corte de D. Pedro II de Aragon, y los

hay tambien para sospechar que anduvo mezclado en los negocios políticos que á la sazon preocupaban al monarca aragonés. No parece que Hugo de San Cyr participara de las ideas, entónces generales, á favor de la nacionalidad provenzal, en apoyo de la que se demandaba el concurso de Pedro II. Al contrario, el trovador que nos ocupa era güelfo, partidario decidido de la iglesia, y por consiguiente, su mision, si alguna tuvo en la corte de D. Pedro, debió de ser contraria á las aspiraciones de sus compatriotas y de sus hermanos los trovadores, adictos todos en general á la casa de Tolosa, deseosos todos de que el monarca aragonés fuera á ponerse al frente del movimiento nacional que se iniciaba en Provenza. Hugo de San Cyr pertenecia al opuesto bando, y al verle en la corte de D. Pedro precisamente cuando más se agitaban los partidos y mayores eran las intrigas políticas en torno de este monarca, hay motivos fundados para suponer que su mision era la de influir en el ánimo del rey para que no abandonara la causa de la Iglesia.

Dicho queda, en distintos pasajes de esta obra, como D. Pedro se puso hidalgamente de parte del conde de Tolosa. Por lo que toca á Hugo de San Cyr, y hay que hacerle esta justicia, al verse entre su patria y su partido, no se decidió en favor de su patria, pero al ménos no se puso en contra. Hubiesen hecho lo que él algunos trovadores de su misma idea, Perdigó, Folquet de Marsella y Guillermo de Orange, y su nombre no hubiera pasado á la posteridad maldecido de propios y extraños. Hugo de San Cyr, ya que no abrazara

la causa de su patria, no abrazó la contraria, y se retiró de la arena política y del palenque para nó tomar parte ni con unos ni con otros. Sólo mucho más tarde, cuando ya estaba todo decidido, se le ve en un *serventesio* ocuparse del conde de Tolosa, pero sin saña y sin ira, con la lealtad de un adversario noble y con la conviccion del hombre que sostiene sus principios y su causa.

Miéntras duró y estuvo encendida la guerra llamada de los albigenses, Hugo vivió en la corte de los condes de Provenza, junto á la condesa Garsenda, viuda de Alfonso II, que se encargó del gobierno de aquellos Estados durante la menor edad de su hijo Ramon Berenguer; en la misma corte continuó á la llegada del jóven Ramon Berenguer, procedente de Cataluña, en 1217, y allí siguió despues del matrimonio del conde con Beatriz de Saboya, en 1220.

Su biógrafo provenzal dice que vivió agradablemente en la sociedad de los barones, gustando de instruirse con lo que aprendia de los demás y comunicándoles, á su vez, lo que sabía. Sus versos eran celebrados de todos, pero, aunque muy galante, escribió pocas canciones de amores.

Se sabe que tuvo una dama, Clara de Anduse, tal vez la poetisa del mismo nombre, cuyo artículo se puede ver en su lugar respectivo. Se dice de Clara de Anduse que era bella, amable y virtuosa, siendo su único lado débil la ambicion de adquirir celebridad y de estar en relaciones con las damas y caballeros más ilustres. El trovador fué constante en presentarle sus homenajes y en satisfacer sus gustos, y cuentan las crónicas que le

procuró la amistad de todas las nobles damas del país, hasta establecer entre ellas una relacion continuada de mensajes, cartas y *saludos;* que él le escribia sus respuestas; y, finalmente, que ella le recompensaba con muchas consideraciones por lo tocante á sus ruegos y á su amor. Esperanzado en su pasion, Hugo se entregó á ella sin reserva.

«Mis ojos han vencido á mi corazon, decia, y mi corazon me ha vencido á mí mismo. Mi amor se aumenta de dia en dia, y cuando voy á declarárselo á la que adoro no sé cómo comenzar, y cuando por fin comienzo no sé cómo concluir...

»Yo quisiera que mi dama, ántes de perderme, conociera lo que valgo, y pondria entónces más cuidado en conservarme; pero desgraciadamente siempre los amantes más leales resultan ser aquellos á quienes se maltrata más. Lo que me consuela es que la sumision acaba por subyugar hasta los corazones rebeldes.»

En otra poesía dice que para ser bien tratado deberia ser falso y maldiciente, y truena contra aquellas damas que, por divertirse y pasar el tiempo, sostienen las esperanzas de hombres á quienes no aman, perdiendo su reputacion por hacer creer lo que no existe.

«Si me lamento y lloro, añade, mi dama rie y canta: si yo hago el cordero ella hace el lobo. Todos sus rigores, sin embargo, no me impedirán amarla.»

Clara de Anduse, sea por virtud ó por otra causa, no quiso nunca aparecer como su dama, y le obligó á dirigir y dedicar á la condesa de Provenza Beatriz de

Saboya las canciones que escribia en su alabanza. Hé aquí una de esas dedicatorias ó enderezas:

«Envio mi cancion, por ordenármelo así aquella que la motiva, á la noble condesa de Provenza, cuyas acciones reflejan el honor y la cordura, cuyas palabras la cortesía, y cuyos hechos el placer, el amor y la gentileza.»

El trovador y su dama acabaron por reñir para volver á unirse en seguida y romper de nuevo. Otra dama, llamada Pausa, celosa de la reputacion que Hugo procuraba á la primera, trató de suplantarla para tener á su vez un panegirista. Envió, pues, á buscar al poeta, le dijo que su dama era una ingrata por preferirle otros galanes, y se insinuó de manera que Hugo cayó á sus piés, dándole crédito, rompiendo sus primeras relaciones y llevando su perfidia hasta el extremo de maldecir públicamente de Clara y celebrar á su rival.

Sirvió entónces á ésta, esperando siempre y no obteniendo nunca, hasta que la desilusion trajo el arrepentimiento. Para reparar su falta hay indicios de que buscó la mediacion de una poderosa dama, la condesa misma de Provenza, la cual consiguió hacer las paces entre los antiguos amantes, y sólo entónces se trocaron los papeles. Hugo volvió á celebrar á Clara y maldijo de Pausa, diciendo en una cancion que nunca tuvo más motivos de alegría, viéndose libre de una indigna pasion para volver á ser el servidor de una dama modelo de honor y de sinceridad. Orgulloso del perdon obtenido, consiente en que no se le vuelva á perdonar si de nuevo falta, y áun cuando confiesa no ser merecedor de indul-

gencia por parte de su dama, confía en que la penitencia borrará sus faltas. «Si una dama me engañó, añade, no es seguramente aquella á quien ni un solo instante he dejado de amar, aquella que es dechado de todas gracias. Precisamente por esto y por tener tantos adoradores, es por lo que nacen mis recelos, pues sé bien que castillo vigorosamente combatido corre peligro siempre de rendirse.»

Se ignora si el castillo se rindió. Debió rendirse, si efectivamente la amada del poeta es la misma Clara de Anduse conocida como poetisa y de la que queda una ardiente poesía de amor, no dirigida tal vez á Hugo de San Cyr. De todos modos, es lo cierto que éste rompió de nuevo con su dama y se retiró á Lombardía, donde se casó con una jóven y noble trevisana, dejando de componer canciones. Desde el año 1235 próximamente se pierden las huellas de este poeta.

Entre las varias composiciones de Hugo de San Cyr que le han sobrevivido, existe un *serventesio* notable, compuesto contra algunos barones gibelinos, en el que se ataca sin consideracion á los de este bando, manchado con la lepra de la herejía, segun las opiniones del poeta güelfo.

Un siventés vuelh far en aquest son d' En Gui,
qne farai á falhensa mandar á 'N Guillelmi,
e al compte Gui Guerra' e 'N Miguel Morezi,
et a 'N Bernat de Fosc, et á sier Ugoli,
et als autres que son lains de lor fesi;
e sapchan cum calor de laintre esti,
qu' el sens e 'l noms e 'l pretz laus qu' om de lor di
los corona d' onor, sol fassan bona fi.

«Dios debe dar un buen fin, continúa diciendo el autor, á todos cuantos sostienen la franqueza y el derecho de la Iglesia contra aquellos que no tienen fe en Dios ni en la ley, que no creen en otra vida ni en el paraiso y dicen que nada queda del hombre despues de muerto.

Bona fi deu ben far, e Dieus li deu far be,
qui franqueza et dreitura e la gleyza manté
contra celh que non a en Dieus ni en leis fe,
ni vida aprés mort, ni paradis non cre,
e dis c' om es niens depueis que pert l' alé,
e crueltalz l' a tolta pietat e mercé,
ni tem layda falhida faire ne nulha re;
e totz bos faitz desonra, baysa e descapté.

El autor añade que se guarde de protegerles el conde Ramon de Tolosa, si no ha de verse envuelto en su desgracia. Recuerda que ya el conde ha visto como el papa le arrebataba Aviñon, Nimes, Carpentrás, etc., y que su cuñado, «el buen rey de Aragon,» murió por esta causa, viéndose obligado, si pide la restitucion, á «llevar el halcon de otro.»

Si 'l chapte 'l coms Reimons gart qu' en fassa son pro
qu' ieu vi qu' el papa 'l tolc Aagens et Avinhó,
e Nesuz' e Carpentrás, Venasqu' e Cavalhó,
Uzetge e Melguer, Rodés e Boazó,
Tolzan et Agenés, e Caors e Guordó
e 'n mori sos coynhatz lo bos reis d' Aragó;
e s' el torna la preza per aital ochaizó
encar l' er a portar el man l' autrui falcó.

El poeta quiere armar á la Francia contra el emperador, bajo pretexto de celo por la religion, y por esto hace saber «al halcon, hijo del águila que es rey de los franceses» que el emperador Federico II ha prometido á los ingleses devolverles la Bretaña, Anjou, la Normandía, etc.

Lo falcós, fils de l' aigla, qu' es reis dels francés,
sapcha que Frederics á promés als englés
qu' el lor rendrá Bretanha, Anjou e Toarcés,
e Peitau e Saintonge, Lemotges, Engolmés,
Tolonj 'e Normandia e Guiana e 'l Paés,
e venjara Tolsan, Bezers e Carcassés;
donchs bessonh a que Franza mantenha Milanés
e 'N Albaric que tolc que lay passatz non es.

Para el poeta, Federico no tiene otra ambicion que la de arruinar la Francia y la Iglesia á fin de hacer triunfar la ley herética. «La iglesia y el rey, dice, deben, pues, ordenar la cruzada y venir á protegernos, y debemos todos ir á conquistar la Pouille, porque aquel que no cree en Dios no debe poseer tierra alguna.»

Passatz lai fora ben, si 'lh n' agués lo poder,
que de ren als non a desirier ni voler,
mas cum Frans' e la gleisa el pogués decauzer,
e la soa crezensa e sa ley far tener;
don la gleisa e 'l reis y deuhon pervezer,
que 'ns mandon la crozada e 'ns venhan mantener;
et anem lai, en Polha, lo regne conquerer,
quar celh qu' en Dieu non cre non deu terra tener.
Ges Flandes ni Saboya no 'l devon mantener,
tan lor deu del elieg de Valensa doler.

En otro *serventesio* Hugo de San Cyr descarga todas sus iras poéticas contra Ezelino de Romano, conde de Verona, por ser partidario del emperador. Se felicita de oir decir que el orgullo y el poder de ese señor va bajando considerablemente, y añade:

«Todo el mal que le sucede me place como mi propio bien. Las damas que hizo quemar, los barones que mandó colgar, las doncellas que hizo pasar al filo de la espada, los monasterios que redujo á cenizas con sus altares y sus cruces, todos estos crímenes no le han valido. ¿Cómo pudo Dios permanecer tanto tiempo sin descargar sobre él su venganza? Si pronto no la hace estallar, muchos creerán que las acciones más criminales le son las más agradables.»

No es costumbre entre los trovadores hallar un güelfo tan entusiasta. Al contrario, los gibelinos eran los que entre ellos abundaban. De todos modos, este lenguaje sorprende áun en un güelfo.

Petrarca en su *Triunfo de amor* cita á un Hugo entre los más famosos poetas provenzales, y hay quien cree que sólo puede referirse al de San Cyr. Difícil es de asegurar siendo tres los Hugos más notables, Brunet, el de Pena y el de San Cyr.

Se supone á este poeta autor de varias biografías de trovadores.

TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

HUGO.

Quedan de él dos *tensiones* con Beltran de San Felix. En la primera, Hugo plantea esta cuestion: «Se trata de una dama de mérito, bella, cortés, que nunca amó, que jamás fué falsa ni engañadora. ¿Qué preferiríais tratándose de esta dama, entre solicitar ella vuestro amor ó veros vos obligado á solicitarlo?»

Beltran prefiere ser solicitado, pero Hugo cree que es más digno de una dama y más decoroso el hacerse rogar.

En la otra *tension* se trata de lo siguiente:

«Un caballero tenía una querida con la cual vivia en perfecta inteligencia. Apartóse de ella sin motivo por largo tiempo, y no se atreve ahora á presentarse por temor de atraerse sus iras. ¿Debe mantenerse alejado siempre, ó ir á provocar su enojo por el sólo placer de verla?»

—Yo iria á verla, dice Beltran, y áun cuando la en-

contrara animada de la más violenta cólera, mucho fuera que no acabase por apaciguarla.

Hugo sostiene que es una presuncion indigna de un verdadero amante.

HUGO.

Otro poeta, conocido sólo por su nombre, como el anterior.

Existe de él una *tension* con un llamado Beausson, en que se trata de decidir cuál de cuatro amistades vale más: la de una dama y un amante llenos de mérito, que se aman sin reserva y viven juntos con toda la cortesía y delicadeza de las gentes de honor; la de un noble y cortés caballero que ama á una jóven damisela bella, graciosa, que nada le rehusa; la de una noble dama á quien el amor obliga á amar á un gallardo mancebo de grandes esperanzas; ó, en fin, la de una jóven hermosa que ama á un jóven doncel, ambos en la edad del amor y ambos abrasándose en el mismo fuego.

Beausson dice:

— Le está bien á un noble caballero hacer la conquista de una gran dama, pero es el amor de la gloria el que forma este lazo y el verdadero amor no entra para nada. Por lo que toca al galante caballero que corteja á la damisela, es una relacion que no tiene ningun atractivo, pues carece de la fuente abundante de placeres que sólo procede de un amor tierno. La noble dama que ama á un jóven, obedece á un amor forzado y que no puede durar. La dama se va y el jóven no hace más

que llegar. Sólo cuando los corazones de la amable juventud se ven reunidos por la mano del amor, es cuando existe una alegría pura y verdadera, sin mezcla de artificio alguno.

Hugo acepta las conclusiones de Beausson.

HUGO DE BACALARIA.

Este trovador debió gozar de cierta celebridad y es citado por varios autores. Fué contemporáneo de Anselmo ó Gancelmo Faidit y de Savarico de Mauleon. Véase el artículo concerniente á este último, donde se habla de una *tension* que tiene por interlocutores á estos tres poetas.

Dícese que era del burgo de Uzerches en el Limosin, que tenía alguna nombradía, y que compuso buenas canciones, algunas *tensiones* y un *descort*.

No quedan, sin embargo, de él más que tres poesías de poco mérito ciertamente, una de ellas versificada con la regularidad misma y con el mismo arte que usan hoy los modernos poetas provenzales, alternando rigurosa é inflexiblemente los consonantes breves con los agudos.

Tiene una cancion de amor que es notable por su espontaneidad y sentimiento. Hugo se dirige á su dama para ofrecerle su corazon «en el cual está pintada la imágen de su dama.»

«Debo por fuerza amarla, dice hablando de su dama, y amarla sin doblez, porque reune todo lo que tienen en conjunto las demás mujeres, ingenio, hermosura, conversacion agradable, franca y alegre gentileza, ins-

truccion, talento y conocimientos. Todo cuanto á las damas distingue lo hallo en vos, mujer querida y á todas superior.»

Ben dey amar ses negua, fallensna
quar tot cuant es en las autras devis,
sens e beutatz, gent parlar e franc ris,
essenhamens, saber e conoissensa,
e tot aço pu' a pretz verays s' assaya,
vei qu' es en vos, bona dompna e prezans.

I.

IZARN EL INQUISIDOR.

I.

Era dominico, inquisidor, misionero fanático, perseguidor incansable de los albigenses y de los trovadores, y hay sin embargo que continuarle en la lista de estos últimos como autor de una larga composicion en verso, especie de discurso, ó mejor, de controversia entre Izarn y un teólogo albigense. Consta de ochocientos versos alejandrinos, y se ve claramente que la compuso como réplica á los discursos ó poemas religiosos en provenzal de los valdenses y albigenses.

Hay que dar cuenta primeramente de los trabajos poéticos y anónimos de aquellos herejes innovadores, que eran llamados tan pronto *valdenses* como *albigenses*, segun se les distinguia por el país de que procedian ó el que habitaban. Estos herejes, á quienes se daba tambien otros varios nombres, parecian haber emprendido la obra de volver el cristianismo á su sencillez pri-

mitiva, iban modestamente vestidos con unos hábitos negros, llevaban sandalias, y recorrian los pueblos, córtes, castillos y ciudades predicando su doctrina y recitando ó repartiendo como propaganda sus poemas religiosos, que eran en número de seis:

La Noble leyzon, *La Barca*, *Lo Novelh sermon*, *Lo Novelh confort*, *Lo Payre Eternal*, *Lo Desprezi del mon* y *L'Avangeli de li quatre semencz*.

La Noble leyzon era una simple paráfrasis en versos alejandrinos del Nuevo Testamento, donde se explicaba la nueva doctrina.

Los siguientes fragmentos darán una idea de esta composicion:

»Aún hay algunos hombres en esta época que, poco conocidos de la gente, querrian enseñar la vía de Jesucristo: pero son tan duramente perseguidos, que apénas pueden hacerlo; ¡tantos son los cristianos á quienes ciega el error, y sobre todo á aquellos que debieran ser pastores! Se persigue y se mata á los buenos y se deja en paz á los malos y á los hipócritas. Pero en esto se puede conocer que son malos pastores, pues que se les ve amar sólo á sus ovejas por la lana. Bien se puede ver que si hay un hombre honrado, cumplidor de lo preceptuado por la Escritura, que ame y tema á Jesucristo, que no quiera blasfemar, ni mentir, ni maldecir, ni cometer adulterio, ni tomar los bienes de otro, ni verter sangre, ni vengarse de sus enemigos, al momento dicen que es un valdense á quien es fuerza castigar, y le dañan y le pierden con mentiras y falsedades. Es preciso, pues, que sean fuertes los que sufren por el

Señor, ya que, al salir de este mundo, irán al reino de los cielos, donde mayor gloria tendrán cuanto más perseguidos y denostados hayan sido.

»Hay que atreverse á decirlo, porque es la verdad pura. Desde Silvestre hasta el actual, todos los papas, todos los cardenales, todos los obispos y abades, todos juntos no tienen tanto poder que puedan perdonar un solo pecado mortal. Solamente Dios perdona, y nadie sino Él puede hacerlo. Pero hé aquí cuál es el deber de los que son pastores: predicar al pueblo, enseñarle á rezar é infundirle la divina doctrina, castigar al pecador disciplinariamente para que con la amonestacion pueda arrepentirse, y confiese sus pecados sin olvidar ninguno, ayunando, haciendo limosna y rezando con fervor, que es así como ha de encontrar el alma su salud. Cristianos, los que hemos pecado, los que hemos abandonado la ley de Jesucristo, los que no tenemos fe, ni temor de Dios, ni caridad, arrepentirnos debemos sin tardanza. Con lágrimas y arrepentimiento debemos enmendar la ofensa que hemos cometido por tres pecados mortales: la codicia del ojo, el deleite de la carne y la soberbia, orígenes de todo mal. Esta es la vía en que debemos mantenernos si amar queremos y seguir á Jesucristo. Guardando de corazon pobreza espiritual, guardando la castidad, sirviendo humildemente á Dios es como ha de seguirse el camino del señor Jesucristo.»

Encar se troba alcun al temps present
lical son manifest a mout poc de la gent,
la via de Yeshu Xrist mot for volrian mostrar,
ma tant son persegú, qu' a pena o poyon far;

[illegible] Xristian encecá pel error
[illegible] aquilh que devon ess' pastor!
[illegible] aucion aquilh que son melhor,
[illegible] e li enganador!
[illegible] conoisser qu' ilh bon pastor no son,
[illegible] sinon per la toyson.
[illegible] l' escriptura dist
[illegible] qu' am' e tem' Yeshu Xrist,
[illegible] maudire ni jurar ni mentir,
[illegible] de l' autruy, ni aucir,
[illegible]
[illegible] degne de punir,
[illegible] mensonja e engan.
[illegible] qui sufre pel Segnor,
[illegible] d' aquest mon es per lor,
[illegible] si n' a agut desonor.
[illegible] car en ver se troba:
[illegible] de Silvest' li papa,
[illegible] vesque e li abbá,
[illegible] de potestá
qu' ilh [illegible] peccat mortal,
solament Dieus perdon' qu' autre non ho po far!
[illegible] que son pastor,
[illegible] en orasó,
e pusserli aver de divina doctrina
castiar li peccant, don' a lor disciplina,
[illegible] qu' ilh ayan penimentm;
qu' ilh fazan penitensa en la vita present,
dejunar, far almosnas e aurar au cor bulhent;
can per aquestas cosas troba l' arma salvamen.
. . . .

El poema termina con un breve resúmen:

«Brevemente se enseñan en esta *Leccion* las tres leyes que Dios dió al mundo.

» La primera demuestra, á quien tiene sentido y entendimiento, que es preciso reconocer á Dios y honrar al Creador, porque aquel que tenga entendimiento puede comprender perfectamente que él no se habrá formado á sí mismo, ni tampoco los demás. Esto puede hacerle ver que la razon dicta haber sido un Señor Dios el que ha creado el mundo, y que al reconocerle, debemos todos honrarle, pues condenados fueron aquellas que no lo hicieron.

« La segunda ley que Dios dió á Moisés nos enseña á creer en Dios y á servirle fielmente, pues que castiga y abate á todo el que le ofende.

» Y la tercera, que en los tiempos corrientes se predica, nos enseña á amar á Dios de todo corazon, á servirle con pureza, porque Dios espera al pecador y le concede tiempo á fin de que pueda hacer penitencia en esta vida.»

Breument es racontá en aquesta Leyzon
de las tres leys que Dieus donec al mon.
La premiera Ley mostra a qui a sen ni raczon...
. . . .
Ma la seconda Ley que Dieus donc á Moysent
nos ensenha á tenir Dieus e servir luy fortment.
. . . .
Ma la terza Ley, lacal es ara al temps present,
nos ensenha á amar Dieus de bon cor e purament.
. . . .

La Barca es un poema moral en que el autor supo agrupar con arte estrofas de seis alejandrinos y de seis disílabos; *El Nuevo sermon* es una exposicion de la doc-

trina valdense en alejandrinos, y *Lo Novelh confort* versa sobre el mismo órden de ideas, variando sólo de forma, que consiste en cuartetos del género de este:

> Lo cors será pausá en una fossa scura,
> l' esperit rendrá razon segon la dreitura,
> e non será scusa per plor ni per rancura,
> de tot será pagat mesura per mesura.

El poema titulado *El Padre Eterno* es una larguísima invocacion en tercetos como los del Dante, al Padre Eterno, «ese rey indulgente y misericordioso que da á los creyentes la conciencia de la virtud y convierte á los que no lo son por medio de los predicadores.»

Pero indudablemente, las obras más importantes entre las seis citadas, son *El Desprecio del mundo* y *El Evangelio de las cuatro semillas*. Es muy de sentir que hayan quedado desconocidos los nombres de aquellos poetas, varones de corazon honrado y alma austera, que probablemente escribieron sus poemas á la luz de las hogueras encendidas por los inquisidores para esparcir al aire sus cenizas.

«Ni los castillos, dice *El Desprecio del mundo*, ni los palacios, ni las grandes casas, ni los festines, ni los juegos, ni las fiestas, ni los lechos de honor, ni las galas, ni los trajes resplandecientes de oro y de colores, ni los ricos ganados, ni las grandes cosechas, ni las viñas en sazon, ni las fértiles praderas, ni una familia jóven y bella en los lares domésticos, ni todo el pomposo brillo de la existencia mundana, pueden deslumbrar ni tentar al justo, pues nunca busca lo que debe dejar.»

La parábola del Evangelio está desarrollada con la misma elevacion de ideas en los cuartetos del *Evangelio de las cuatro semillas*.

«Todos los pájaros del aire acuden en revuelto torbellino junto al buen sembrador para disputarle y devorar la semilla que arroja. Pues bien, esos pájaros falaces son los malos espíritus anunciados ya y señalados por el Evangelio, que vienen para devorar nuestro pobre rebaño, del que es buen pastor el Señor Jesucristo. Grandemente le perturban y mucho le trabajan, le atormentan y le angustian, le persiguen de muerte, pero los justos tienen tranquila su conciencia, su fe puesta en Cristo, y esperan que éste los conduzca al puerto de su paraiso.»

Para exterminar á los hombres que tan honradamente así se expresaban, se encendieron las hogueras de la inquisicion; para contestar á los poemas que esto decian, escribió el suyo Izarn el inquisidor.

II.

La obra de Izarn no puede compararse con las citadas, aun cuando pretenda ser una refutacion de ellas. Es un largo y monotono discurso en que el absurdo y el fanatismo se dan cordialmente la mano, pero es importante, y merece conocerse, para apreciar mejor la historia de aquella época calamitosa.

Así comienza Izarn:

«Vamos á ver, hereje, ven á discutir un poco con-

migo, pues ya sé, por lo que dicen, que eres poco amigo de hablar como á ello no te fuercen. Segun lo que veo, has renegado de tu Dios, de tu fe, de tu bautismo, y crees que el diablo te ha hecho y formado y que él es quien puede salvarte. Has mentido indignamente, en mala escuela has estudiado y es un falso cristianismo el tuyo. Sólo Dios hizo el hombre y lo formó con sus propias manos, segun está escrito: *Manus tuæ fecerunt me et plasmaverunt me...*»

Digasme tu, l' heretge, parl' ab me un petit,
que tu non' parlaras' gaire 'que ja 't sia grazit,
si per forsa no 't ve, segon c' avem auzit.
Segon lo mien veiaire, ben as Dieu escarnit,
ta fe, ton baptisme, renegat et guerpit,
car crezes que diables t' a format e bastit,
e tant mal a obrat e tant mal a ordit,
pot dar salvatió: falsamen as mentit
e de malvaiz escol' as aprés et auzit,
e ton crestianisme as falsat e delit.
Verament fetz Dieus ome et el l' a establit,
e 'l formet de sas mas, aisi com es escrit:
Manus tuae fecerunt me et plasmaverunt me...

«Esto prueba que Dios, y no el diablo hizo al hombre y la mujer despues, porque el diablo no tiene poder de hacer nada ni decir nada bueno. ¿Y cómo hubiera podido hacer el hombre que es mayor que él? ¿Cómo podia darle la salud? Le hubiera dado más entónces de lo que hubiera guardado para él, porque yo no creo que tú tengas cien años, y hace sin embargo más de cinco mil que tu padre el diablo, de quien te

supones hijo, está sin obtener su gracia. Ya que tú te sientes animado por el Santo Espíritu, y dispones de él para distribuirle á tus discípulos, ¿por qué no salvas á tu padre? Jamás creeré yo que el hombre haya nacido de padre tan perverso como el diablo. Su verdadero padre es Dios. *Formavit hominem ad imaginem et similitudinem suam.*

»Pero supongamos que sea como tú dices, que el diablo te haya hecho de la cabeza al talon, carne, huesos, miembros por un lado y por otro, aun así has mentido falsamente y voy á decirte por qué: porque esto no se halla escrito en Salomon, y ningun profeta ni apóstol ha dicho nunca que obras del diablo puedan dar salud, ni que fuese tan insensato el Santo Espíritu que fuese á establecer su hogar en casa del diablo; pero de esto, maldito el caso que tú haces. Tú no quieres predicar en iglesia ni en plaza, sino que vas á recitar los sermones por las selvas y bosques, entre malezas y zarzas, allí donde están hilando con su rueca Domerga, Rinalda, Bernardina, Garsenda ó Peironella. Miéntras una teje y otra hila, el otro dice su sermon. Así son las cosas del diablo. ¿Se vió nunca una reunion semejante de gentes que no saben leer ni escribir, querer despojar á Dios de sus derechos? Pero todo es inútil, pues tenemos muchas pruebas de que Él formó el cielo, la tierra, el sol, la luna y las estrellas, y los llama hijos y hermanos según el órden de la creacion. Por esto dijo el profeta David: *Filii tui sicut novellæ olivarum.*»

Ar pauzemo aissi com tu dizes que fo
que t' aia fach diables del cap tro al taló,

[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] no fo
[illegible]
[illegible]
[illegible] companho.
[illegible]
[illegible] sermó,
si [illegible] en boissó
[illegible] Domerga, Raymaut e Bernardó
Garens e Peyronella [illegible]...

Iznar prosigue argumentando por este estilo y apoyándose en textos latinos hasta llegar al punto en que echa mano ya de las razones decisivas y tambien de las grandes amenazas.

Habla ya el inquisidor y dice:

«Y ahora, hereje, quiero que me contestes dos palabras: *O serás arrojado al fuego ó te pondrás de nuestro lado.*»

> Ara vuelh que 'm respondas en un mot o en dos,
> si cauzirás et foc o remanrás ab nos...

El argumento del fuego es repetido á cada paso por el celoso dominico.

> E s' aquest no vols creire, vecte 'l foc aizinat
> que art tos companhós...

«Voy á proponerte, añade luégo, otro punto de dis-

cusion con motivo del matrimonio. Mientes como un condenado cuando lo niegas y dices que aquellos que tienen hijos ó hijas no pueden ser salvados. Buenas pruebas tenemos de su santidad. Dios fué su autor para multiplicar los hombres y levantar el mundo que estaba perdido por la caida de los ángeles malos. Él fué quien, para reparar su pérdida, crió el hombre y la mujer destinados á no ser más que una misma carne. *Et erant due in carne una. Propter hoc relinquet homo patrem et matrem et adhæribit uxori suæ.*

» San Pablo les amonesta á vivir juntos en buena compañía y les dice que *melius est nubere quam uri*. No hay castidad más agradable á Dios que el matrimonio fiel, aun cuando hay más mérito en vivir santamente, siempre que se pueda soportar el estado de virginidad...

» Y á pesar de esto, hereje malvado, ¿no te rindes? ¿No te convencen los textos de Dios y de San Pablo? Por esto, pues, porque no te pasan de los dientes ni penetran en tu corazon, por esto *se enciende ya la hoguera y se preparan los tormentos por donde debes pasar.*

E tu, malvat eretge, i' est ton desconoissens
que nulha res qu' ie 't mostre per tant de bons gairens
com es de Dieu et sant Paul non iest obediens,
ni 't pot intrar en cor ni passar per las dens,
perque 'l foc s' aparelha e ia pen' e 'l turmens
per on deves passar...

Como se ve, el poeta inquisidor no olvida nunca el fuego como razon suprema, como argumento Aquiles.

Y todavía parece dispensarle un favor retardándole

por unos momentos el placer de la hoguera, pues que prosigue diciendo:

Mas ans que 't don comjat ni 't lais al foc intrar,
de resurrectió vuelh ab tu disputar...

«Pero ántes que te despida y *te permita entrar en el fuego*, quiero discutir contigo sobre la resurreccion...»

Y en efecto, entra en una larga argumentacion de argumentos teológicos y textos latinos para demostrar que Dios resucitó y que todos resucitarán tambien al oir en el final juicio la trompeta del ángel, siendo premiados entónces los justos y arrojados los réprobos á los abismos del infierno.

Pero Izarn no se da por satisfecho con esto. Todavía, *ántes de que el hereje sea pasto del fuego*, quiere preguntarle por qué niega el bautismo.

Eretge, be volria, anc qu' foc te prezés,
que digas ton veiaire per cal razó desciés
lo nostre baptistili que bos e sanctes es...

Y en seguida entra Izarn en una nueva disertacion sobre el bautismo, aprovechando el momento oportuno para hacer el elogio de su Órden, diciendo que «todo el mundo se hubiera pervertido á no ser por el celo de los frailes Predicadores.» Prosigue luégo el inquisidor rebatiendo las doctrinas y herejías de los albigenses, y termina con el argumento obligado:

«Hereje, así seduces al hombre y le apartas de Dios para dárselo al diablo, y así es como le engañas haciéndole creer que se salvará. Todos aquellos países y to-

das aquellas tierras donde tu pérfida doctrina ha sido sembrada y esparcida, debieran desaparecer y hundirse. Si tuvieses tú la fe y la religion de B. de Montaigu, R. de Villar, ó la de B. Pagat (sin duda albigenses convertidos), te hubieras reconciliado. Y como no lo hagas pronto, la hoguera está ya encendida, á son de trompa se anunciará por la villa, y el pueblo se congregará para verte quemar.»

Esta controversia es seguida de la confesion del hereje. Izarn le hace hablar á él mismo, prestándole sin duda los conceptos que mejor le parecen y poniendo en sus labios las confesiones que halla más á propósito. El poeta-inquisidor, que tenía sin duda el amor del oficio, no se olvida de hacer decir al hereje que Izarn tenía gran ingenio para hacer buenos versos y componer *romans*.

Es, por lo demás, muy curiosa la confesion del hereje, que, segun sus primeras palabras, más parece haberse convencido por el argumento del fuego, que por las razones del predicador.

«Izarn, aseguradme y hacedme dar palabra de que no seré quemado ni atormentado, sometiéndome á cualquiera otra pena. Si puedo contar con vuestra proteccion y con que se salve mi honra y no se me haga violencia alguna, os revelaré todo el secreto de nuestros creyentes. Por más que Berit y Parazols aparezcan como descubridores de muchas cosas, no saben ni la décima parte de las que conciernen á los herejes sobre los cuales han hecho inquisiciones.»

Esos Berit y Parazols debian ser otros misioneros

agentes de la inquisicion y predicadores como Izarn, sus émulos sin duda, y éste aprovecha la ocasion de hacer hablar al hereje para lanzarles piadosamente un dardo.

«Pero, continúa el hereje, os pido el mayor secreto, puesto que si os creia capaz de engañarme, no me confesaria ni á vos ni á ningun otro hermano Predicador, y voy á daros la razon.

»Desde que me hicieron *obispo*, con estas mismas manos que veis, he *salvado* por lo ménos á quinientos hombres. Si los abandono, son otros tantos hombres perdidos y entregados á los diablos y á las penas del infierno. ¿Qué sería de mí si por desgracia encontrara á algunos de sus amigos y no me diérais vos asilo? Perderia mi dignidad y sería objeto de desprecio para toda nuestra corte (la de los albigenses, ó sea su consistorio y asamblea). Pero ya que he venido aquí bajo la fe de un salvo-conducto, quiero ser libre y que me deis toda seguridad.

»Bueno es que sepais por de pronto, que no son ni el hambre, ni la sed, ni la miseria, los que me han obligado á venir: tenemos expresamente prohibido obedecer á una citacion y comparecer, como otros que han sido maltratados, ni podemos aceptar ninguna conferencia sin haber exigido la palabra solemne de que si alguien prende á un hereje, en cualquier lugar que sea, lo devolverá á su corte, caso de que quiera ser puesto en libertad.

»Lo que más os asombrará es que nuestros mejores amigos y los que más familiares nos son, se han decla-

rado contra nosotros. Se nos acercan con aire de amistad para sorprendernos, en seguida nos arrestan y cargan de cadenas, esperando así que les sean perdonados sus pecados, y obteniendo su salvacion con nuestra pérdida. He venido á vuestra corte sin que nadie me obligara á ello y de buena voluntad, y esto os demostrará que me siento inclinado á vosotros más de lo que pensais. He abandonado por vos una vida de delicias, de la que, si no os fastidia, voy á haceros el relato.

»Tengo un gran número de amigos poderosos y ricos, de los cuales no hay uno solo que no se crea feliz dándome todo el dinero que deseo. Así, pues, tengo todo lo que quiero, y dispongo de todos los depósitos de las gentes de nuestra religion, que todas están acomodadas. Tengo gran cantidad de trajes, de camisas, de calzas, de ropa blanca bien lavada y limpia, de ropas de abrigo, de manteles y tohallas para mis amigos, cuando les convido á comer. Me trato bien: cómo carnes excelentes, buenos pasteles y ricos pescados.

»Miéntras que vosotros pasais las noches al relente, snfriendo el viento y la lluvia y regresais mojados hasta los huesos, yo estoy bien á cubierto y en paz y descanso con mis compañeros, dedicándome á la comida y bebida cuanto me place y haciendo todo lo que me conviene con mi primo ó con mi prima. Y como, despues de esto, tengo en mi mano el darme cuantas absoluciones quiera, no hay pecado que no me perdone ó de que no me salve, ya sea por mí mismo, ya por el primer diácono que encuentre. Tal es mi deliciosa vida. Si á ella renuncio confesando que es criminal, para abra-

zar la fe de Roma, agradecédmelo y tratadme como á un hombre honrado...»

Este cuadro de tan recargados colores está evidentemente puesto en labios del hereje para combatir la opinion vulgar que acerca de los albigenses se tenía. Sin discutir su herejía, más aún, reprobándola, confesarse debe, sin embargo, segun los anales del tiempo y de la historia, que los albigenses eran hombres austeros, rígidos, puritanos, de gran severidad de principios y costumbres, todo lo contrario precisamente de como le conviene á Izarn presentarlos por boca de su convertido. El mismo Izarn lo da á entender por lo demás, cuando en la primera parte de su discurso los pinta como salvajes, errantes por los bosques y predicando á las mujeres ocupadas en sus modestas tareas domésticas.

El hereje continúa su confesion:

«Ermengardo de Figueras fué mi padre. Yo hubiera podido ser un cumplido caballero, á permitírmelo mi fortuna: pero ya que no pude armarme bien para el servicio del mundo, quiero hacerlo para el de Dios.

»Auxiliadme cou vuestros consejos, Izarn, vos que tan excelente ingenio teneis para hacer versos y componer poemas, y que, mucho más sabio que otros, habeis triunfado de mi ignorancia con los argumentos en que habeis apoyado vuestras nueve cuestiones. Creo firmemente todo cuanto me habeis predicado, y estoy pronto á creer más todavía, si teneis tan buenas autoridades como las que me dísteis á conocer.

»Quiero ser bautizado, plenamente convencido de la religion que me enseñásteis vos y el hermano Ferrier,

á quien ha sido dado el poder de liar y desliar cualquier pecado de hereje. Y si os preguntan quién es el nuevo bautizado, podeis decirles: Es Sicart de Figueras, que abjuró sus errores, y que tan enemigo como fué hasta ahora de la Iglesia Romana, tan encarnizado perseguidor será en adelante de los herejes y de los infieles, sin traer ni paz ni tregua con ellos. Si fuí complaciente algun dia con Pedro Capella y los jefes de su partido, si fuí amigo y camarada de Juan de Colet, yo seré de hoy más su enemigo declarado, á ménos qne no se conviertan ántes del próximo mes de Febrero, y les haré prender á todos por nuestros escuderos y arqueros. Berit, Parazols y Ricardo Le Portier conocen bien los caminos extraviados, los escondrijos, las cavernas, los sitios y las cuevas donde esconden sus tesoros. No será necesario que ni vos ni el hermano Ferrier vayais, si no se convierten á la vista de nuestros mensajeros.»

La obra que nos ocupa termina con unos versos de Izarn en que, dirigiéndose al convertido, le dice:

«Sicart, yo te deseo la bendicion de Dios, que sin auxilio de nadie hizo el cielo, la tierra, el sol y la luna. Que él te conceda la gracia de contarte en el número de aquellos buenos obreros que Dios empleó en su viña, y que, áun llamados los últimos, merecieron tanto como los primeros. Esto es lo que infaliblemente obtendrás, si quieres ser tan adicto á la fe como lo fuiste á la mentira. Pero siempre se desconfía de los penitentes á quienes el miedo ha convertido, sobre todo cuando han sido jefes de bando, y es necesaria una medicina poderosa para evacuar todo el veneno de que están infectos.

»Sicart, es preciso que sin pérdida de tiempo demuestres con tus obras la sinceridad de tu conversion, es decir, que todos te vean ardiente en perseguir la herejía. Si muestras un celo ardiente y firme, tal como lo deseo, por la fe de Jesucristo que sostiene el hermano Ferrier, recibirás una gran recompensa, la que Dios promete á los que perseveran siempre en hacer buenas obras y en sufrir toda clase de persecuciones. A éstos dará las glorias del paraiso, segun el papa nos asegura, y segun primero lo dijo San Mateo el evangelista: *Beati qui persecutionem*, etc.»

Así termina esta curiosísima é importante composicion, que si como obra poética y de ingenio es realmente de muy escaso valor, como documento histórico es, por el contrario, digna de ser estudiada detenidamente.

TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

ISELDA DE CAPNIÓ.

Es una poetisa de quien nada se sabe, quedando sólo de ella dos composiciones de escaso mérito y que nada descubren relativamente á su autora: ambas poesías son incompletas.

Una está dirigida á la dama de Castelnau pidiéndole que perdone y devuelva su amor á Guido de Tournon, de cuyo arrepentimiento responde.

La otra parece reducida á zaherir á una dama que, por entregarse á un alto baron, despreció el amor leal de un pobre caballero.

Se la cita entre las mujeres galantes y célebres del siglo XII.

IZARN.

Existen otros dos poetas de este nombre, á más del Izarn inquisidor de que se ha hablado.

El uno, á quien llaman Izarn de Rezols, sólo tiene una cancion de amores muy vulgar. El otro, llamado Izarn Marqués, es autor de una poesía licenciosa.

J.

JUAN DE AUBUSSON.

Hé aquí otro trovador, político y gibelino, cuya vida nos es del todo desconocida, pero de quien nos queda una poesía verdaderamente notable, y que merece fijar la atencion.

Se refiere á aquella época de la historia en que con más vehemencia que nunca estallaron los odios entre güelfos y gibelinos, partidarios del papa los primeros, y del emperador los otros.

Por los años de 1236 era emperador y rey de romanos Federico II, y las ciudades lombardas, que ya desde 1226 venian formando contra él una liga bajo el nombre de *Sociedad de los lombardos*, se negaban á obedecer y respetar á los gobernadores y delegados de Federico. Segun lo que aparece más cierto, los lombardos contaban con el apoyo secreto del papa, que les animaba á emanciparse de la dominacion teutónica. Federico, rom-

piendo con la Santa Sede, excomulgado por ella, y poniéndose al frente del partido gibelino, decidió marchar en 1236 contra las ciudades de Lombardía que le eran rebeldes, y á este fin aparejó numerosa y escogida hueste y áun se entendió con algunos señores de aquellas comarcas, como el marqués Bonifacio de Montferrat, á quien dispensó gracias y honores.

A esta expedicion y empresa se refiere la poesía de Juan de Aubusson.

El poeta, aparentando departir con uno llamado Nicolet, escribe la siguiente *tension* y, con imágenes alegóricas, pide á su interlocutor la explicacion de un sueño.

—«Nicolet, quiero que me expliques un sueño extraño que tuve la otra noche. Temblé por el mundo á la vista de un águila que venía volando por los aires, y que, poniendo en fuga á cuantas aves encontraba, iba cazando y apoderándose de todo, sin que nada pudiese resistirle.

—»Juan, el águila significa el emperador que viene sobre Lombardía. Su vuelo elevado señala el gran valor de ese príncipe, que ahuyenta cuanto se le opone, porque ni país ni hombre, ni nada, ni nadie puede impedir que sea el dueño de todo, como es de razon.

—»Nicolet, el águila lo destruia todo y nada se le escapaba. De Colonia llegaba un bajel, mayor de lo que puedo expresar, lleno de fuego, navegando á través de las tierras, y el águila soplaba el fuego con tanta violencia, que las llamas impetuosas abrasaban todos los lugares por donde el bajel pasaba.

—» Juan, el águila que tenía tan poderoso soplo es el gran tesoro que el emperador conduce á Lombardía. El bajel es el ejército de los alemanes, á quienes ha de dar tanta parte de su tesoro, que ejecutarán sus órdenes sin vacilar.

—» El águila apagó despues aquel gran incendio é hizo brillar una luz en el Montferrat, tan resplandeciente y viva que daba alegría al universo entero. Tambien hizo brillar la misma luz en otros muchos lugares, con gran contentamiento y esplendor de todo y de todos. En seguida, se lanzó á los aires, posándose en region tan elevada, que desde allí dominaba el mundo entero.

—» El incendio extinguido es la paz que dará el emperador. La luz esparcida es la restitucion del Montferrat. Las otras luces son las recompensas que distribuirá á los que las hayan merecido. El águila posada en los aires significa que el mundo entero quedará sometido al dominio imperial.»

Tal es esta original poesía.

Juan de Aubusson sería, sin duda, alguno de aquellos trovadores á quienes el marqués de Montferrat, de ellos gran protector, brindaba con su hospitalidad, con las delicias y con el regalo de su corte, una de las más concurridas por los hombres inteligentes de la época.

JUAN ESTEVE,

DE BEZIERS.

Escasísimas son las noticias que se tienen de Juan Esteve. Se sabe que era de Beziers, y las poesías que de él se conservan, en número de doce, nos atestiguan que floreció de mediados á últimos del siglo XIII. Fué, pues, uno de los últimos trovadores. Sus composiciones están fechadas, como las de Giraldo Riquier, que fué quien introdujo esta innovacion.

De sus obras se desprende que Juan Esteve poseia, por lo ménos, dos nobles virtudes, la de fidelidad y constancia en sus honestos amores, la de gratitud y adhesion hácia su protector.

La dama nos es desconocida. El trovador, insiguiendo la costumbre de otros, oculta su verdadero nombre bajo el de *Belh Rai*, hermoso rayo, y la posteridad ha conservado el secreto y la discrecion del poeta.

Su protector era Guillermo de Lodeva, el Almirante, de quien luégo tendremos ocasion de hablar.

En casi todas sus poesías habla de la una ó del otro, en algunas enlaza cariñosamente entrambos nombres, que parecen haber sido los dos grandes amores del poeta, y si siempre se le ve constante en su casta y respetuosa pasion hácia aquella «de quien nada desea conseguir que pueda deshonrarla,»

quar anc enveiós
no fui de re qu' a lieys fo dechazensa,

siempre tambien se le ve firme en su adhesion sin límites hácia Guillermo de Lodeva, á quien es fiel así en su prosperidad como en la desgracia, y de quien cada dia que continúa separado le parece largo como un año:

el jorn que no 'l vey m' es un an.

Las obras de Juan Esteve no son ciertamente de primer órden, y demuestran ya la decadencia de los trovadores; pero todas ellas están generalmente bien inspiradas, todas obedecen á un fin moral, y dominan en ellas nobles y elevados sentimientos, al par que una lujosa y variada versificacion.

Juan Esteve cultivó todos los géneros. Las doce poesías que de él nos quedan, se dividen en una *cancion* de amores, dos *pastorelas*, una *vaquera*, una *retroencha*, una *tension*, dos *serventesios*, tres *planchs*, lamentaciones ó elegías, y una poesía moral.

Comencemos por sus composiciones galantes.

Como es de suponer, su cancion de amor va dirigida á su *Belh Rai*.

«Así como aquel que consigue hacerse rico por sus

esfuerzos, sin malos medios, conserva sus bienes, hijos del trabajo, y los administra prudentemente, así yo soy rico de amor sin falsía, gracias á mi *Bello Rayo* que me hace vivir alegre. Y la alegría que de esto tengo me es tanto más querida y grata, cuanto que es con el trabajo con lo que he ganado su benevolencia.

»Sin el trabajo nadie puede mantener su pró. Es bueno para el enfermo, aunque de ello se lamente, que es para éste el trabajo lo que es el estaño á la plata, siendo el medio tambien de destruir todo morbo. Y como es el trabajo el que me ha conseguido el conocimiento de mi bella, tan gentil, tan discreta y virtuosa, mi dicha es más colmada, más sabroso mi placer, y nada más grato para mí que ver á mi hermosa crecer en mérito.

»Viéndola aumentar en valía, me baño en júbilo, y soy más feliz que el pez gordo en el estanque y que el señor que puede repartir honores. Gracias sean dadas á ella, á quien place mi amor y que me tiene como suyo, formando efectivamente entrambos uno sólo. A ella le agradan mis cantos y coloquios, y yo guardo su honor como un hombre honrado su creencia.

»Y guardando su honor me paga en cortesía, sucediéndome lo propio que á dos nobles compañeros de armas, entre quienes el uno acude al auxilio del otro, sin faltarle nunca, pagando el agradecido con creces el favor de que haya sido objeto. Así se porta conmigo en hechos y en maneras la gentil dama, de quien estoy enamorado, y que quiere cuanto yo quiero, porque sabe que nada de ella deseo conseguir que pueda deshonrarla.

»Así es como soy tan puro como el oro, cuya pu-

reza es superior á la de los demás metales. Nada cambia mi puro querer, pues más puro me conservo aún que el dia que me aceptó por suyo, dándome más valor que á esos otros amantes engañadores y falaces, á quienes se debe la decadencia de la prez y de la virtud. Tales placeres no son gratos ni buenos para mí, pues yo sé bien que al fin en desplaceres tornan.

»Cancion, ve á decir al noble Guillermo de Lodeva, de tanto valor dotado y tanto mérito, que su valía y acciones hidalgas descuellan sobre las de los otros, como sobre todas brilla la hermosura de *Bello Rayo.*»

Aissi cum cel que 's vengutz en riqueza
per son esfors, s' es tot avol gazanh,
e la garda, eu fa so que sen tanh,
quar trebalhs es ans qu' om l' aia conqueza,
d' aital semblan sui ieu rics, ses falhenza,
per mon Belh Rai que 'm fai riure joiós:
el joi qu' ieu n' ai m' es pus cars e pus dos
quar trebalhan conquis sa benvolensa.

Senes trebalh no manté hom proeza,
qu' al malaute es bo, sitot se 'n planh;
qu' aissi 'n val mais co argens sobr' estanh,
qu' ab esto mal se destrui la maleza;
e quar trebalh me det la conoissensa
de la belha qu' es cuend' e gaia e pros,
pus corals m' es el joi mai saborós
e mai ma platz quan creis sa gran valensa.

Creissen s' onor me ten en tal gaieza
la franca res, qu' ieu en pur gaug me banh,
e m' estai miels que 'l gras peis en l' estanh,
ni á senhor que pot donar nobleza.
Mercés á lieis, quar m' amor li agensa

e 'm te per sieu e em un ambedós,
e quar li plai mos cants e mas razós,
ieu gar s' onor com bos homs sa creensa.

. . . .

Cansó, vai dir, quar a pretz e valensa,
al bon Guillem de Lodeva, qu' als pros
val sa valors, quar sobre 'ls cabalós
sap far rics faigz, e Belh Rai beutatz gensa.

Merecen insertarse íntegras las dos *pastorelas* de Juan Esteve, ya que son las poesías que más nombradía le han dado. Se encuentran en ellas las ingénuas gracias de la verdadera égloga, se distinguen por su sencillez y galanura, y son notables por la originalidad de su metro y forma. En ámbas, como se verá, siguiendo la costumbre constante del trovador, se halla al final un recuerdo para Guillermo de Lodeva y para *Bello Rayo*.

PASTORELA QUE HIZO J. ESTEVE EN EL AÑO 1275.

«El otro dia, seducido por el alegre tiempo de la primavera, por el canto de los pájaros y por el deleite que me inspira el campo, me fuí solo á pasear, y en una pradera encontré cogiendo flores á una pastora sin igual, graciosa y gentil, muy recatada, que iba en pos de sus corderos. Iba cogiendo flores y diciendo que jamás se le ocurrió el deseo de tener un amante, por ser éste el camino que conduce á mal fin.

»Me acerqué á saludarla, viendo entónces que nunca más bella mujer fué guardadora de ovejas, y saludóme

ella tambien, áun cuando tuvo miedo, pues que sólo reparó en mí al oirme hablar, pero reponiéndose me dijo: —«No me agrada que os hayais acercado tan inopinadamente, y esto me hace recelar, señor. A Dios me encomiendo. ¿Qué buscais? No parece sino que sois espía de malos hombres ó que aquí os conduce el falaz deseo de placeres que el amor reprueba.

—«No es fácil juzgar por la apariencia, hermosa jóven, le dije yo, sin exponerse á engaño, porque á muchos hombres buenos veo tener por malvados y á muchos malvados por buenos. Por esto os ruego que, ántes de hablar, oigais. No soy yo ningun hombre sospechoso, y, si os place, aceptad mi amor.» —«A otra más necia podeis dirigiros, señor, para que os acepte. A mí no me agrada. Seguid, pues, vuestro camino.»

—«Hermosa jóven, le dije, ántes de irme quiero haceros alguna de las caricias acostumbradas entre la amiga y el amante. No creais que quiera deshonraros, pero me seduce tanto vuestra belleza, que sin esto no quiero dejaros.» —«Quien de esta manera me habla, no sabe ciertamente quién soy ni cómo castigué el otro dia á un atrevido. No quiero que por mí sea deshonrada mi familia.»

—«Gentil jovencita, tal como me veis, yo puedo valer para vos más que otro galan, porque soy rico en bienes, que repartiré gustoso con vos. Os pido, pues, que acepteis mi amor y que vengais conmigo á juguetear por la pradera, allí, debajo de aquel pino, y para siempre sereis mia.» —«Señor, mis deseos no

están conformes con los vuestros, y si no tuviéseis mala intencion, seguiríais vuestro camino.»

—«¡Si supiérais, querida mia, hasta dónde llega mi amor! Creo que con las flores que llevais me tejereis bien pronto una corona. Y ahora, venid conmigo bajo aquellos árboles.» —Ella se alegró porque vió que yo no empañaba su virtud y dijo: —«Me es grato, señor, dejarme vencer por vuestro amor, si es siempre así. Me pareceis bueno y galan, pero concluyamos ya.»

«Valía y mérito tiene Guillermo de Lodeva. No se piense nunca que pueda yo ofender á *Bello Rayo*, á quien amo más que á mí.»

PASTORELLA QUE FES J. ESTÈVE, EN L'AN 1275.

L' autrier el gay temps de pascor,
quant auzils auzeletz cantar,
per gaug quem de la verdor
men issi totz sols delechar;
et en un pradet culhen flor
encontrei pastora ses par,
cuend' e plazen,
mot covinen,
anhels seguen.
La flor culhen,
dizia
qu' anc dia
de far amic non ac talen
quar via
sen cria
don malvestatz pren naissemen.

Saludiei la, quar a gensor
no cre qu' om vis anhels gardar;
et elha mi; donc ac pavor
quar nom vi tro m' auzi parlar,
e dis: «Senher, no m' a sabor
qu' aiatz aissi faitz vostr' anar.
Pecx etz de sen,
non per coven,
a Dieu me ren,
qu' anatz queren?
Paria
qu' espia
fossetz de qualque folla gen,
ous guia
falsia
dels fals plazer qu' amors desmen.»

«Greu pot hom jutjar per semblan
toza, fi m' ieu, senes falhir;
quarmant bo ten hom per truan
e mant malvat vei mout grazir:
per qu' us prec que d' aissi enan
vulhatz, ans que parletz, auzir;
que ieu non so
sers d' ochaizo;
mas, si' us sap bo,
m' amor vos do.»
«—Trobada
pus fada
vos agr' ops, senher, acsetz: no
m' agrada.
L' estrada
seguetz, anatz, faitz vostre pro.»

—«Toza, fi m' ieu, ans que m' en an

vos farai lo dous joc sentir
qu' entre amiga et aman
se fai, mas ges nous vuelh aunir;
tan me platz vostra beutat gran
qu' estiers de vos no' m vuelh partir.»
—«Qui' m mou tenso
d' aital razo
no sap qui so,
senher, ni co
irada
torbada
men fetz l' autrier un folh cussó.
Nainada
blasmada
no vuelh e mi aia parssó.»

—«Toza cuenda, tal que' m vejatz
beus valrai ieu mais que pus belh,
que d' aver sui rics e bastatz,
e far vos n' ai part cors isnelh.
Per queus prec que m' amor vulhatz,
e fassam lo dous joc novelh
ins el jardi
lai sotz selh pi;
que mais ses fi
valretz per mi.»
—«Ma pensa
nos gensa,
senher, al vostre pro; quar si
entensa
ses tensa
acsetz, tengras vostre cami.»

—«Na toza, si vos sabiatz
can gent vas amor mi capdelh:

cre que de las flors que portatz
men fessetz leumen un capelh.
Mantenen, menan gran solatz,
intrem non sotz un arborelh»
Don s' esjauzi,
quar son pretz fi
non l' esvazi,
e dis aissi:
—«M' agensa
que' m vensa,
senher, vostre amor s' es tot si;
plazensa
parvensa
m' avetz; aitan fezem fi.»
Suffrensa,
valensa
an Guillem de Lodev' ab si;
qu' ofensa
nos pensa
mais al *Belh-Rai* qu' am mais de mi.

La otra *pastorela* está fechada en 1283.

Al llegar el dulce tiempo en que la flor brota en la pradera, el trovador se va á paseo por el campo pensando en sus amores, y encuentra á una graciosa y bella pastora que lleva un vestido de rica tela rayada, hablando con un pastor. Se esconde el poeta tras de los árboles y escucha la conversacion. El pastor se llama Guido y la pastora Flor. Ella da cuenta á su amado de que su padre la quiere casar con uno que es muy viejo, pero muy rico. Guido se lamenta de esto. Flor vacila porque ve pobre á Guido, pero éste le dice que un pobre, jóven, es rico, miéntras que con un viejo enfer-

mizo sucede todo lo contrario. Flor confiesa tener amor á Guido, y la pareja, creyéndose sola, comienza á darse abrazos y besos en el momento en que se presenta á ella el poeta saliendo de su escondite. La rubia pastora se ruboriza y no oculta su indignacion al importuno que les dirige algunas palabras, y se retira dejándoles seguir su amante coloquio.

La *pastorela* termina con unos versos lisonjeros para Guillermo de Lodeva y *Bello Rayo.*

El dous temps quan la flor s' espan
sus el verjan
ab la verdor,
m' anava totz sols delechan
del joi pessan
que' m ven d' amor.
En un deves anhels garan
ieu vi denan
ab un pastor
gaia pastorella,
convinent e bella
que vesti gonella
d' un drap vetat belh,
el pastorel.

Pres d' elhs me mis en loc rescós,
que nulh d' amdós
non posc vezer,
el pastora moc sas razós
com gai' e pros;
e dis: « Per ver,
Gui, mon pairem vol dar espos
vielh, rainós,
e ric d'aver. »

—« Mal er la chausida
dis Gui, sius marida,
na Flors; eus oblida
selh que per marit
avetz chauzit. »

—« En Gui, mos cors vos es volvens,
quar paupramens
vos vei estar. »
—« Na Flors, paupre jov' es manens,
quan viu jauzens,
plus, ses duptar,
quel vielh ric qu' es tot l' an dolens;
qu' aur ni argens
nol pot joy dar. »
—« En Gui, que queus aia
dig, amor veraia
vos port, nous desplaia;
que fin cor verai
amics, vos ai. »

Del loc don los agui' scotatz
vengui en patz
tro elhs ses brui;
baizan los trobeis abrassatz
d' amor nafratz,
joi entr' amdui;
saludiei los, mas ver sapchatz
que saludatz
per elhs non fui:
el pastora blonda
dis non jauzionda:
—« Senher, Dieus cofonda
qui joc jauzion
tolh al belh blon! »

—«Na Flors, perque' us desplatz de mi
mas quez en Gui
quar aissi so?»
—«Senher, vos nostres noms cossi
sabetz aissi?
Ans me sap bo.»
—«Na Flors, tan pres era d' aissi
quels noms auzi
e la tensó.»
—«Senher, noi fo facha
folor ni atracha.
Toza, qui s' en gacha,
de ben fai atrag
qu' a tos temps fag.»

Ma razó retracha,
ses tota empacha
partim de lur pacha;
non lur fi empag;
pus ni retrag.

En Guillem a facha
de Lodeva gacha
di valor entracha,
perqu' ieu s' onor gach,
Belh-Rai, be fach.

La *vaquera*, como es sabido, no se diferenciaba de la *pastorela* sino en que la heroina guardaba vacas en lugar de ovejas. La poesía que de Juan Esteve nos queda en este género, está fechada en 1288 y consiste en que el poeta se encuentra á una pastora que está guardando sus vacas, pero arrodillada y rezando. La vaquera es linda y el poeta la galantea y la enamora,

ella le contesta con un verdadero sermon diciéndole que está consagrada á Dios y que sólo de él quiere ser esposa. El trovador le pregunta entónces si es monja, y á la contestacion de ésta, diciéndole que quiere morir sirviendo al que en la cruz sufrió muerte y pasion por nosotros, el galan abandona el campo.

Termina tambien su composicion con una galantería á Guillermo de Lodeva y á *Bello Rayo*.

Hemos dicho que quedaba tambien de este autor una *retroencha*.

Se compone de cinco coplas y una tornada, lleva la fecha de 1281, y conforme con las reglas y preceptos del género, consiste en repetir al fin de cada estancia dos versos de estribillo:

Ben dei cantar gaiamen
pus ai tant gai jauzimén.

«Bien es preciso que cante alegremente, cuando tanta alegría siento.»

El poeta se considera tan feliz que no envidia otra dicha en el mundo; ni el poder ni la riqueza de los reyes y los condes podrian darle tanto júbilo como le da su amada, que es flor de belleza, y de quien, guardándose el amor, conserva el honor.

La ama como á sí mismo, y ella le ama lo propio, de manera que sólo tienen un corazon para los dos y un solo pensamiento, sin ser de extrañar que la elogie puesto que él es su amante, y ella la más hermosa del mundo.

En su tercera estancia, el trovador compara la be-

lleza resplandeciente de su dama, al dia que hace desaparecer la estrella del alba.

Así prosigue contando las perfecciones de su amada, superior en dotes y belleza á todo y á todas, hasta llegar á la *tornada*, en la que el poeta aprovecha la ocasion, por si pudiera haberse olvidado, de hacer saber que la dama á quien canta, es siempre su misma *Bello Rayo*, y que hay en ella tanta nobleza de alma como valor y cortesía en Guillermo de Lodeva.

Puede ofrecerse esta *retroencha* como modelo en su género, siendo además muy recomendable por su ritmo, por el arte con que están enlazadas las rimas, y por el acierto y oportuna colocacion del estribillo:

¡Sim vai be quez ieu non envei
d' est mon autra benanansa!
ricor de comte ni de rei
no crem des tan d' alegransa
quo fai la gensor
qu' es de beutat flor
a tria:
que ieu ai s' amor;
et ill a s' onor
l' amia.
¡Ben dei cantar gaiamen
pus ai tan gai jauzimen!

Quar am lieis enaissi que mei,
et ilh me d' aital semblansa,
et em d' un cor e d' una lei,
non es grans meravelhansa
s' ieu ne fas lauzor
quar non sai melhor

nis lia
el mon bellazor.
E qu' ieu amador
sieus sia!
¡Ben dei cantar gaiamen
pus ai tan gai jauzimen!

La bella a cui eu soplei
me dobla la benanansa
en que'm ten, quar sa beutat vei
que non a par ni engansa;
qu' ab sa resplandor
toda autra claror,
que' l dia
l' estela d' albor;
per que m' a sabor
qu' ieu dia:
¡Ben dei cantar gaiamen
pus ai tan gai jauzimen!

Franquez' e bontat a ab sei
la gaia res, ses duptansa;
que platz li que men esbaudei,
quar sap qu' enantisc s' onransa;
per que m' avigor
gais jois, qui quen plor
on ria.
Doncx pus chantador
m' ai fach ses clamor
m' amia.
¡Ben dei cantar gaiamen
pus ai tan gai jauzimen!

Ieu chan gaiamen quo far dei,
quar gaia domna m' enansa

ab gai cors, a cui platz domnei
quant honor noi pren mermansa;
mai m' es que seror,
quar ilh me secor
de guia
qu' ieu no'm sent dolor,
mas jois ses error
que'm guia.
¡Ben dei cantar gaiamen
pus ai tan gai jauzimen!

TORNADA.

Guillem á valor
de Lodev' e cortesia,
el *Belh Rai* franguor.
¡Qu' ieu gais per s' amor
estia!
¡Ben dei cantar gaiamen
pus ai tan gai jauzimen!

Con la *tension* de que se ha hablado, terminan las seis composiciones galantes de este trovador.

Su *tension* es una controversia con uno á quien llama *Jutge*, tal vez nombre de otro poeta, áun cuando bien pudiera ser *juez*, nombre de cargo ó profesion.

Juan Esteve somete á *Jutge* la cuestion de quién debe ser preferido entre dos amantes, uno poderoso y rico, otro pobre y lleno de deudas. No siendo posible ponerse de acuerdo, los interlocutores deciden apelar el juicio del señor Ebles y del sacerdote Juan.

Vamos á ocuparnos ahora de las poesías no galantes de Juan Esteve.

Tiene dos *serventesios*. En el primero, que lleva la fecha de 1284, el poeta se pronuncia contra los malvados y traidores que con sus intrigas, fraudes y manejos intentan empañar la virtud y la lealtad. Aun cuando se expresa en términos oscuros, se ve por las últimas coplas que alude á la perfidia de un contemporáneo que habia intentado rebajar el mérito y valía de Guillermo de Lodeva, á quien el *serventesio* va dirigido.

El otro *serventesio* trata tambien de este mismo señor, y se refiere á un suceso histórico que, mejor que los anales de Francia, nos explican las crónicas catalanas.

Habia estallado la guerra entre Aragon y Francia. Con fuerte ejército de tierra y poderosa armada venía el francés contra D. Pedro de Aragon *el Grande*, dispuesto éste valerosamente á defender sus dominios, de los cuales el papa, como si pudiera, le habia desposeido para dárselos á Cárlos de Valois, hijo del rey de Francia. Conocida es la historia de aquella guerra, verdadera epopeya catalana, en que los franceses vieron abatido su orgullo, y acosados y maltratados tuvieron que repasar los Pirineos, rotas sus huestes, menguada su honra, por el polvo sus banderas.

Si en tierra alcanzaron brillantes victorias los aragoneses y catalanes, no fueron ciertamente menores las que consiguieron en el mar. Entre los varios combates navales de que nuestras crónicas guardan memoria, hubo uno entre Rosas y San Feliu de Guixols, donde un puñado de galeras catalanas, al mando de Ramon Marquet y Berenguer Mayol deshizo una

fuerte armada francesa, cuyo almirante era el Guillermo de Lodeva, tan profundamente querido del trovador Juan Esteve.

Fué el suceso en Julio de 1285. Siete galeras francesas, entre ellas la del almirante, quedaron en poder de los catalanes, y Guillermo de Lodeva fué llevado cautivo á Barcelona, donde aún por lo visto debia continuar prisionero en 1286, á juzgar por el *serventesio* de Juan Esteve.

Esta fecha lleva, en efecto, la poesía del trovador que ha dado motivo á escribir estas líneas.

Es un *serventesio* dirigido á Felipe, rey de Francia, sucesor del Felipe *el Atrevido* que murió á consecuencia del mál éxito de su jornada contra Cataluña y Aragon. En esta poesía, demostracion innegable del profundo cariño que el poeta tenía á Guillermo de Lodeva, Juan Esteve se dirige al monarca francés, y le pide que procure la libertad del almirante y el castigo de los que le vendieron y entregaron á traicion, que así fué como, segun el autor, se efectuó el suceso, lo cual no está por cierto conforme con la manera como cuentan las crónicas el hecho.

El trovador dice que Guillermo de Lodeva fué vendido por su gente como Judas vendió á Dios, y pide al rey que sea inflexible y severo con los traidores. «Cada uno, dice, debe ser recompensado segun sus servicios y méritos: así, pues, sed leal, pagadles como merecen quitándoles sus bienes y la vida, con lo cual sereis honrado y bendecido.»

Se ignora si el monarca atendió en este punto al poeta,

pero los deseos de éste respecto á Lodeva debieron ser oidos, pues el almirante fué rescatado y devuelto á su país.

Tres son las elegías ó *planchs* de Juan Esteve.

Una de ellas, sin fecha, está dedicada á la muerte de Guillermo de Lodeva. Todo el cariño que el poeta tenía á su señor se refleja en esta composicion, algo exagerada sin disputa en la expresion de los lamentos y en el elogio de las cualidades del difunto, pero llena de dolor y sentimiento.

Dice así:

Planhen, ploran ab desplazer
et ab gran trebalh, las! qu' ieu ai,
fenisc mon chan, quar re valer
nom poiria negus temps mai;
e vol que gaug parta de me,
pos mortz a partit d' aquest mon
en Guillem de Lodeva de
que' m venia joys jauzion.

Mortz, menat n' as selh qu' en poder
avia pretz fi e veray
e sabia far son dever
mielhs que lunhs que' n remanha say,
e mielhs so qu' a valors cove,
e mielhs bos faitz de cor volon,
per que, aitan quan men sové,
ai piegz que selh qu' om vin rebon.

E qui sabra mais mantener
proeza tan be? non loy say,
quar aquilh que an mais d' aver

son pus cobe e pus savay:
tot quant es e mi eys menscré,
quar moron aquilh qui bos son
el malvat vivon, Dieus! per que
tan de dol n' ay quel cor mi fon.

Esta terran vol mens per ver
per sa mort, e so quals pros play,
dos e condugz e sostener
los paupres en lur gran esmay,
et aver de forgag mercé,
mala mortz, tu as frag lo pon
don venian tug aquest be,
e menat l' as' ieu no say on.

Que m' enanso miey mal saber
que negus temps mais nol veyray?
Ailas! E tan greu desplazer
del franc gent noyrit que faray?
Dieus li perdó quel mon sosté,
elh done l' ostal deziron
on sols apostol pres de se,
el gaug perdurable d' amon.

Maire de Deu, font de mercé,
la tua gran bontatz l' aon,
el meto lai on an ab te
las verges gai joi jauzion.

Su otro *planch* es de 1284 y se refiere á una catástrofe que debió tener lugar en Beziers, pero de que no se ha guardado memoria. La poesía de Juan de Esteve, que sólo incompleta ha llegado hasta nosotros, lamenta la gran mortandad que en aquella villa tuvo lugar el dia de Caridad, siendo causa de que nunca se

hubiesen visto ni más lágrimas, ni más dolores, ni más apenados corazones.

La mortaldatz
qu' es fetz lo dia
de Caritatz;
quar plors
pejors
no foran vistz,
dolors
majors
ni cors pus tristz.

Gabriel Azais, mi antiguo amigo, que ha consagrado toda una vida de trabajo y de estudio á registrar los archivos de Beziers y á conmemorar sus fastos, siendo entre sus obras muy importante la que trata de los trovadores de Beziers, dice que de tiempos remotos se celebraba en aquella ciudad una gran fiesta el dia de la Ascension, la cual se llamaba la fiesta de la *Caridad*, por la distribucion de panes y limosnas á los pobres. Probablemente á una de esas festividades y á alguna gran catástrofe ocurrida en ella por la aglomeracion de gentes, es á lo que se refiere la poesía de Juan Esteve.

Por fin, el tercer *planch* de éste, escrito con mucha anterioridad á los dos citados, pues su fecha es de 1270, es una elegía á la muerte de Amalrico vizconde de Narbona, suceso á que consagró tambien un canto Giraldo Riquier, segun hemos visto.

Para terminar este estudio sobre Juan Esteve, sólo falta hacernos cargo de una poesía moral, que merece citarse y reproducirse, más que por su escaso mérito,

por su rareza singular. Dióme copia de ella Gabriel Azais durante mi estancia en Beziers, y sólo hay noticia de otra composicion que se le parezca, la atribuida á Aimeric de Peguilhá y publicada en el apéndice de la obra escrita por Federico Diez.

Es una oracion ó plegaria al Señor, difícil de traducir por las dificultades de rima que se creó su autor y á las cuales subordinó su pensamiento, que hubo de entrar en la composicion como á fuerza de martillo, resultando confuso y oscuro.

Tiene la poesía tres coplas y una *tornada*, de cuarenta y dos versos cada una de aquéllas, de ocho ésta. De los cuarenta y dos versos, catorce son de una sola sílaba, los demás de tres, cuatro y cinco. Para sus versos de una sílaba, el trovador se vió obligado á veces á cortar las palabras como sucede con la de *far-sitz* en la primera estancia y con la de *mer-cés* en la tercera, prueba siempre de pobreza y mal gusto.

Aun cuando un trovador, tan eminente como Aimeric de Piguilhá, hubiese escrito en este género, el ejemplo no era para ser imitado.

Hé aquí, de todos modos, como curiosidad, la poesía de Juan Esteve:

Lo Senher qu' es guitz
del mons, que totz bes
fes,
us vers Dieus complitz,
humil, de merces
ples;
qui fo pels malditz

juzieus en crotz pres
mes,
mortz d' espieut feritz
ses tort, coma fes
es,
prec, si cum es clars
bars,
reis dels reis senhors
flors,
qu' ab sos perdonars
cars,
e de mos peccatz
datz
siam salvamen,
si a las bontatz
platz
del Senhor plazen
a cui non desplatz
patz;
ans n' an veramen
bonas voluntatz
gratz;
envi' a bon port
fort
l' arma del cors dos,
bos,
humil, quam la mort
mort
lo, el trencal nos.
Mar ieu s' i recort,
port
felh cor ergulhós;
mos
huels m' an dat conort,
tort,

mal, mantas sazós,
m' autreia s' amors,
qu' ab mos fals parlars
vars
sui avutz pejors
cors,
et ab mos pessars
fars
sitz d' ira, d' errors,
ab bauzia
quem galia
fui mal obran
l' an;
quals quem sia
mercel sia
de so quel deman,
tan
que la mia
arman ria
l' ora trespassan
quan
er la dia
on ilh ira
lai on li sal gran
van.

De miei fallimen
ab semblansa
quez enansa
peccat que trahi
mi:
perdonansa
n'er mondansa
del rei qu' ei mati
vi,

qu' esperanza
ses duptansa
n' ai, qu' en als nom fi,
ni
n' ai membransa;
per s' onransa
don gaug a ma fi
fi.

El sieu paradis
on bruelha e nais
mais
de be qu' om no dis,
e es pus verais
fais,
sil platz, m' aculhis,
Dieus vers, pus quens pais
gais;
m' arma peccairitz
plena de forfais
lais,
qu' anc no saup tener
ver,
pus nasquet, em pes
des
tort, com'es dever.
Per
sert ieu lim cofés,
e plassal aver
mer —
ces, res noi garés.
Des
mel gaug qu' ieu esper,
ser,
mati, luenh o pres.

Al repaire
on ad aire
estan los lials
sals,
mi peccaire
metal paire
reis celestials,
quals
nos volc traire
de mezaire;
qu' eram tug egals,
mals.
Ses estraire,
denh o faire,
noi gar mos jornals
fals.

Lo salvaire
perdonaire
m' aia mercé quals
tals
quo al laire
ac lo paire
quand suffri mortals
mals.

TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

JORDAN BONELL.

En un manuscrito se lee Borneil.

Nació en un pueblo de la Saintonge, departamento del Poitou, y se cuenta que era un poeta autor de muy buenas canciones, no llegadas hasta nosotros, dedicadas en general á loar la belleza de Na Tibors ó Na Tiberga de Montpeller, casada en primeras nupcias con el conde de Angulema, y en segundas con el señor de Montausier, de Barbesieu y de Chalais.

Existen sólo cuatro canciones de este autor.

JOSBERT.

Queda de él una *tension* proponiendo este tema:

«Una dama tiene dos amantes, al uno le reconoce como tal en público y le distingue sobre todos; al otro le da un beso en secreto. ¿Cuál de ellos es más dichoso?»

Pedro Bermond, que sostiene con Josbert la *tension*,

cree que el más dichoso es el amante secreto, pero Josbert se pronuncia por el otro.

JOYAT DE TOLOSA.

Debió escribir muchas poesías y ser muy conocido, pero de todas sus obras sólo ha llegado hasta nosotros una *pastorela* que nada de particular ofrece ni en su forma ni en su fondo.

JUAN DE AGUILLEN.

Tiene una cancion dedicada al conde de Tolosa. Protesta de que si cantando dijo mal de él y le censuró sin motivo, ahora dirá la verdad elogiándole. Termina suplicándole que deje de perseguirle.

JUAN LAG.

Una *tension* con Ebles, que por su mutilacion y sus incorrecciones es casi ininteligible.

L.

LANFRANC CIGALA.

I.

En la lira de este poeta estaban las tres cuerdas de patria, fe y amor, que forman hoy la divisa de los modernos consistorios de Juegos Florales. En efecto, de él nos quedan poesías políticas, religiosas y galantes.

Escasas son las noticias que de su vida he podido reunir.

Era de Génova, de cuya república llegó á ser magistrado, vivia á mediados del siglo XIII, y fué ardiente gibelino.

Se cuenta, con referencia á Crescimbeni, que el palacio de los vizcondes de Cigala, en Génova, conservaba, un siglo despues de la muerte del poeta, su retrato con esta inscripcion: *Lanfrancus Cigala*, *consul*, *anno* 1248, *jurisconsultus*, *poeta egregius*.

Las luchas políticas debieron arrojarle de su patria,

y vivió largo tiempo en Provenza, donde cultivó la poesía, llegando á tener gran reputacion y renombre como trovador. Segun las circunstancias y los vaivenes de su partido se lo permitian, así residia en Provenza, proscrito y errante, trovador vagabundo de corte en corte, como regresaba á Génova donde le aguardaban honores, dignidades y los puestos primeros de la república, para tornar á verse fugitivo y desterrado al poco tiempo. Así pasó su agitada é inquieta vida, de la cual otra cosa no se sabe, hasta que en 1278 fué asesinado cerca de Mónaco, sin duda por obra del partido güelfo, en ocasion de trasladarse de Provenza á Génova donde los gibelinos volvian á imperar.

Lanfranc Cigala pertenece, pues, al grupo de los trovadores políticos y tambien al de los poetas italianos que adoptaron como su lengua poética el provenzal. Muchas de sus obras se han perdido, y sólo nos quedan veinte y cinco ó treinta poesías, que no debieron ser ciertamente las que mayor reputacion le dieron, aun cuando bastan para revelarnos en él al hombre de ingenio y de talento, al pensador profundo y al poeta entusiasta.

Así como era en política franca y resueltamente gibelino, era en literatura franco y decidido partidario de aquellos que proclamaban la verdad, la claridad, la naturalidad y sencillez en frente de la escuela adicta á las rimas *árduas*, á la locucion oscura y al *trovar clus*. Nadie con más virilidad y energía que Lanfranc Cigala atacó á los partidarios de esta escuela.

«Tambien sabria yo, dice en su poesía *La chanson*

escur prim chantar e sotil, tambien sabria yo, si quisiera, componer canciones finas y sútiles, pero no me agradan las poesías oscuras y quiero que las mias sean claras como la luz del sol. ¿Qué significa una ciencia que no esté iluminada por la luz? La oscuridad es la muerte y la claridad es la vida. ¿Por ventura pueden mejorar una obra las frases fabricadas á fuerza de sierra y lima? No creo yo que el que pasa su tiempo aserrando y limando, pueda, aun cuando lo pretenda, cautivar más que quien canta de una manera clara y agradable, para todos perceptible. Yo estoy por esta manera de cantar, y quien por esto me desdeñe, no hallará de seguro cuatro, entre mil, que sean de su opinion. Es una extraña manía esa de querer ser oscuro y de empeñarse en sacar agua turbia de una fuente clara.»

Las sensatas observaciones del trovador genovés pudieron ser muy útiles en su tiempo, pero en todos debieran tenerse presentes, y tambien en el nuestro.

Conocido, en lo que se puede, el poeta, vamos ahora á sus obras.

Comenzaremos por las políticas.

II.

Sabido es como Federico II, puesto al frente de los gibelinos, decidió caer sobre las ciudades lombardas que, contando con el apoyo del papa, le negaban la obediencia. Parece que el marqués Bonifacio de Montferrat, despues de haberse aliado con Federico para esta em-

presa, abandonó su partido y se pasó al del papa, vencido por las promesas de éste.

Lanfranc Cigala, gibelino de pura raza, sintió hervir su sangre ante semejante defeccion, y escribió contra el de Montferrat un *serventesio* para el cual parece haber tomado colores prestados á la paleta de Beltran de Born y en que domina la pasion del hombre de partido.

«Bien á pesar mio, dice, me veo obligado á decir villanías por la culpa insensata de un menguado marqués, aun cuando sé que hago una locura cometiendo una falta voluntaria por la locura de otro. Lo que me disculpa es que si no se clamara contra los perversos, muchos querrian serlo. Y sobre todo, quien más hace, debe sufrir que se le reprenda.

»Hablaré, pues, de un loco, renegado de nobleza, que ha enterrado su prez y ha destruido toda cortesía, de quien se dice que es del linaje de los Montferrat, aun cuando no lo parece por sus obras. Más bien lo creo hijo ó hermano del viento, tan vario es y tan rápidamente cambia. Llámanle *Bonifacio*, pero en su vida supo hacer cosa buena.

»Sé que por juramento se ha puesto á sueldo de los milaneses y de sus aliados, y que ha tomado dinero de ellos, con deshonra de su linaje, vendiéndoles una fe de que carece, pero de fe de hereje no hay que hablar pues tan pronto jura como se perjura. Si quisiera devolver el dinero que por esa fe se le ha dado, á muchos dejaria satisfechos.

. . . .

»¡Ah Montferrat! Bien puedes dolerte y lamentarte

de esto, pues deshonra es para todos los tuyos, y así acaba la honrada gloria que en otro tiempo hizo brillar el nombre de Montferrat por todo el mundo.»

Estiers mon grat mi fan dir villanatge
li faillimen vironat de follia
d' un croi marques, e sai qu' eu fas follatge,
qu' ab escien failh per autri follia;
mas una res m' escuza, s' o enten,
que si fossen cellat li faillimen,
ja del faillir non agr' hom espaven;
e qui mal fa, ben dei sofrir q' om dia.
Per qu' eu dirai d' un fol nega barnatge;
sosterra pretz, e destrui cortesia,
qu' om ditz qu' es natz de Monferrat linatge,
mas non pareis a l' obra qu' aissi sia;
ans crei que fo fils o fraire de ven,
tan cambia leu son cor e son talen:
en Bonifaz es clamatz falsamen
car anc bon faig non sap far á sa via.
Son sagramen sai eu qu' el mis en gatge
als milanes et a lur compagnia,
e 'n pres deniers per aunir son paratge,
e vendet lur la fe qu' el non avia;
pero de fe d' eretges no 'l repren,
qu' el jura leu, e fail son sagramen;
e s' el annat volgues rendre l' argen
del sagramen, crei q' om lo quitaria.
. . . .
Ai! Monferrat plangues lo flac dolen,
quar aunis vos e tota vostra gen,
qu' aissi fenis l' onratz pretz veramen
que Monferratz per tot lo mon avia.

Tan duro como está el trovador en esta composicion

con Bonifacio de Montferrat, tan blando entusiasta se muestra con Tomás de Saboya á quien, por ser gibelino, halla dotado de todas las virtudes, y á quien no escasea ni elogios ni ofertas.

Por el *serventesio* que Lanfranc Cigala dirige á Tomás de Saboya se puede venir en conocimiento de que este príncipe era tal vez poeta, pues le pide que le conteste con unas coplas, pero no han llegado sus poesías hasta nosotros ni figura entre los trovadores.

Así dice Lanfranc á Tomás de Saboya:

«Los altos hechos por los cuales os señalais me transportan de tal manera, que os ofrezco todo lo que puedo y valgo, y más aún, porque todo cuanto esté en mi poder me parece poco para demostraros el respeto que os debo...

»He de mirar como enemigo mio á cualquiera que os haga el menor daño...

»Os ruego que contesteis con unas coplas á las que os dirijo en prenda de amistad. No trato de indagar si sois amante de la gaya ciencia, pues de lo contrario, no se os tendria en la estima que os tienen. Dadme, pues, á conocer, si os place, una parte de vuestra ciencia...

»Monseñor Tomás, que aquel que os hace prosperar os conceda el cumplimiento de vuestros deseos y á mí el poder consagraros, como quisiera, mi homenaje.»

El autor del libro *La sátira provenzal*, literato catalan de gran talento pero apasionado detractor de los trovadores, habla con cierto desden de una poesía de Lanfranc Cigala por la cual le supone de moral dudosa, haciéndole responsable de máximas políticas poco con-

formes con los principios caballerescos y cristianos.

Voy á continuar la poesía que aquel autor no copia, siendo esto causa de haberse dicho que Lanfranc Cigala se anticipó á Maquiavelo.

Yo no me permito juzgar esta poesía que íntegra y desnuda entrego á la crítica sensata. Para juzgarla sería preciso saber en qué y por qué circunstancias la escribió el autor, víctima tal vez de alguna gran traicion política y aludiendo de seguro á algun hecho, público entónces y conocido de aquellos contemporáneos, aun cuando haya permanecido ignorado para la posteridad.

El autor de *La sátira provenzal*, hablando indudablemente por referencia y sin tener tal vez la composicion á la vista, dijo que en ella se sostenia que es lícito ser traidor con los traidores. El cargo, presentado con esta crudeza, es grave; pero esto es sólo la mitad de la verdad, y la mitad de la verdad puede ser la mentira.

Yo he pasado por esto, pues cosas se me achacaron más de una vez, que siendo ciertas á medias eran falsas en totalidad. Citando dos versos de una pobre poesía mia se me quiso presentar en cierta ocasion como demagogo, no teniendo en cuenta ni el resto de la poesía ni toda una vida pública laboriosamente empleada en luchar contra la demagogia. Aceptando otra vez como moneda corriente una palabra continuada en una de mis obras, palabra que por supresion de una letra era un error de imprenta y que, á consecuencia de esto, expresaba lo contrario de lo que debia ser, una parte de la prensa se ensañó cruelmente conmigo, no obstante ser errata de imprenta clara y evidente para todo espíritu recto, y no

obstante estar corregida en fe de erratas. Citando párrafos aislados de mi *Historia de Cataluña*, sin tener en cuenta las notas puestas al pié ó los comentarios hechos más adelante, se me atribuyen, áun hoy mismo, dichos, hechos y juicios que no son mios sino de otros autores que he citado y á quienes mi detractor se guarda bien de aludir, para tener ocasion de descargar sobre mí todos los rayos de su cólera escolástica.

Pero, volvamos á Lanfranc Cigala y á su poesía tan erróneamente intepretada y tan duramente combatida.

No la traduzco, para impedir que se achaque á infidelidad de traduccion el sentido claro y recto que tiene; pero permítaseme dar una ligera idea con el objeto de que pueda servir de guía á los que no conozcan á fondo el idioma.

El poeta no sabe cómo puede conducirse un hombre honrado, que se ve blanco de injurias y ofensas debidas á traiciones alevosas y á deslealtades de mala índole. Esta situacion le amarga, y confiesa que las circunstancias pueden obligar al hombre severo, forzando su inclinacion natural, á rechazar el engaño con el engaño.

Desde mitad de la tercera estrofa la composicion toma un carácter de amarga ironía. El recuerdo del hecho á que, sin duda, alude, incita al trovador, y la hiel rebosa. Si en circunstancias dadas el poeta puede creer que no hay traicion en vender al traidor y en pagarle con la pena del talion, tambien cree deshonroso seguir esta conducta con el traidor que se arrepiente ó reconcilia.

Léase bien esta poesía y medítese, y aun cuando haya quien en ella crea ver aquello de *ojo por ojo y diente por*

diente, despues de leida y meditada, aquel que esté sin pecado puede arrojar la primera piedra.

Ges eu non sai com hom guidar se deia
segon lo temps e la sazon que cor,
qu' om de servir non a grat ni lauzor;
no dic eu ges per o qu' om se 'n recreia,
que de tant pauc non es hom offendenz,
si tot ho fai desapensadamenz,
qu' el non sia malvolgutz e blasmatz;
aiso mi par ben juecs desegalatz,
qu' el bes si vals degr' esser grazitz tan
com es blasmatz lo mals a cels qu' el fan.
Mas sazós es' pos dreitz non seignoreia,
de mudar cor e de cambiar color,
e que semblon li feial trichador
e li plus fin jugador de correia;
mas savis hom non pot esser fegnenz,
greu causa es, mas adoncs par sos senz
quan no 'l sobra talanz ni voluntatz;
qu' el savis hom, quan ve qu' es enganatz,
si 'l engan pot revirar ab engan,
non pot miels far aparer son ser gran.
Dieus fon traitz, perque no 's taing qu' om creia
semblan ni ris ni salut de trachor,
que denan ri e mostra far onor,
e pois detras poing l' amic e 'l guerreia;
non pot esser plus mortals faillimenz
car de Judas, qui s' en pendet als venz
saben per cert que no 'l fo perdonatz;
mas eu sivals meillor conven lor fatz,
sol pendan si li fals que trait m' an,
qu' ieu lor perdon mon enueg per lor dan.
S' ieu sui trait, temps mi don Dieus qu' ieu veia
que d' aital juec posca jogar á lor,

e qui d' aissó mi tengués traidor,
pau de saber auri' e top d' enveia,
que segon dreg non es ges traimenz
trair trachor; qu' aissi tot egalmenz
com el trair son amic malvestatz,
es son trachor trair pretz e bontatz;
perque non failh de ren, al meu semblan,
qui de trair son trachor a talan.
Non dic eu ges, pos lo traitz plaideia
ab son trachor, ni 'l ten sa bon' amor,
qu' ilh deia pois percassan desonor,
car dreitz no 'l vol ni razós no l' autreia,
que quant hom fai perdon grazidamenz,
non entendatz dels gratz que forsa venz;
tot atressi taing que sia oblidatz
lo faillimenz, co s' anc jorn no fos natz;
e qui pois vai son trachor mal sercan
de blasm' el trai, e sobre se l' espan.
S' ieu sui traitz, ges n' ai fag fin, ni fatz
perdon, perqu' ieu non puosc esser blasmatz:
mas, si venra sazós, ben ai talan
dels fals trachors trair qui trait m' an.

III.

En sus composiciones religiosas es donde Lanfranc Cigala está más débil, y en alguna de ellas desliza rasgos políticos.

Tiene cuatro canciones á la Vírgen que, si valen poco como poesía, están llenas de uncion en cambio. Se arrepiente de haber escrito canciones consagradas al amor profano, y en adelante no quiere cantar más que

el amor de la Vírgen, por ser el que purifica todos los pecados y el sólo que quiere sentir arder en su pecho.

Sus dos *serventesios* sobre las cruzadas, tienen algo de político. El poeta incita á todos los soberanos á tomar parte en la cruzada, ofreciéndoles como ejemplo el del rey Luis de Francia.

«Le alabo por haberse cruzado, dice, y espero que todavía ha de dar mayores motivos de alabanza...

»Que se apresure á pasar el mar, pues nunca fué tan necesario como ahora en que se persigue y mata á los cristianos de allí, y en que el Santo Sepulcro es derribado y destruido. Y miéntras tanto, los cristianos de por aquí, sin cuidarse de tales desastres, se combaten mortalmente entre ellos, empeñados en una guerra que puede acabar con la cristiandad.

»Yo no tengo por caballero al que de buena fe no va en estos momentos á ayudar á Dios, que lo necesita. Por esto alabo al rey de Francia y reprendo á los malos barones que faltan á su palabra...

»¿Creeis por ventura, malos barones, que Dios debe ayudaros y vosotros no debeis ayudarle á él? ¿Sabeis que por vosotros murió en la cruz? No debo deciros más. Si en el acto no os cruzais, perdido habreis el fruto de todo lo que sufrió por vosotros.»

En otro *serventesio* parece querer dirigir un cargo á los españoles.

Despues de decir que Jerusalen está desamparado y de lamentarse que los pueblos cristianos no acudan á salvarle, añade:

«Tampoco excusaria á los españoles en manera al-

guna, aun cuando no han dejado de cumplir como deben contra los sarracenos malvados, pero por éstos no fué destruido el sepulcro en que descansó Dios.»

E 'ls espanhols ges non escuzaria
si tat an pretz ves sarrazins malvatz,
pero per elhs no fon gen derrocatz
lo sepulcre on Dieus fon a recors.

IV.

Lanfranc Cigala estuvo enamorado de una dama de Provenza, descendiente, segun parece, de la noble é ilustre familia genovesa de Cibo, una de cuya ramas habia pasado á Marsella. La dama se llamaba Berlanda, y fué objeto de varias canciones del poeta, que la celebraba bajo el nombre poético de *Bel-ris* por su linda y encantadora sonrisa.

«Cuando veo su sonrisa, como no hay otra igual en el mundo, dice en una de sus poesías, me siento arrebatado de gozo.

»Más fácil es evitar el tiro del más diestro de los arqueros, que el rayo lanzado por los ojos de esa gentil damisela. No hay nadie que resistir pueda su mirada y la sonrisa encantadora con que la acompaña.

»Así es como me ha vencido, robándome el corazon.»

En otra poesía, confiesa haber recibido de ella un beso, lo cual le hizo exhalar un suspiro tan profundo que creyó ser el último de su vida: pero, á pesar de

esto, no parece que sus amores adelantaran mucho, pues se queja de no ver recompensadas su constancia y su fidelidad.

Una de sus más bellas é ingeniosas composiciones es aquella en que finge un sueño para obtener la satisfaccion de sus amores.

«La otra noche, cuando dormia, elevóse una disputa entre mi corazon y mi entendimiento con motivo de las quejas que exhalan los amantes contra sus damas. Mi corazon pretendia que el amor era sólo el autor de los engaños de que se acusa á las damas, pero mi entendimiento lo imputaba á su orgullo y á sus caprichos.

—»Os engañais, le dije yo. La culpa está en los amantes falsos y ligeros. Las damas se ven en la precision de mantenerse reservadas, hasta poder distinguir el amor falso del verdadero; pero cuando conocen que se las ama sinceramente, con la misma sinceridad corresponden.

»En el momento de decir estas palabras creí ver aparecer á la que adoro, la cual me decia:

—»Mi dulce buen amigo, os agradezco en el alma el honor que, por mí, habeis hecho á mi sexo. Teneis razon. Si los amantes fuesen ménos perversos, no tendrian que lamentarse tanto del amor.

—»A vos, señora, es á quien yo agradezco el honor que me dispensais. De tal manera soy vuestro, y por toda la vida, que no cesaré jamás de alabarme de ello, por más quejas que con respecto á sus amores oiga á los demás.»

No sabemos si esta y otras tiernas poesías le hicieron

adelantar terreno en el corazon de su amada. Lo que sabemos es, que Berlanda murió, y que el poeta, traspasado de dolor, escribió un sentido *planch* para llorar la muerte de su dama.

Es verdaderamente original su manera de lamentarse por esta pérdida:

«Más de mil años hace que la muerte no habia cometido tan gran crímen. Nadie vió la belleza que yo lloro, ni nadie la oyó nombrar, que no quedase prendado de ella. Tornaba buenos á los malos y perfeccionaba á los buenos.

»¿Por qué ántes no has muerto tú misma, Provenza, con todos tus habitantes? De hoy más quedarás entregada á remordimientos peores que la muerte.

»Pero si nosotros lloramos su muerte, Berlanda nada ha perdido. Dios quiso dar un reino en los cielos á aquella para quien era pobre cosa un condado en la tierra. Los santos ángeles se la llevan, cantando y orgullosos de su conquista, miéntras que nosotros quedamos entregados á dolores eternos.»

Entre las poesías más ingeniosas y bellas de este autor, hay una cuya accion pone en Castilla y merece traducirse:

«Oid ahora. Voy á contaros una singular aventura acaecida á dos caballeros castellanos, señores de un rico castillo, tan distinguidos por su valor é ingenio, como por su galantería y juventud, dotados de todas las prendas y cualidades que embellecen á los hombres. Amaban á dos hermosas damas, nobles y gentiles, por las cuales hicieron cuanto se puede hacer por amor de

las bellas, es decir, daban fiestas, se proclamaban sus campeones en los torneos, les enviaban regalos y se hacian estimar de todo el mundo, creciendo cada vez más en honor y nombradía. En cambio, eran amados de sus damas como no lo fué nunca ningun caballero.

» Habitaban estas damas un castillo tres leguas lejano del de sus amantes, y un dia enviaron á éstos un mensajero dándoles para la misma noche una cita de amor. Sin saberlo uno de otro, ámbos aceptaron y prometieron acudir á la cita.

» Los dos caballeros eran hermanos. Temiendo perder su castillo, pues que se hallaban en guerra con altos barones de su país, habian tomado su medidas y precauciones, comprometiéndose á no salir nunca los dos á la vez. Uno de ellos debia quedarse siempre de guardia en el castillo, para recibir y servir á los nobles caballeros que por allí pasaran.

» Para cumplir con su cita, pidiéronse mútuamente el permiso de salir aquella noche, pero cada uno contestó al otro que le era imposible quedarse, y por más ruegos que mútuamente se dirigieron, ninguno quiso ceder. El resultado fué ponerse entrambos en camino con un tiempo muy malo por cierto, pues que nevaba, soplaba un viento furioso y era la noche muy oscura. Todo lo que hicieron ántes de salir, fué recomendar bien á sus servidores la guarda y vigilancia del castillo.

» Poco camino llevaban andado, cuando sintieron llegar á unos caballeros, y para no tropezarse con ellos se apartaron, retirándose tras de un matorral.

—» Horrible es la noche, decia uno de los jinetes, y

sólo le pido á Dios que nos depare donde hospedarnos.

—»Que Dios guarde de mal á los dos hermanos, decia el otro, pues en su castillo podremos albergarnos. Seremos de ellos bien recibidos, bien servidos y bien honrados, pues no hay caballeros más hidalgos ni más corteses. Si la desgracia quisiera que no estuviesen en su casa, tendríamos que hacer más de tres leguas para encontrar otro albergue.

»Los dos hermanos, al oir esta conversacion, se regocijaron y entristecieron á un tiempo mismo. Les complacia oirse elogiar de aquella manera, pero les pesaba de no hallarse en su castillo para corresponder á tan nobles huéspedes. Exhortáronse entónces uno á otro á volver apresuradamente al castillo, pero largo tiempo estuvieron disputando sin que ninguno se dejase convencer. Por fin, uno de ellos decidió volverse, manifestando que era por el amor de su dama por lo que se sacrificaba así.»

Termina de este modo la poesía, y á continuacion sigue una *tension* de la que aquélla es el prólogo.

La *tension* es entre el autor y una dama llamada Guillermina de Rosers, y dice de esta manera:

«*Lanfranc Cigala.*—Guillermina, unos nobles caballeros que andaban de noche, en medio de un temporal de viento y nieve, se lamentaban de no encontrar tal vez albergue en el castillo á que se dirigian. Oyéronles los dos dueños del castillo que iban á una cita de amores, invitados por sus damas. Uno de los dos se volvió para ofrecer la hospitalidad á aquellos huéspedes; el otro siguió su camino para correr á los brazos de su

dama. ¿Quién de entrambos cumplió mejor con su deber?

» *Guillermina.*—Amigo Lanfranc, en mi sentir, cumplió mejor el que fué á la cita dada por su amiga. Confieso que tambien obró bien el otro, pero su amada debió sospechar de él, miéntras que la primera dama pudo quedar satisfecha de la fidelidad y puntualidad de su amante. El que cumple su palabra, merece ser preferido al que aplaza su cumplimiento.

» *Lanfranc.*—Señora, permitidme haceros observar, si os place, que la generosidad del caballero en volver atrás para servir á sus huéspedes y evitarles tal vez un peligro de muerte, procedia de un principio de amor, que de esto procede toda cortesía. Su amada debió agradecérselo cien veces más que de haberle visto, pues que sólo por su amor volvió atrás para salvar de todo peligro á los caballeros.

» *Guillermina.*—Lanfranc, que no se os ocurra nunca hacer lo que el caballero á quien encomiais, pues si tantos deseos tenía de servir y ser cortés, hizo un ultraje á su dama no dándole la preferencia. Hubiera obtenido su recompensa en la acogida que le esperaba, y ocasiones no le hubieran faltado de prestar servicios por su amor, si tanto lo deseaba.

» *Lanfranc.*—Señora, perdon os pido por mis locuras, pues ya veo que vuestro gusto está en que los peregrinos de amor vayan derechos á su romería...

» *Guillermina.*—Lanfranc, os digo que un caballero debe dejarlo todo el dia que quiera poseer á una bella dama de alto linaje.»

—Na Guillelma, man cavaliers arratge
anan de nueig, per mal temps que fasia
si plagnian d' alberc en lor lengatge,
auziron dui bar que, per drudaria,
s' en anaban ves lur domnas non len.
L' un s'en tornet per servir cella gen,
l' autre s' en anet ves sa domna corren,
¿cals d' aquels dos fes miels so que 'l tagnia?
—Amic Lafrancs, miels complit son viatge,
al meu semblan, cel que tenc ves s' amia;
e l' autre 's fes ben, mas son fin corratge
non pot saber tan ben si donz a tria
com cel que 'l vi denan sos oils presen,
qu' atendut l' ac sos cavaliers conven.
E val trop mais qui so que dis aten,
que qui en als son corratge cambia.

. . . .

LEONOR DE AQUITANIA.

I.

La vida de Leonor de Aquitania más parece una leyenda que una historia, y voy á contarla con el auxilio y consulta de viejos cronicones desdeñosamente olvidados, de historias modernas escritas con severa crítica, y de tradiciones que yo mismo he tenido ocasion de encontrar vivas todavía, no obstante ser ya pasados seis siglos, en torno de la vieja torre Maubergeon de Poitiers y á orillas del Garona, en las bellas y floridas campiñas de La Reole.

El nombre de esa princesa legendaria, protectora de los trovadores, poetisa ella misma, que tanto eco hubo de dejar en las historias de su tiempo, sonó por vez primera á mis oidos hace ya muchos años ¡un siglo! cuando en 1848 hice mi primer viaje á París, época en que la Francia no estaba cruzada, como ahora, de caminos de hierro y en que un viaje á París era una cosa seria.

Una pesada y maciza diligencia, despues de largos dias de camino, me dejaba en Agen, la patria de Jazmin, ese trovador moderno que ha cantado el porvenir en la lengua del pasado, y allí me embarqué en un buque de vapor, de ruedas, que por el Garona, ese Rhin francés, debia conducirme á Burdeos.

Ningun viaje para mí tan bello como el que, en plena edad de ilusiones y de esperanzas, hice entónces á bordo de la *Golondrina* desde Agen á Burdeos y á Blaye, donde estaban los carruajes que conducian á Poitiers.

El Garona parecia ir desarrollándose como una cinta de plata para abrir camino al vapor, á través de risueñas campiñas unas veces, de lugares sombríos otras, pasando al pié de las negruzcas y solitarias ruinas de un antiguo castillo, costeando los verjeles floridos que indican las cercanías de alguna poblada villa moderna; ya deslizándose como un canal angosto entre dos muros de peñas y de matas, por encima de las cuales asoman los esbeltos álamos ó las rizadas copas de los árboles anunciando rientes comarcas que no llega á ver el viajero, ya alejándose de pronto las orillas hasta una distancia inmensa, para que pueda fingirse la ilusion momentánea de un viaje por mar.

Muchos años pasaron, y con los ojos del alma lo veo aún, y los recuerdos de aquel viaje, como si fueran de ayer, se agolpan vivos á mi mente.

Allí, desmanteladas y sombrías, ví alzarse al paso las ruinas del castillo de Mombran, morada feudal de los antiguos obispos de Agen; allí tambien, todavía de pié, las torres del castillo de Lusiñan, famoso en las

crónicas y en las leyendas; allí un monton de escombros en el alto pico de una roca descarnada y casi inaccesible, para recordar que aquélla fué la mansion señorial de los barones de Penne; más adelante Casteljaloux con el recuerdo de Juana de Albret, reina de Navarra; despues Marmanda, teatro de horrores y de lástimas durante la sanguinaria guerra de la cruzada contra los albigenses; luégo Santa Basilia, con la sentida y cristiana leyenda de la Vírgen degollada; más allá sitios deliciosos y lugares verdaderamente seductores que parecen brindar al viajero con delicias eternas, y por fin, La Reole, á la que se ve brotar de entre gigantescos canastillos de flores y de follaje, como para indicar que aquélla fué la corte y aquél el nido de amores de *la hermosa Alianor*, segun la llaman las crónicas, de aquella mujer extraordinaria que vivió casi un siglo, y que allí, como allende los mares, lo llenó todo con el eco y el rumor de sus aventuras, de sus amores, de sus celos, de sus iras, de sus intrigas, de sus venganzas, de sus contiendas y de sus guerras.

Recuerdo perfectamente, y he recordado siempre, que á nuestra llegada á La Reole, un viajero, formando corro en el alcázar de proa, señalaba á sus oyentes una torre que existe desde la época de los visigodos, y contaba no sé qué maravillosa historia de Leonor de Aquitania. Fué entónces cuando por vez primera oí pronunciar el nombre de aquella mujer, con el que tantas y tan repetidas veces habia de tropezar más adelante, y muchos años despues, en mis estudios.

Es realmente una gran figura, que así se presta para

el lienzo como para la poesía, que lo mismo puede ser la heroina de una novela que el alma de un poema, y que si tiene colores sombríos y sangrientos para un drama de horror y muerte, tiernos y melancólicos matices tiene tambien para una peregrina leyenda de delicados amores.

Célebre por su cuna, por su belleza, por su ingenio extraordinario, por su espíritu aventurero, dueña de todas las pasiones de la mujer, desde la más criminal hasta la más pura, poseedora tambien de todos los instintos del hombre, desde el valor más indómito hasta la astucia más refinada, esa mujer, que á todo se atrevió, que todo lo intentó, que lo probó todo, atraia en el siglo XII las miradas del mundo entero, trovadores, barones, príncipes, prelados, cardenales, reyes y papas.

Nieta de aquel Guillermo de Poitiers que se considera como el primero, es decir, el más antiguo de los trovadores conocidos, arrulláronla en su cuna los cantos de los poetas provenzales, de que era el palacio de sus padres tradicional y siempre abierta hospedería, y gayas canciones de amores fueron las primeras frases que aprendieron á balbucear sus labios.

Niña aún, presidia esas brillantes asambleas conocidas bajo el nombre de *córtes de amor*, donde la poesía provenzal se ostentaba con todas sus galas; y cuando á los quince años se encontró á un tiempo huérfana y reina de Francia, llevando la Aquitania por dote á su nueva patria, á ella llevó tambien con la influencia de las costumbres provenzales el recuerdo imborrable de

aquellas canciones de amores, á cuyos ecos se habia formado su alma.

Si luégo más tarde, esposa infiel y adúltera, caia del trono de Francia, era sólo para subir al de Inglaterra, y su doble corona de reina no le impedia seguir en su opulento castillo de La Reole las hospitalarias y caballerescas costumbres de su abuelo, abriendo su corte á los trovadores y á los juglares, y departiendo con ellos bajo las frondosas alamedas del parque, donde gustaba de oir sus cantos, singularmente los de su favorito Bernardo de Ventadorn que, al llamarla su *conort*, su consuelo, parecia autorizado á traspasar los límites de la galantería con los derechos del amante.

Impresionado aún con la idea de Leonor de Aquitania, llegué á Poitiers despues de breve estancia en Burdeos y en Blaye, y allí me encontré con su nombre y su recuerdo en todas partes, como si no se tratara de una mujer muerta hace ya mucho más de seis siglos.

Yo no sé lo que será hoy Poitiers ni qué reformas habrá hecho en esta ciudad la piqueta revolucionaria de la civilizacion moderna, pero recuerdo lo que era hace treinta años, en 1848, cuando la ví por primera y única vez. Ceñida de murallas antiguas y flanqueada de torres de distancia en distancia, con sus calles angostas y escarpadas, con sus casas antiguas y con sus venerables monumentos, Poitiers conservaba esa fisonomía, ese sello característico que la Edad-media supo imprimir á sus ciudades. Alli vivian aún, y en todas partes, los recuerdos de Leonor de Aquitania.

Allí la majestuosa iglesia catedral de San Pedro, por

ella mandada levantar en 1162 y á la consagracion de cuyo altar mayor pudo aún asistir en 1199; allí, en la capilla de la Vírgen, su retrato y el de su segundo marido Enrique de Inglaterra en una vidriera de colores, joya del arte, que data de últimos del siglo XII; allí la iglesia monumental de Santa Radegonda, y en su sacristía, entre otras estátuas de piedra, la que representa á la condesa reina; allí la histórica torre de Maubergeon, donde daba sus audiencias públicas y administraba justicia, y donde concedió á los habitantes del Poitou el privilegio, por cierto bastante singular, de casar sus hijas como mejor les pareciese y de comparecer en justicia sin que se les pudiese arrestar como no fuera por asesinato ó robo; allí la abadía de Montierneuf donde acostumbraba á ir á orar, sin saber acaso que oraba tambien á pocos pasos, sepultado vivo en aquel claustro, el hombre que más sufrió quizá por sus amores; allí el palacio de pueblo donde existe, firmada por ella en 1199, la Carta y privilegio concediendo las primeras libertades municipales á los ciudadanos de Poitiers; allí, por fin, los restos de aquel célebre monasterio de San Hilario el Grande, donde, por espacio de siglos, se conservó su corazon en ostentoso mausoleo.

Todo allí recuerda el nombre y la vida de aquella mujer extraordinaria.

II.

En 1137, cuando cumplia una peregrinacion á Santiago de Compostela y hallándose en aquella iglesia

el Viernes Santo, 9 de Abril, miéntras se cantaba la Pasion, murió casi repentinamente y atacado de una enfermedad extraña y sospechosa, el duque Guillermo de Poitiers, hijo de aquel otro Guillermo el trovador, tan célebre por sus poesías y por los azares de su vida.

Antes de emprender su camino y peregrinacion á España, habia hecho testamento por el cual legaba su ducado de Aquitania á su hija primogénita, á quien, con el beneplácito de sus barones, destinaba para esposa de Luis de Francia, hijo del rey Luis *el Gordo.* Habia tenido esta hija en su esposa Aenor, hermana del vizconde de Chatellerault, y queriéndola dar el nombre de su madre, comenzaron á llamarla *otra Aenor*, *Alia Aenor*, de donde vino el que cronistas y poetas la llamaran Alianor, y Leonor, más adelante, las historias.

No está del todo bien averiguado si el testamento de Guillermo de Poitiers era el verdadero. Hay quien supone que su muerte repentina en Santiago de Compostela, no fué natural, y que era falso el testamento por el que daba la mano de su hija Leonor al futuro rey de Francia, Luis *el Jóven*, asignándole por dote las ricas comarcas de Aquitania y del Poitou.

Pero dejando estos misterios, como tantos otros, á la averiguacion histórica, la verdad es que el testamento se llevó á cabo. El jóven Luis de Francia fué conducido á Poitiers, y allí le casaron precipitadamente con Leonor, niña á la sazon de catorce ó quince años, teniendo lugar la ceremonia del casamiento el 8 de Agosto de aquel mismo año de 1137, en que murió Guillermo, y siendo en seguida Luis coronado duque de Aquitania

en Poitiers, como Leonor fué coronada reina de Francia.

Así fué cómo Leonor, huérfana de padre y madre, ántes casi de tener tiempo de vestir sus ropas de luto por la muerte del primero, ántes tambien de darse cuenta de su posicion, se encontró casada con el rey de Francia, niño como ella, enfermizo y doliente mancebo, de rostro pálido y rapado como un monje, á quien no conocia y á quien desde el primer momento, si ha de darse crédito á la crónica, comenzó á mirar con repugnancia y repulsion.

Fué Leonor desarrollándose en gracia, en talento y en belleza, introduciendo en la corte de Francia todas aquellas costumbres de gentileza y galantería, propias de las cortes meridionales, á las que era entónces refractario el Norte. Ni en costumbres, ni en ideas, ni en carácter, existia la menor relacion entre la hermosa heredera de Aquitania y el hijo de Luis *el Gordo*. Léjos de haber nacido el uno para el otro, parecian por el contrario haber venido al mundo para odiarse. «Es un monje,» acostumbraba á decir Leonor hablando de su esposo.

Amiga de fiestas y de danzas, gustando de todo lo que era alegria y gentileza, esplendor y fausto, apasionada por la música y por el canto, tan dispuesta á los placeres como enemiga de enojosas ceremonias, bien pronto Leonor, por su libertad de costumbres, reñidas con los glaciales y severos usos del Norte, dió motivo á que se echaran en ella la maledicencia y la murmuracion, dispuestas siempre al mal, pero nunca tanto como cuando

se trata de herir algo que sea inteligente, bello ó grande.

Existia por entónces en la corte de Francia, ejerciendo las funciones y empleo de gran senescal del Reino, el hijo mayor del conde de Anjou, Godofredo Plantagenet ó Plantaginesta, llamado así por la costumbre que tenía de llevar en su casco, á guisa de penacho, un ramo de flor de retama ó de *ginesta*. Estaba casado con Matilde, viuda del emperador de Alemania, é hija de Enrique I de Inglaterra, que murió dejándola por heredera de su reino, pero á quien usurpó los derechos y el trono su deudo Estéban, que logró hacerse coronar rey á la muerte de Enrique. Godofredo habia sido en tiempos aliado del padre de Leonor, y profesaba á ésta singular cariño, como de quien la viera nacer; pero por ser el de Plantagenet galan y gentil, osado y valiente, y demostrar hácia la jóven reina de Francia una estimacion que más parecia de amante que de padre, dieron en decir los maldicientes que el amor andaba de por medio en aquellas cariñosas intimidades, y que á esto obedecia el poco interés que Godofredo manifestaba á la sazon por la causa de su mujer Matilde, comprometida en recobrar el trono que la usurpara Estéban.

Ciertos ó no, los amores de Leonor con Godofredo Plantagenet dieron entónces mucho de qué ocuparse á los cortesanos, bien léjos de poder pensar aquellos dos amantes que la suerte le reservaba á ella en el porvenir el trono de Inglaterra, por su enlace con el hijo del que á la sazon pasaba á los ojos de todos como el primero que la apartó de sus deberes de esposa, enseñándola el camino, tan fácil para las mujeres que lo emprenden,

de las infidelidades conyugales y de las livianas costumbres.

Sucedió entónces que por los años de 1146 un hombre, que más tarde se llamó San Bernardo, iba recorriendo la Francia y la Alemania, predicando la guerra santa y una segunda cruzada, de la misma manera y en los mismos términos que el papa Urbano habia predicado la primera en Clermont. San Bernardo, por su poderosa y admirable elocuencia, poseia el secreto de hacer sentir á todos los corazones la fe y el entusiasmo que existian en el suyo. Debilitado por los ayunos y las penitencias del desierto, persuadia tanto por su presencia como por sus discursos, y todos se apresuraban á seguirle, y todos acudian en tropel á escucharle, y todos caian á las plantas del enviado de Dios, pidiendo cruzarse para marchar á Tierra Santa.

Tomó el primero la cruz el emperador Conrado y luégo Luis VII de Francia, que se la hizo tomar tambien á su mujer, la cual, si rebelde al principio por no querer dejar los placeres de la corte, acabó por decidirse á ir á la cruzada como hubiera podido ir á una fiesta.

Por aquel tiempo habia entrado de paje al servicio de Leonor un gentil y gallardo mancebo, al que las crónicas sólo llaman Rimbaldo, pero que era de una ilustre casa del Mediodía. Este jóven, que debia figurar más tarde en dos momentos solemnes de la vida de Leonor, se adhirió á ésta como la espada al puño, y en cuanto supo que su señora se disponia á acompañar al rey en su expedicion á Tierra Santa, apresuróse á tomar la cruz para no apartarse de aquélla, que ya entónces

le dominaba por completo, y más aún debia dominarle en adelante, hasta el punto de conducirle á ciegas por el camino del crímen.

El numeroso ejército mandado por Luis VII, partió en 1147, dos meses despues de haber ya salido la hueste guiada por el emperador de Alemania. Eran ejércitos tan poderosos aquéllos, que más que la Tierra Santa, parecian dispuestos á conquistar el mundo. Reuniéronse más de doscientos mil hombres armados, con los cuales iban, como á una gira de campo, hermosas damas, galantes trovadores y hasta un escuadron de amazonas, al mando de una á quien llamaban *la dama de las piernas de oro*, para indicar el lujo y la esplendidez de su armadura y vestido.

Cuando Luis VII llegó á Antioquía, sólo le quedaba ya una cuarta parte de su ejército; pero como allí reinaba Ramon de Poitiers, hijo de Guillermo de Aquitania y tio de Leonor, los franceses fueron recibidos con alegría y entusiasmo, creyendo el monarca de Antioquía que podrian auxiliarle en sus guerras con Noredino, sultan de Alepo, de quien constantemente se veia hostigado. Olvidando las fatigas y los peligros pasados, todo fueron para los franceses, al llegar á aquella comarca, fiestas y placeres, danzas y torneos, en obsequio y honra principalmente de la hermana del rey de Antioquía y esposa del de Francia, que como versada en las artes de la época, dada al fausto y al esplendor, improvisó allí una verdadera corte, en que dominaban el amor, el mérito y la gentileza, á usanza de las cortes provenzales.

Cuentan que allí fué donde tuvieron orígen entre Luis y su mujer las contiendas domésticas que tan funestas consecuencias habian de acarrear á la Francia, pues que «Leonor, dicen los historiadores franceses, cuyo carácter era ligero é imprudente, manchó la dignidad real, y llegó hasta olvidar la fe que debia á su esposo.»

Sin duda se refieren con esto los historiadores á un suceso, que voy á contar con la fe de la única crónica en que lo he leido y de la tradicion que todavía existe y que con poéticos detalles lo refiere.

El jóven Rimbaldo, paje favorito de Leonor, se habia distinguido en varios combates contra los sarracenos, quedando en uno de ellos prisionero. La reina queria mucho á su paje, que le recordaba sobre todo su bello país y la memoria de sus padres, y lo lloró como muerto; pero un dia supo por un prisionero que estaba vivo y en poder de Salha-Eddin ó Saladino, como le llamaban los cristianos. Entónces Leonor, que habia oido ensalzar mucho la cortesía y magnanimidad del jefe de los infieles, le envió un mensajero con una carta en la que le pedia la libertad de Rimbaldo, remitiéndole en cambio un riquísimo presente que pudiera pasar sobradamente por rescate. Saladino, aun en la flor de su edad y dominado por caballerescas ideas, fué sensible al ruego de la reina de Francia, y le envió el paje, despues de haberle colmado de ricos regalos para su señora.

«Jóven cristiano—le dijo al despedirle—ve á decir á la reina Leonor, que el gran Saladino te ha devuelto

la libertad á su solo deseo, y que nada anhela tanto como poder ver un dia á aquella cuya belleza sobrepuja á todos los encantos de las reinas de Asia. Ofrécele, pues, en mi nombre estas telas de oro y este anillo, que yo le doy como prenda de mi admiracion.»

De regreso al campo de los cristianos, Rimbaldo contó, con la exaltacion que inspira una viva gratitud, las maravillosas cosas que habia visto en el de Saladino, comunicando su entusiasmo á Leonor, la cual, apasionada por todo lo maravilloso, y cediendo á su espíritu caballeresco, concibió el deseo imprudente de visitar al jóven sultan, y comunicó su proyecto al entusiasta Rimbaldo.

Dos dias despues, la reina, no previendo seguramente las consecuencias de su loca empresa, salia á favor de una oscura noche del campo de los cruzados, escoltada por Rimbaldo y por algunos caballeros leales, en cuya discrecion creia poder contar.

El paje se adelantó para advertir al sultan de los infieles.

Era ya pasada media noche cuando la comitiva llegó al campamento de Saladino, que salió á su encuentro, rodeado de la flor de sus guerreros, todos con vistosos trajes, y á la luz de innumerables antorchas que fingian la luz del sol.

—Alá sea loado,—exclamó el sultan en cuanto distinguió á la princesa; Alá sea loado, pues que me otorga la dicha de poder admirar la obra maestra de su todopoderosa mano.

En seguida mandó á dos de sus guerreros que mar-

charan al lado de la hacanea montada por Leonor.

Todo el campo estaba iluminado, y la tienda de Saladino chispeante de oro y pedrerías. Al llegar allí, cogió en sus brazos á Leonor, como si no pesara más que una pluma, y la depositó en los lujosos cojines de su tienda, en medio de todos los señores de su corte, que, deslumbrados por aquella meridional hermosura, lanzaban gritos de admiracion. No pudo Leonor retener un movimiento de sorpresa al ver tantas maravillas y riquezas amontonadas unas sobre otras en aquella tienda, y volviéndose hácia el sultan, le dijo con el más dulce acento:

—¡Oh Saladino, tú eres el más grande de los reyes! Habíanme dicho que los turcos eran unos bárbaros y su jefe un príncipe implacable y cruel. Sin embargo, como tu mirada no me engañe, veo que tienes á un tiempo mismo la dulzura y la majestad del leon. «Saladino, me decian, es horrible y perverso como un demonio.» Ahora veo el error de los que así me hablaban.

—Este dia será el más feliz de mi vida, reina de los cristianos, decia á su vez el sultan. Mucho habia oido hablar de tu belleza á los prisioneros, pero ahora veo que es superior á sus elogios. Ninguna de nuestras mujeres te iguala, ¡oh reina! ¿Eres por ventura una de esas vírgenes inmortales que aguardan en el paraiso á los elegidos del Profeta para hacerles gustar las delicias inefables de la dicha eterna? No hay ningun lirio en los jardines de Alep, ni rosa alguna bajo el hermoso cielo de Bagdad, que tengan la blancura y el brillo que res-

plandecen en tu rostro, y tu mirada es más dulce que la de las palomas de Siria.

La reina Leonor estaba como bajo la presion de un encanto, y por querer seguir hasta el fin su loca aventura, impelida por el deseo de lo maravilloso y de lo novelesco, que tanto embargan el corazon de la mujer, en lugar de retirarse inmediatamente del campamento de los infieles, aceptó, por el contrario, la hospitalidad del sultan, y se quedó un dia entre sus enemigos, dia que aprovechó Saladino para darle lujosas fiestas, donde desplegó todo el esplendor y magnificencia de los pueblos orientales.

La ausencia de la reina no podia permanecer oculta para el ejército cristiano, en el cual fué motivo de grande escándalo. No fué Luis el último en saberlo; así es que, cuando regresó Leonor, ni siquiera quiso verla. Verdad es que se reconciliaron, al ménos en apariencia, ántes de hacerse á la vela para Francia; pero el rey no podia ya amar á una mujer, cuya imprudencia la hiciera un objeto de escándalo para todos los cruzados, y Leonor habia concebido una profunda aversion hácia su esposo, de quien decia que habia nacido para un cláustro, pero no para un trono.

Regresó Luis VII á Francia con los mezquinos y maltrechos restos de la que fuera un dia poderosa hueste, y una vez allí, habiendo perdido en su consejero Suger, abad de San Dionisio, su luz y su providencia, no cometió ya más que faltas que le pusieron á discrecion de príncipes enemigos y celosos de su poder. Olvidó los consejos de su ministro, y fijándose en las galanterías y

devaneos de que la voz pública acusaba á Leonor, resolvió repudiarla, haciendo que se juntara un concilio en Beaugenci. La reina misma salió al encuentro de sus deseos, pues al saber que estaba reunido el Concilio, presentó demanda de divorcio por razon de parentesco. El Concilio, en 18 de Marzo de 1152, declaró disuelto el matrimonio, y el obispo de Langres trasladó la sentencia á la nieta de Guillermo el trovador, poniendo al mismo tiempo en su noticia que se le devolvian todas las provincias que habia llevado en dote á Luis *el Jóven*.

Así se vió reducido el reino de Francia á sus primeros y estrechos límites, miéntras que no debia tardar, por el segundo matrimonio de Leonor, en ver presensentarse un émulo poderoso, al que tomaban por jefe sus enemigos todos, preludio de aquella larga y sangrienta lucha con Inglaterra, que tantos males habia de reportar, siendo causa de la dominacion inglesa en las más bellas comarcas de Francia.

III.

Sin disgusto ni pena arrojó Leonor de sus sienes la corona real de Francia, y volviendo á ser duquesa de Aquitania, abandonó la corte y se puso en camino para regresar á sus Estados. Estaba aún en la flor de su edad y de su deslumbradora hermosura, habian vuelto á su poder los grandes y poderosos Estados de Aquitania y del Poitu, y no podian por lo mismo faltarle ni galanes ni pretendientes. Hasta hubo alguno que, aprovechando

la ocasion del tránsito de Leonor por su corte, quiso hacerse dueño de su mano, pidiendo á la fuerza lo que no hubiera sin duda alcanzado por el amor.

En efecto, la bella princesa de Aquitania acababa de llegar á Blois, de paso para sus Estados, con escasa compañía y reducida servidumbre, mereciendo los más asíduos obsequios de Teobaldo, conde de Blois y de Chartres, que se esforzó por retenerla en su corte, disponiendo en su honor fiestas y torneos. No tardó en apercibirse la duquesa de que aquellos obsequios iban á distinto fin que el de una pura galantería; no tardó tampoco en conocer que se hallaba poco ménos que prisionera en el suntuoso castillo de Blois.

Su varonil audacia por un lado y el auxilio de su fiel paje Rimbaldo por otro, pudieron sacarla á salvo de aquel apurado trance.

Una noche, Leonor, vestida de hombre, se descolgó por una escala que al pié de la torre del castillo sostenia Rimbaldo, y entraban los fugitivos en una barca que, surcando el Loire, les conducia hasta los fieles muros de Tours.

Otro peligro la esperaba tambien en su camino. Una compañía de hombres armados se habia apostado en Port de Piles para apoderarse de la rica heredera. La mandaba un valiente y arrojado caudillo, cubierto de hierro, calado el casco y baja la visera, que no era otro que Enrique Plantagenet, duque de Normandía, hijo de aquel mismo Godofredo, ya entónces difunto, que, segun las crónicas galantes, habia sido el primero en despertar el sentimiento del amor y el olvido de sus de-

beres en el corazon de la princesa aquitana. No obstante los rumores que habian circulado acerca de las relaciones de ésta con su padre, Enrique Plantagenet, movido por la ambicion más que por el amor, estaba empeñado en hacer su esposa á la hija de Guillermo de Poitiers y en añadir á los suyos los Estados de aquella opulenta heredera, al objeto de formar con todos juntos un país más fuerte y poderoso entónces que la monarquía feudal de los franceses.

Advertida á tiempo de la emboscada, Leonor, por caminos de travesía y guiada por Rimbaldo, pudo llegar á Poitiers y á su castillo natal de Clain y Boivre; pero entónces Enrique Plantagenet, burlado en su primera empresa, varió de táctica, y con mayor empeño y por otros caminos, se dispuso á conseguir el logro de su esperanza y sus deseos.

Abandonó su papel de raptor y se hizo cortesano. Presentóse de repente en la corte de Leonor, y cayó á sus plantas, asediándola con los transportes y galanterías de un violento amor. Era Enrique galan, gallardo y cortés, recordaba con sus facciones, su figura, su valor y su gentileza á su padre Godofredo, y ofrecia á la abandonada princesa una proteccion fuerte y robusta, sus Estados de Anjou, Maine y Turena, y, próximos á realizarse, sus derechos al trono de Inglaterra, como hijo de la emperatriz Matilde.

La mano de Leonor cayó entre las de Enrique, y no bien seca aún la tinta del acta que habia anulado el matrimonio del rey de Francia, á los dos meses cabales, el 18 de Mayo de aquel mismo año de 1152, las cam-

panas de San Hilario el Grande de Poitiers convocaban á la nobleza y al pueblo para la ceremonia nupcial que debia unir á la heredera de los duques de Aquitania con el descendiente de los Plantagenet.

Enrique, por este enlace, se hizo tan fuerte y poderoso, que pudo inspirar serios recelos al trono de Francia y apoyar victoriosamente los derechos de su madre Matilde á la corona de Inglaterra.

Realizado el matrimonio, miéntras Enrique, llevado por las alas de su ambicion y los intereses de su política, pasaba á Inglaterra en demanda de aquel trono, Leonor se establecia en su palacio de Burdeos, para luégo dirigirse á su hermoso castillo de La Reole, á orillas del Garona, rodeado de extensos parques y de bosques de plantas y flores, que parecian ofrecer á su bella señora las delicias de una primavera eterna.

Allí estableció su corte á usanza de las que entónces tenian en sus castillos los barones más poderosos del Mediodía, centros de cultura, de inteligencia, de gentileza y de poesía; allí comenzaron la fiestas espléndidas, los torneos, las diversiones de todo género, los paseos nocturnos por el rio á la luz de las antorchas, las asambleas ó cortes de amor, de damas y trovadores, que se celebraban en el parque, bajo las sombrías y perfumadas alamedas, en medio del follaje y de las flores; allí acudieron los más galantes caballeros, los más renombrados trovadores y juglares de Provenza, y allí entre todos, ocupando un puesto de honor, el primero entre los primeros, Bernardo de Ventadorn, tipo de los poetas amorosos de aquella época, en torno al cual, como para ha-

cerle más interesante aún, parecia cernerse una nube de misterio, hija de sus ruidosos amores con aquella pobre vizcondesa de Ventadorn, Inés de Montluzó, que hubo de expiar con su muerte en una oscura mazmorra del castillo de su esposo el delito de haber sido sensible á las canciones y á los amores del entusiasta trovador.

Bernardo de Ventadorn, que, al ser arrojado del castillo del vizconde Ebles, habia ido á buscar un refugio en Normandía primero, y en Poitiers despues, junto á la nieta de aquel Guillermo, cuya buena memoria celebraban los trovadores todos, siguió á la que habia sido reina de Francia, y no debia tardar en serlo de Inglaterra, á su galante córte y seductora residencia de La Reole, cada vez más prendado, segun cuentan, de aquella mujer novelesca, que en un dia de pasion y de delirio no vaciló en arriesgar la corona de un gran reino por un momento de sensual y efímero placer en los brazos del más encarnizado enemigo de la cristiandad.

Fué Bernardo el maestro en poesía de Leonor de Aquitania. Enseñóla á trovar, y es fama que, con tan buen maestro, la ilustre discípula llegó á componer galantes canciones y rítmicos *versos*, que alcanzaban los aplausos más entusiastas de las asambleas congregadas bajo las alamedas de La Reole. Pero ninguna de aquellas composiciones, que no fiaba la reina á los juglares, segun se dice, sino que cantaba ella misma, ha llegado hasta nosotros. Allá desaparecieron con tantas otras, de las cuales sólo queda la fama, perdidas entre lo revuelto de aquellos tiempos, ó acaso reducidas más tarde á pavesas por las llamas de la Inquisicion que, atizadas por

un clero fanático, consumieron en Provenza, á raiz de la cruzada contra los albigenses, todos cuantos libros y canciones de trovadores pudieron encontrarse.

Recientes estaban entónces los tiempos de Abelardo, y es fama que, como en la historia de éste, la discípula se convirtió en amante. Tímido al principio, segun por sus propias poesías se demuestra, Bernardo de Ventadorn, no bien olvidado aún de sus tristes amores con Inés de Montluzó, aquella á quien da en sus obras el nombre poético de *Bellvezer*, poco hubo de tardar en animarse, apareciendo cada dia más atrevido y explícito en sus cantares, ya fuese á impulso de su propia ciega pasion, ya atraido y empujado por unos ojos seductores que no esquivaban sus miradas y por unos labios que sonreian como en burla de su timidez y apocamiento. Todo lo que ántes fuera temor, se convirtió en audacia y osadía. El maestro de poesía se arriesgó á pedir lecciones de amor á su discípula, dedicándola sus cantares y con ellos la expresion de sus amorosos sentimientos. En sus composiciones la llamaba *Conort*, consuelo, y debió llegar á un grado muy íntimo de familiaridad con ella, para atreverse á decirle un dia en una cancion, viendo que se retardaba el logro de sus deseos y el premio de sus amores:

¡Per Dieus, domna, pauch esplecham d' amor,
váisen lo temps e perdem lo melhor!

Parece no quedar duda de que el trovador provenzal fué más feliz en La Reole de lo que lo habia sido en Ventadorn, y es fama que sus cantos no se perdieron

en los aires, pasando á ser por un momento aquel oscuro y humilde sirviente de un vizconde de Provenza, el rival de los reyes de Francia y de Inglaterra y el sucesor de Godofredo de Anjou y del sultan Saladino.

En el ínterin, habiendo conseguido Enrique hacer triunfar la legitimidad de sus derechos á la corona de Inglaterra, colocado ya en el trono con el aplauso de los señores y las aclamaciones del pueblo, llamó á su lado á Leonor de Aquitania, y con la ausencia de ésta, terminaron aquellas fiestas encantadoras á orillas del Garona y aquel centro de civilizacion y de cultura, punto de cita de las más poderosas inteligencias de las comarcas provenzales.

Triste y solitaria quedó La Reole, que Leonor no debia volver á visitar sino muchos años más tarde, con la desesperacion y con las lágrimas de una madre infortunada; y saliendo de allí, si no para mejores, para más grandiosos y extraordinarios destinos, nuevo y más vasto teatro se ofreció á las miradas y á la movilidad constante de la dama del entusiasta poeta provenzal.

Como si con la terminacion de los encantos de La Reole rompiera Leonor con su pasado; como si en las riberas perfumadas del Garona dejara sepultados sus recuerdos y sus amores; como si, partida en dos su vida, entregara la mitad de ella al desprecio y al olvido; como si emprendiera una nueva carrera que nada de comun debia tener con su pasado; abiertos á sus ojos nuevos horizontes, su corazon á nuevas pasiones, su espíritu á nuevas influencias, Leonor de Aquitania y de Francia iba á convertirse en Leonor de Inglaterra; la enamorada

y novelesca amiga de un sultan del Asia, iba á ser la madre de Ricardo *corazon de Leon;* la tierna poetisa de La Reole iba trocarse en la furia vengativa del crímen horrendo de Woodstock; la que habia inspirado sentidas canciones de amores á Bernardo, iba á dar motivo y objeto para los feroces serventesios de Beltran de Born, escritos con sangre, más que con tinta; y, finalmente, la que rodeada de lujo y fausto, vestida con sus más espléndidas galas, presidiera un dia las cortes de amor y los certámenes de los poetas, ya no debia volver á aquellos sitios mismos, teatro de sus galantes devaneos, sino arrastrando luengas vestiduras de luto, emblanquecidos los cabellos por las penas de la cárcel y los dolores del alma, para tender á todos una mano enflaquecida donde se depositara la limosna con que rescatar al hijo amado que, gracias tambien al canto de otro trovador, debia ser descubierto en los calabozos de un castillo de Alemania.

IV.

Reservaba el cielo á Leonor crueles y dolorosos castigos. Enrique cerrando á todo los ojos, se habia casado con la heredera de Aquitania, pero obedeciendo al cálculo más que al amor. Conseguia con esto reducir á la Francia á sus antiguos límites, y hacerse dueño de la tercera parte de la monarquía francesa, tanto por su casamiento como por sus derechos hereditarios. Poseia por parte de su padre el Anjou y la Turena; por parte

de su madre la Normandía, el Maine y los derechos á la corona de Inglaterra; por parte de su mujer la Guiena, el Poitou, la Saintonge, la Auvernia, Perigord, Angoumois y el Lemosin.

Realizado ya su objeto y sentado en el trono de Inglaterra, su mujer dejó de ser para él lo que ántes era. Acaso el recuerdo y la sombra del pasado se interponian entre los dos esposos. Y, sin embargo, todas las noticias que existen están conformes en suponer que fué la de Leonor una vida ejemplar en Inglaterra. No pueden echársele en cara los deslices y devaneos que la historia enlazará siempre al recuerdo de la reina de Francia y de la duquesa de Aquitania. Algo debió contribuir para este cambio de costumbres, y aun de carácter, el nacimiento de los cuatro hijos que en ella tuvo Enrique Plantagenet: Enrique, que llegó á ser consagrado rey de Inglaterra aun cuando murió ántes de suceder á su padre; Ricardo, llamado *Corazon de leon* por su bravura, que fué investido con los ducados de Guiena y de Poitou, pasando á ser rey de Inglaterra, despues de muertos su hermano y su padre; Godofredo, que heredó por su mujer el ducado de Bretaña; y el más jóven, Juan, que fué apellidado *Sin tierra* por haber quedado al principio sin herencia. El amor de madre se despertó en el corazon de la reina de Inglaterra con la misma violencia y el desbordamiento mismo de pasion á lo aventurero y á lo maravilloso que habian marcado la vida de la duquesa de Aquitania.

Aunque entregada por completo á sus hijos, y singularmente á Ricardo, que era el favorito de su madre,

no tardó Leonor en conocer la frialdad y el desvío de su esposo, y aquella mujer voltaria que no queria consentir en los otros las debilidades en ella habituales, se entregó á los excesos de la más violenta desesperacion y al furor de los más desencadenados celos, al saber que el rey de Inglaterra buscaba en el amor de otras mujeres la felicidad que no podia hallar en la suya.

Amaba entónces apasionadamente el monarca inglés á una dama llamada Rosamunda Clifford, que al decir de los romanceros y poetas del tiempo, era la mujer más bella que hubo jamás en Inglaterra. Largo tiempo permanecieron sus relaciones ocultas, pero al conocer Enrique que su esposa se habia apercibido, temiendo la violencia de sus celos, trató de que el mayor sigilo y la más extremada reserva vinieran á garantir la seguridad de sus amores.

Rosamunda desapareció de pronto, como si la tierra se la hubiese tragado. Todo el mundo pudo engañarse con respecto de aquella desaparicion repentina, pero no así Leonor, que, por conducto de un hombre que le habia consagrado su vida, supo cuanto queria saber. Este hombre era aquel antiguo paje Rimbaldo, sujeto á Leonor con la fidelidad del perro, tanto más amante quizá cuanto más desesperanzado, siempre adicto y siempre leal, que á ella se habia consagrado con alma y vida; y que, si como todo induce á creer, se habia atrevido á elevar sus miras hasta ella, no por dejar de ver su amor recompensado, dejó de serle fiel y leal hasta el heroismo y el sacrificio.

Por Rimbaldo consiguió averiguar Leonor lo que

y llegaron á la puerta del alcázar real. Cuando Leonor se disponia á penetrar por ella, detúvola Rimbaldo, poniéndole irreverentemente la mano sobre el brazo.

—¿Qué sucede?—preguntó la reina asombrada.

—Queria deciros, señora—dijo Rimbaldo con voz apagada—que abandono vuestro servicio.

—¡Tú!—dijo la reina sorprendida.

Rimbaldo se inclinó silenciosamente en signo afirmativo.

—¡Tú, mi más leal y antiguo servidor!—prosiguió la reina.

—Señora,—dijo entónces Rimbaldo con voz más baja todavía,—Dios, y vos tambien, señora, sois testigos de que yo era inocente al servir á aquella mujer una copa envenenada.

Leonor tuvo un momento de vacilacion, pero se calló y y abrió la puerta, internándose en palacio.

Rimbaldo, despues de haber visto partir á la reina, volvió atrás, alejándose de aquellos lugares, para desaparecer, sin que nada por muchos años volviera á saberse de él.

V.

Ya en el camino de la pasion, de la ira y de la venganza, como ántes en el de sus devaneos y lujuria, Leonor no pudo detenerse tan fácilmente. Estaba en la pendiente, y los abismos atraen.

Enrique, consternado, no se atrevió á vengar á Rosamunda, pero se entregó á los mayores actos de dolor

y desesperacion, y mandó hacerle suntuosos funerales como si en efecto hubiese muerto la reina de Inglaterra. Por todos los sitios donde pasó ó descansó el féretro de Rosamunda cuando lo llevaron á enterrar, hizo poner cruces, y en cada una los siguientes versos:

Qui meat hac oret, signum salutis adoret,
utque sibi detur veniam Rosamunda precetur!

Mandó tambien que se le elevara un rico mausoleo, y en él esta inscripcion:

«Bajo esta fria lápida yace la incomparable Rosamunda, que fué la reina del mundo, aunque corto su reinado, por desgracia.»

Todos estos extremos de dolor irritaron más y más á la reina, cuya exasperacion subió de punto al convencerse de que habia perdido para siempre el cariño de su esposo. Este no quiso ni verla siquiera, que en ella no miraba ya á su mujer ni á la madre de sus hijos, sino al asesino de Rosamunda. Entónces el cariño que Leonor pudo haber profesado algun dia á su esposo, se trocó en odio, pero en odio feroz y violento; que en aquella mujer cualquier pasion traspasaba los límites. Enrique llegó á ser para ella el hombre á quien más aborrecia en el mundo.

Bien pronto el palacio real de Inglaterra se convirtió en teatro de terribles contiendas domésticas, y en centro luégo de criminales intrigas, pues que aquella mujer, lanzada ya por el camino de la perdicion y de la locura, convertida en el más implacable enemigo de su esposo, comenzó á excitar contra él al pueblo, á los ba-

rones, al clero, y hasta á sus propios hijos. Por desgracia, Enrique II de Inglaterra tenía grandes lunares en su vida, y aquel fué el momento escogido para sacarlo todo á luz, para recordarlo todo, para traer á la memoria del pueblo que era el asesino de Santo Tomás de Cantorbery; á la de los barones que era un tirano dispuesto á concluir con sus privilegios; al clero que era un incestuoso y un malvado.

Llegó aquella furia coronada hasta el extremo de poner en manos de sus propios hijos la espada que debian blandir contra su padre. Cuéntase de ella que halagando los instintos de orgullo y de soberbia que habia en sus hijos, singularmente en los dos mayores, Enrique y Ricardo, les reunió un dia á todos y les hizo prestar, sobre el cuerpo y la sangre de Jesucristo, el sacrílego juramento de rebelarse contra su padre, buscando la alianza del rey de Francia, aquel mismo Luis VII que habia sido el primer esposo de su madre.

Una rebelion general estalló entónces, obra principalmente de aquella mujer que habia llegado al parasismo del frenesí. Enrique se vió casi enteramente abandonado: la Inglaterra fué atacada por los escoceses; la Normandía por Luis VII y el conde de Flandes; el jóven Ricardo se sublevó en la Aquitania, en los Estados de su madre; Godofredo, que apénas tenía diez y seis años, levantó la Bretaña; Enrique, el hijo mayor, á quien su padre habia asociado al trono, se retiró á la corte de Luis de Francia, intimó desde allí á su padre que abdicase todas sus coronas, y fué reconocido por el Consejo de barones franceses rey de Inglaterra,

duque de Normandía y conde de Anjou y de Turena.

Todo aquello era obra de Leonor, que corria desalada por todas partes, atizando en todas los odios contra su marido y consiguiendo en todas próselitos, muy especialmente en Aquitania, donde su nombre era una bandera y donde encontró un auxiliar poderoso y el más activo heraldo de aquella guerra en Beltran de Born, trovador célebre y caballero famoso, que más heria quizá con su pluma que con su espada, hombre lleno de ardor y de actividad, cuyo descanso era la lucha, cuyas fiestas eran la matanza, cuyas enérgicas canciones é impetuosos *serventesios* olian á sangre, cuya espada no se envainó jamás sin haber herido ántes.

Iba Leonor á ponerse al frente de la Aquitania y á reunirse con su hijo Ricardo, y salia al efecto de Inglaterra disfrazada de hombre, como en aquella noche en que se escapó del castillo de Blois, cuando cayó en poder de las tropas que su marido habia enviado en su persecucion. Fué llevada prisionera al palacio real de Inglaterra, y por primera vez, despues de la muerte de Rosamunda, Enrique II, convertido en juez, la hizo comparecer á su presencia.

—¿Sois vos—le preguntó—la que habeis excitado á mis hijos á rebelarse contra mi autoridad real?

—Sí,—contestó serena y tranquila Leonor.

—¿Qué demonio os ha sugerido tan abominable designio?

—La venganza. Hora es ya de que Enrique de Plantagenet pague los desdenes con que ha tratado á su esposa, sacrificándola á miserables cortesanas.

—¿Y qué castigo mereceis, señora?

—Al verdugo toca herir. A la víctima aguardar.

—No quiero mataros,—dijo entónces Enrique.—Os dejaré vivir para que os devoren los remordimientos. Vais á permanecer encerrada en una estrecha cárcel, y os juro *por los ojos de Dios* que allí morireis cautiva.

En efecto, Leonor fué enviada al castillo de Salisbury, donde guardada á vista y en durísima prision, permaneció más de trece años, hasta que hubo muerto Enrique II y le hubo sucedido en el trono su hijo Ricardo.

VI.

El encarcelamiento de Leonor no apaciguó los ánimos. Al contrario, parecieron sobrescitarse más todavía, y la guerra se encendió con mayor fuerza, sobre todo en Aquitania, donde se la esperaba impaciente, donde Leonor, la hija de sus antiguos duques, la mujer querida y popular que habia dado libertades á los pueblos y leyes al comercio, gozaba de una reputacion y de un nombre que hallaban eco en todo el Mediodía. La noticia de su prision fué un grito de guerra y de venganza. Los pueblos en masa se apresuraron á tomar las armas.

«Aguila de Aquitania,—exclamaban los monjes desde el púlpito, recordando una profecía de Merlin que representaba á Leonor como águila extendiendo sus alas sobre Francia y sobre Inglaterra,—águila de Aquitania,

que rompiste nuestros hierros, ¿hasta cuándo resonarán tus gritos sin ser oidos? Vuelve, pobre cautiva, vuelve á tus ciudades, si puedes, y si te cierran el camino, repite gimiendo con el rey profeta: «Ay de mí! mi destierro se prolonga, y vivo en la más bárbara de las naciones.» El rey del Norte te tiene sitiada. Pues bien; eleva tu voz como la trompeta estruendosa del juicio final. Tus hijos la oirán, volarán hácia tí, y tornarás á ver la patria de tus abuelos.»

Los meridionales, al tomar las armas para aquella especie de guerra santa, decian, haciéndose eco de su amor á la independencia:

«¡Regocijáos, aquitanos! ¡Regocijáos, poitevinos! ¡El cetro del rey del Norte se aleja de nosotros!»

Los trovadores y los juglares, á su vez, iban de corte en corte y de castillo en castillo propagando por todas partes el entusiasmo y arrojando por todas centellas de fuego patrio, al cantar en estos términos:

«Vuelve á tu nido real, pobre garcela arrebatada por el halcon del Norte, y conducida á extrañas tierras. Tierna y delicada gozabas una libertad real y oias el canto de tus doncellas y de tus trovadores al dulce son de sus bandolas. Hoy gimes cautiva, lloras desterrada, y las lágrimas te ahogan y los pesares te matan. ¿Dónde está tu corte? ¿Dónde tus compañeras? ¿Tus consejeros, dónde? Levanta tu voz para que te oigan tus hijos, que el dia se acerca en que volverás á ver el cielo risueño de tu patria, y la tierra en que están sepultados los huesos de tus padres.»

Ricardo, aquél á quien no debia tardar en llamarse

Corazon de leon, poniéndose al frente del movimiento, exclamaba con varonil entereza:

«Pueblos de Guiena y del Poitou, mi madre, vuestra reina, está cautiva. ¡Ayudadme á libertar á mi madre!»

Pero sobre todas estas voces, sobre todos estos cantos, rugiente como un hálito de tempestad, vibrante como el rayo y estrepitosa como el trueno que conmueve las montañas, dominaba la voz de Beltran de Born, y retumbaba el canto de guerra de aquel trovador, que sólo parecia vivir feliz entre las ruinas, á la luz del incendio, y respirando el olor de la sangre, como que se llamaba á sí mismo *Rassa*, es decir, destruccion, esterminio, *razia*.

«Se acerca el momento del combate, cantaba el feroz Beltran de Born, y, os lo repito, nada más grato, ni el comer, ni el beber, ni el dormir, como el oir resonar en ambas huestes el grito de *¡A ellos!*, oir relinchar los caballos corriendo desatados sin jinete por las selvas, oir gritar *¡Auxilio! ¡auxilio!* y ver caer revueltos por la yerba y por los fosos á grandes y á pequeños.

»Nada me place tanto como ver cadáveres tendidos en charcos de sangre y con la espada ó con la lanza que les quitó la vida clavada aún en ellos; nada me agrada más que ver rodando en confusion por el campo, armaduras y cascos, jinetes y caballos; nada para mí más grato que el fragor del combate, la luz del incendio, los escombros y las ruinas, y ver esparcidos por do quiera miembros todavía palpitantes y pedazos de mallas y capacetes revueltos con sesos aplastados.»

El mundo entero, en aquella ocasion, parecia caer sobre Enrique II que, con varonil empeño, se dispuso á hacer frente á todo. Apelando á toda su energía, recordando las glorias y entereza de sus mejores tiempos, dando pruebas de una fuerza de carácter extraordinaria y de una actividad asombrosa, partió repentinamente de Irlanda, desembarcó en Normandía, y, como llovido del cielo, cayó sobre el ejército francés que estaba sitiando á Verneuil, haciéndole retroceder. Voló en seguida á Bretaña, haciendo prisionero al conde de Chester, jefe de los sublevados, y, sin dormirse sobre sus laureles, sin dar paz á la mano ni reposo al cuerpo, acudió de nuevo y precipitadamente á Inglaterra, donde era batido el rey de Escocia, que dejó diez mil muertos sobre el campo de batalla y á su general, el conde de Leicester, prisionero. Tan pronto en Francia como en Inglaterra, apareciendo siempre donde era mayor el peligro, preveyéndolo todo y acudiendo á todo, siempre á caballo y siempre alerta, consiguió ventajas que parecian increibles, llegando á vencer hasta á su propia suerte.

Reducido, para continuar la guerra, á empeñar su cetro y su corona en manos de las milicias mercenarias que hubo de levantar, de todo salió triunfante, y llegó por fin, de victoria en victoria, hasta las puertas mismas de Poitiers, la capital de la Aquitania, donde se firmó la paz entre el padre y los hijos, mediante ciertos feudos y pensiones á éstos concedidos, y de que, por el pronto, parecieron contentarse.

Pero los tres hermanos no podian vivir tranquilos mucho tiempo. Vencidos por su padre, pusiéronse á

combatir entre sí. Ricardo era duque de Aquitania, pero debia prestar homenaje á su hermano mayor Enrique, y se negó á ello. Vióse entónces á Enrique, el *Rey Jóven*, como le llaman las crónicas, y á Godofredo, reunir huestes y marchar contra Ricardo, á tiempo que los barones aquitanos, descontentos de la tiranía del hijo favorito de Leonor, se disponian á formar una liga contra él, y en favor de su independencia feudal.

Alma era tambien, y heraldo de aquella liga, el turbulento Beltran de Born, enemigo implacable entónces de Ricardo, por causa del amor de una mujer, como por la misma causa y por la misma mujer se habia hecho tambien enemigo irreconciliable del rey de Aragon.

Matilde de Montagnac se llamaba la hermosa dama que dominaba al leon, y á cuyas plantas, deponiendo su ferocidad y su saña, acudia sumiso Beltran para cantarle alabanzas y ternezas de amores; pero al propio tiempo que por el trovador, Matilde se veia solicitada por cuatro de los príncipes más poderosos de su tiempo, Ricardo de Poitiers ó de Inglaterra, Alfonso de Aragon, Ramon de Tolosa y Godofredo de Bretaña. Parece, sin embargo, que Beltran triunfó de todos ellos, aun cuando pudieran darle, principalmente los dos primeros, motivo de celos, que luégo trocó en odio hácia ellos. Los príncipes fueron desdeñados y despedidos, y el trovador debió quedar muy pagado y satisfecho de sus amores, cuando no vaciló en proclamar muy alto, ebrio de orgullo, á la faz de todo el mundo, en una de sus canciones:

«Yo tuve en mis brazos, palpitante bajo mis besos, á

aquella que desdeñó á Poitiers y á Tolosa, á Bretaña y á Zaragoza.»

Aquellos fueron los amores que establecieron una corriente de odio entre Beltran de Born y Ricardo de Inglaterra, y fué la ocasion mencionada más arriba la que el trovador escogió para ponerse en frente de su soberano, olvidado ya de las promesas que un dia hiciera y del auxilio que prestara á aquella madre infeliz que gemia, sepultada en vida, tras los muros y tras los hierros de Salisbury.

Señor de la tierra y del castillo de Hauteford, que contaba apénas mil vasallos, Beltran de Born, por su valor indomable y por su genio extraordinario, ejercia una influencia inmensa sobre aquellos barones sus vecinos, espíritus indóciles y rebeldes á todo freno, á quienes repugnaba el yugo de un rey extranjero, acostumbrados como estaban todos á vivir casi sin soberano, prestando sólo una obediencia nominal y un homenaje de pura fórmula á un duque de Aquitania, su compatriota. Este espíritu, que era el reinante entre los barones, palpitaba en cada uno de los versos de Beltran de Born, y de aquí que los *serventesios* del trovador fueran populares entre los nobles y acogidos con entusiastas aplausos cuando al empezar la primavera iban los juglares á cantarlos por las cortes y castillos. El pensamiento íntimo del poeta era la idea secreta de los barones aquitanos, y sus versos hallaban eco en todos porque de todos eran expresion y sentimiento.

Preparada, pues, por los *serventesios* de Beltran de Born, una liga formidable, y peligrosa para Ricardo,

surgió de pronto, y Enrique, al avanzar contra su hermano, pudo contar con auxiliares poderosos, con casi toda la nobleza del país.

Jurada solemnemente la liga de los barones sobre un misal, bajo las bóvedas del templo, al son de los cánticos religiosos, asistiendo y comulgando juntos en pública solemnidad el conde de Perigord, el vizconde de Limoges, los señores de Gourdon, de Quercy y de Monfort, los vizcondes de Ventadorn, de Comborn, de Segur, de Turena y otros ciento, Beltran de Born lanzó á los pueblos una especie de Manifiesto poético con aquel célebre *serventesio*, que comienza:

Pus Ventadorn et Comborn et Segur,
e Torena e Montfort e Guordon,
an fait acord ab Perigord e Jur,
e li borges se claven d'eviron,
m' es bon e bel hueimais qu' eu m' entremeta
d' un sirventes per elhs aconortar,
qu' eu no vuelh ges sia mia Toleta
perqu' ieu segurs non i pogués estar...

Nunca jamás hubo canto que causara mayor entusiasmo. Este *serventesio* era como un lazo para unir más estrechamente á todos los miembros de aquella liga, á quienes recordaba su juramento y los agravios que debian vengar en Ricardo, su tirano y su enemigo, el que se apoderaba de las rentas de los ciudadanos y de los castillos pertencientes á los barones de la liga. Este *serventesio*, por el conducto de los juglares, recorrió rápidamente toda la Aquitania, inspirando el mismo entu-

siasmo, así en los pueblos como en los castillos y los claustros. Por todas partes lo repetian, todas las voces lo cantaban, y es fama que en distintos puntos fué recitado desde el púlpito á la muchedumbre congregada para el santo sacrificio de la misa. El carácter nacional de aquellos pueblos, tan impresionable y tan vivo, se inflamó al oir aquellos cantos. De todas partes corrian á empuñar las armas, y así fué como la cancion de un trovador, resonando como el grito de Pedro el ermitaño, tuvo poder para levantar en masa pueblos y ciudades, valles y montañas, barones y vasallos, que todos se dirigian al punto de cita cantando á coro el *serventesio* de Beltran de Born, y creando, con aquella *Marsellesa* de hace seis siglos, la más formidable, la más patriótica, y, para Ricardo, la más temible de las insurrecciones.

Pero Ricardo, en cuya sangre habia algo de la de su padre, como éste, en un caso igual, se multiplicó tambien en aquellos momentos, y cuando no por la fuerza, por las negociaciones y la intriga, hizo caer de manos de Enrique la espada que tenía levantada ya sobre su cabeza, y logró desbaratar la liga, quitándole el auxilio de sus hermanos.

Los confederados fueron cediendo y retirándose, obedeciendo á distintos móviles, y Beltran de Born quedó casi solo, abandonado á las iras del vencedor.

El futuro rey de Inglaterra se presentó ante los muros de Hauteford. Hubiera sido temeridad el resistirle, y, conociéndose sin fuerzas, Beltran acudió al ingenio. Al aparecer Ricardo con su hueste, Beltran hizo bajar el puente de su castillo, y solo, sin más armas que un

do los fosos, los vivos luchando con encarnizamiento, las llamas abrasando los pueblos y las torres y castillos cayendo en ruinas, sucedió que Enrique, sucumbiendo á una enfermedad mortal, exhaló su último suspiro en Martel el 12 de Julio de 1183. Beltran de Born, que habia vuelto á ser su amigo íntimo, su compañero inseparable, quizá su ángel malo, le veló y cuidó hasta el último momento con entrañable solicitud, y en sus propios hombros llevó á enterrar el cadáver del jóven rey, á cuya muerte compuso un *planch* ó lamentacion, que es de lo mejor y más sentido que ha brotado de la pluma de aquel poeta y que puede presentarse como modelo de este género en la poesía provenzal.

Godofredo trató de continuar la empresa de su hermano contra su padre, y se dispuso á levantar un ejército con este objeto; pero como si Dios quisiera acabar con aquella guerra parricida, Godofredo murió en París, en un torneo, cuando estaba ya próximo á realizar su designio, el año 1186.

Quedaba todavía Ricardo, duque á la sazon de Aquitania, quien hizo un tratado secreto con Felipe Augusto de Francia, sucesor de Luis *el Jóven*, encaminado tambien, como siempre, contra Enrique II de Inglaterra. Era realmente implacable el odio de aquellos hijos contra su padre, y es fama y tradicion que vivia alimentado por la cautiva de Salisbury, la cual, soportando su prision con una entereza verdaderamente varonil, hallaba medio, á través de los hierros, de enviar constantes mensajes, principalmente á Ricardo, para que no flaquease en el odio contra su padre.

La muerte de éste vino á acabar con aquella situacion violenta. Perdida toda la antigua energía de Enrique II de Inglaterra con los pesares que sobre él llovian, y con las humillaciones por que le obligaron á pasar en un tratado su hijo Ricardo y el rey de Francia, sucumbió á los ataques de una fiebre lenta, falleciendo el año 1189, á los cincuenta y siete de su edad y treinta y cinco de su reinado, en un castillo cerca de Sumur.

El primer acto de Ricardo, al subir al trono de Inglaterra, fué poner en libertad á su madre, que habia envejecido de un siglo en su encierro de Salisbury, pero que, á pesar de sus sufrimientos y de sus sesenta y cinco años, era todavía una mujer hermosa, segun tengo leido en una antigua crónica de Poitiers, y debia ser tambien una mujer entera aún, con todo el vigor de su raza y con toda la pasion de su juventud, cuando el cielo la reservaba para una empresa de abnegacion y de sacrificio que debia purificarla de sus culpas de amante y de sus crímenes de esposa.

VII.

Un entusiasmo ciego por las aventuras novelescas y un celo exaltado por el cristianismo, eran el espíritu de aquel siglo y los medios únicos por donde podia adquirirse gloria y nombradía. Ricardo de Inglaterra estaba dominado más que nadie por estas ideas, y todas sus acciones obedecian á ellas constantemente, pareciendo principalmente haber heredado de su madre aquel espíritu.

Lo primero que hizo, pues, al subir al trono de Inglaterra, dominado más bien que por la fe cristiana, por el amor á la gloria y á la aventura, fué formar el proyecto de una expedicion á Tierra Santa y allegar medios, fondos y aliados para llevarlo á cabo.

Cuentan las historias cómo realizó esta empresa, cómo fué á ella aliado con el rey de Francia, cómo tuvieron lugar las mortales desavenencias entre estos dos monarcas, cómo se indispusieron, mortalmente tambien, Ricardo de Inglaterra y Leopoldo de Austria, y cómo le acontecieron al primero en aquella expedicion sucesos verdaderamente peregrinos y novelescos que, más que la historia, ha contribuido á popularizar un autor inmortal por medio de una novela célebre (1).

Terminada aquella expedicion, de que resultaron á Ricardo más prestigio y gloria que ventajas positivas, trató de regresar á su reino para gozar en él de los laureles que acababa de recoger á costa de tantos peligros. Vacilante en el camino que debia tomar para su regreso, y no queriendo atravesar la Francia por temor á caer en manos de Felipe Augusto, su enemigo entónces, se dirigió por el Norte, embarcándose en el Adriático; pero habiendo naufragado en Aquilea, y hallándose solo, sin servidores y hasta sin recursos, se disfrazó de peregrino con la esperanza de atravesar de incógnito la Alemania. Su intento no pudo realizarse. Lleváronle los azares de su viaje á tener que pasar por Viena, y allí fué reconocido el peregrino y preso por Leopoldo de

---

(1) Walter Scot; *El Talisman*.

Austria, que le mandó encerrar en lo más alto de la torre de un castillo, dispuesto tal vez á dejarle gemir cautivo toda su vida.

Nada en tanto se sabía en Inglaterra de su rey. Considerábanle muerto muchos, y otros prisionero de los infieles. Ninguna noticia, ningun eco, ningun rastro de Ricardo llegaban á Inglaterra ni á Aquitania; y como iba pasando el tiempo con devoradora rapidez, y como la creencia de su muerte iba afirmándose más y más cada dia, miéntras Ricardo, victorioso en vano, se consumia en una mezquina é ignorada cárcel, los asuntos de su reino iban tomando el más desfavorable aspecto, sin que á contener bastaran los progresos del mal toda la actividad y todos los esfuerzos que supo desplegar la reina viuda, aquella Leonor de Aquitania, entregada entónces por completo al recuerdo, al amor y á los intereses de Ricardo, y á la cual, léjos de apoyar, parecia poner obstáculos su hijo menor y hermano de Ricardo, Juan *Sin tierra*, que en la desaparicion del monarca veia la esperanza del trono.

Ni un solo instante, en aquel conflicto, flaqueó el animo varonil de Leonor. Miéntras todos creian muerto á Ricardo, ella era la sola que no participaba de esta creencia, y cuando damas, prelados y caballeros se acercaban todos á ella para decirle: «Señora, no hay ya duda, vuestro hijo y nuestro rey ha muerto,» ella inclinaba melancólicamente su cabeza, y les decia por única respuesta: — «Mi corazon no me lo ha dicho todavía.»

Fué Leonor la que, sin vacilar, sin ceder un mo-

mento, hizo frente á todas las intrigas, desbarató todos los proyectos, inutilizó todas las artes, remedió cuantos males pudo, y, sosteniendo y alentando la esperanza de que Ricardo vivia, pudo mantener íntegro el reino é incólume el trono, segura y persuadida de ver lucir el sol que alumbrara el regreso de su hijo querido.

Un pobre y oscuro trovador fué el que llevó á Aquitania primero, y despues á Inglaterra, la noticia consoladora de la existencia del monarca, y con la buena nueva una sentida cancion del rey trovador, compuesta por él en el fondo de su cárcel y dirigida á sus barones, halagado quizá por la idea de que este canto levantara en armas al país en su favor para librarle, como un dia el *serventesio* de Beltran de Born lo habia levantado para perseguirle.

El poeta que llevó á Inglaterra la bienhadada nueva, se llamaba Blondeau de Neele, pero era vulgarmente conocido por Blondel. No pertenecia al grupo de los trovadores provenzales, era francés, y las obras que de él nos quedan, están en la lengua hablada en París, pero sus canciones son una imitacion de los provenzales, su espíritu y estilo el mismo, como de quien vivia entre ellos y con ellos estudiaba. Hé aquí como prueba la primera estrofa de una de sus canciones:

«La alegría (en el sentido de amor que le daban los provenzales) me invita á cantar cuando llega la primavera, y mi corazon responde, pues es justo que me ocupe y nadie en el mundo se atreveria á desobedecer al amor. ¡Oh Dios! ¡qué vida tan feliz tienen los que á él se entregan!»

La joie me remont
de chanter au douz tens,
et mes cuers li respont
que droit es que g' i pens;
car nulc riens el mont
ne fas feur son deffens.
¡Dex! quel siecle cil ont
qui i metent leur sens (1).

Blondel, segun parece, estaba al servicio de Ricardo *Corazon de leon*, y le era singularmente adicto. Por lo que se deduce, debió acompañarle á Tierra Santa y seguirle en sus expediciones, pero al regreso hubo de separarse de él. Cuando Ricardo desapareció comprendió Blondel que habia caido en algun lazo, y juzgándole prisionero dióse á recorrer la Alemania, vestido unas veces de peregrino y presentándose otras como juglar, para penetrar en todas partes y ver si alcanzaba á tener noticias suyas.

Llegado por casualidad á un lugar que se llamaba Lofenstein, donde habia un fuerte castillo, averiguó que en él se guardaba hacía ya algunos meses un prisionero de importancia; Blondel fué á pasearse por los alrededores del castillo, y al llegar junto á una torre que le pareció poder ser la que encerraba al preso, se puso á cantar una cancion que habia compuesto con Ricardo. El rey, pues era él mismo, hubo de conocer la voz de Blondel, y desde su estancia le contestó cantando la segunda estrofa y llenando de gozo al juglar, que bien comprendió que habia tropezado con el príncipe.

(1) *Essai sur la musique*, París, 1780, tomo II.

Aquellos dos hombres, sin verse, pudieron, por medio del canto, comunicarse sus pensamientos, y pudo Ricardo arrojar por una reja la cancion en que inploraba el auxilio de sus barones y de su madre. Blondel voló en seguida á Aquitania y á Inglaterra para dar la noticia.

Hé aquí la sentida cancion que, durante su cautiverio, habia compuesto Ricardo:

«Nunca ningun preso hablará de su suerte más que con el dolor del que sufre; pero con el objeto de calmar sus penas puede hacer una cancion. Muchos amigos tengo; pero poco me favorecen. Vergüenza para ellos si por falta de rescate estoy hace dos inviernos prisionero.

»Que lo sepan, pues, mis deudos y mis barones, ingleses y normandos, poitevinos y gascones: si yo tuviera un compañero preso, por miserable que fuese, volaria á rescatarle. ¡No pretendo con esto hacerles un reproche, pero estoy prisionero!

»¡Cuán cierto es que *á hombre muerto no hay amigo ni deudo!* Por no dar un poco de oro ó de plata, se me olvida, y si esto es triste para mí, es deshonroso para los mios. He de legarles un remordimiento eterno si me abandonan y llego á morir estando prisionero.

»No es de extrañar que esté yo triste y doliente cuando sé que el rey de Francia devasta mis tierras, olvidado del juramento que ámbos á dos prestamos para mútuo respeto y mútua seguridad. Pero una cosa me tranquiliza, y es que no he de estar siempre prisionero.

»Trovadores mis amigos, vosotros á quienes tanto amé y amo todavía, repetid en vuestros cantos que mis

enemigos se cubrirán de oprobio y vilipendio atacándome y contestando á la nobleza de mi corazon y á la lealtad de mi palabra con hacerme la guerra cuando estoy prisionero.

»Condesa Leonor, Dios guarde á vuestro pobre hijo y á aquella á quien amo tanto y por quien estoy prisionero.»

Ja nul hom pres non dirá sa razon
adrechamen, si com hom dolens non;
mas per conort deu hom faire canson.
Pro n' ai d' amics, mas paure son li don,
oncta lur es si per ma reczon
soi fa dos ivers pres...

Como se ve, la cancion es de un verdadero poeta, de un hombre de corazon y sentimiento.

Al llegar á Inglaterra la noticia del cautiverio del rey, hubo un grito general de indignacion. El pueblo expresó su dolor de una manera estrepitosa, el clero proclamó en alta voz á Ricardo defensor de la fe y mártir de la santa causa, la nobleza se dispuso á cualquier empresa para salvar á su monarca, y la reina viuda, Leonor de Aquitania, irritada por la injuria hecha á su hijo favorito, conmovida por la dolorosa cancion que le enviaba desde su cárcel, arrojó sobre su grandeza pasada y sobre sus tres diademas el manto de la humildad cristiana, y arrodillándose á los piés del Papa le dirigió esta elocuente y conmovedora súplica, donde á través de un pasado de seiscientos años, se siente aún palpitar el corazon de la mujer y vibrar el llanto de la madre:

«Al reverendo padre y señor Celestino, soberano pontífice por la gracia de Dios, Leonor, por su cólera, reina de Inglaterra, duquesa de Normandía, condesa de Anjou; á su padre, una madre infortunada, salud.

»Habia resuelto guardar silencio por temor á que pudiera acusárseme de orgullo y de soberbia, si, abriendo campo á la efusion de mi pecho y á la vehemencia de mis pasiones, dejaba escapar algunas palabras poco meditadas para el príncipe de los sacerdotes: que cuando se entrega á la violencia de sus trasportes, el dolor se diferencia poco de la locura. El dolor no reconoce ni señor ni amigo, no tiene ni miedo ni lástima, á nadie respeta, ni á vos siquiera.

»No debe, pues, extrañarse que la amargura de mis penas se descubra á través de mis palabras: deploro una calamidad pública, y los pesares han echado en mi corazon raíces eternas. Las saetas del Señor me desgarran; su cólera ha caido sobre mí.

»Las potencias están divididas, el pueblo sufre, las provincias son devastadas, y la Iglesia de Occidente, cediendo á la carga de la desesperacion y de las humillaciones que la agobia, vuelve hácia vos sus ojos é implora á aquél á quien Dios, en la plenitud de su poder, ha puesto sobre los tronos y las naciones.

»Yo os conjuro para que el grito de los dolientes llegue á vuestros oidos. Grandes son nuestras calamidades y llenan la medida, y vos no podeis permanecer insensible á ellas, pues sois el Vicario del Crucificado, el sucesor de Pedro, el Pontífice de Dios Cristo, del Señor y del Dios mismo de Faraon. Ante vuestro fallo y

la justicia de vuestro tribunal, esperan los votos del pueblo.

»Si no os apresurais á lanzar el fallo, vuestra será la responsabilidad por el desenlace que pueda tener esa funesta tragedia. Pero, sois padre de los huérfanos, el apoyo de las viudas, el consuelo de los afligidos, la ciudad de refugio de todos, y, llegados á este cúmulo de miserias, todos esperamos auxilio y proteccion de vuestro poder.

»En dias de prueba, los hijos de Israel pedian consejo á Moisés, cuyo puesto ocupais, y se refugiaban junto al arca de la alianza; nuestro rey se halla entre hierros y por todos lados le cercan los peligros. Atended á la situacion, ó más bien al infortunio del reino, á la perfidia del tiempo, á la cruedad del tirano que, en su fragua de avaricias, templa sin cesar armas de iniquidad contra el rey, contra aquél que ha hecho prisionero durante el santo viaje, cuando bajo la proteccion se hallaba de Dios y de la Iglesia, contra aquél á quien tiene encadenado y es hoy víctima de su barbarie. Despreciando á Dios y sus severos juicios, está pesando sobre su presa, que nadie puede arrancar de sus manos.

»Tiempo es de empuñar el acero espiritual, que es el Verbo de Dios, porque está escrito: «Quien os desprecia, me desprecia,» y si cerrais los ojos sobre los ultrajes que sufre la Iglesia romana, no podreis evitar ni el vilipendio de Pedro ni el desprecio de Cristo.

»No detengais, pues, por más tiempo en vuestros labios la palabra del Señor. Que el temor de los hombres

no ahogue en vos el aliento de la libertad. Más vale caer en sus manos, que olvidar la ley de Dios. Los enemigos de la cruz confian en su valor y se vanaglorian con las riquezas de sus tesoros, pero su fin será la tumba y su gloria caerá en los abismos...

» Por menores y más leves causas, vuestros cardenales han salido de Roma con los más amplios poderes, y hoy que de caso tan grave se trata y tan deplorable, no habeis enviado un diácono ó un acólito. Y sin embargo, ¿qué otra cosa para vos más gloriosa que la libertad del rey? ¿Qué otra ocasion más oportuna para exaltar el poder del Soberano Pontífice?

» ¡Oh, mi Señor y mi Dios! Los ojos de tu sirvienta se vuelven hácia tí. Salva á tu hijo, y no quieras hacerle responsable ni de los crímenes de su padre, ni de las faltas de su madre. »

No han llegado hasta nosotros, segun queda dicho, las composiciones poéticas de Leonor de Aquitania, pero esta es de seguro su mejor poesía.

El papa Celestino, sin embargo, permaneció sordo á este supremo grito de dolor de una madre, como sordos permanecieron los príncipes á quienes se dirigió. Nadie atendia los lamentos y la desesperacion de Leonor, que á todos acudia, á todos imploraba, de todos reclamaba auxilio. Para más desgracia aún, Juan, el menor de sus hijos, se alió secretamente con el rey de Francia y alegó sus derechos como heredero directo de su hermano, pretendiendo haber recibido la noticia positiva de su muerte.

Todos entónces se volvieron hácia el sol naciente. Se

apagó el entusiasmo en favor de Ricardo, decayó el ánimo de los más leales, y crecieron la esperanza y la soberbia de los enemigos. Pueblo, barones, clero, todos se agruparon junto á Juan *Sin tierra*, al que saludaban ya como á soberano, y el rey de Francia con poderoso ejército invadió la Normandía, sometiéndola á su autoridad y poder.

Todo parecia ya perdido en el mundo para Ricardo, y en realidad todo lo estaba, pero quedábale su madre.

Ella fué sola la destinada á salvarle, ella la que no flaqueó un momento ni decayó un instante.

Cuando todo lo hubo apurado, cuando se vió desatendida por la cátedra de San Pedro, rechazada por los príncipes, abandonada de los barones, del pueblo, del clero de Inglaterra, de su propia familia, Leonor, por medio de un supremo esfuerzo, recogió todo lo que le quedaba de su pasado valor y sus muertas pasiones, y volvió los ojos á Aquitania, á aquella tierra de su cuna y de sus padres, aquella tierra, poco solícita ciertamente en favor de Ricardo, al que miraba con recelo, pero donde ella podia obrar un milagro despertando el patriotismo de su antigua nacionalidad.

Los aquitanos vieron aparecer un dia de repente á una mujer vestida de luto que iba de pueblo en pueblo, de castillo en castillo, pidiendo limosna para rescatar á su hijo. Era la heredera de sus duques, la viuda de los reyes de Francia y de Inglaterra, la madre de Ricardo *Corazon de leon*.

Se pedia un rescate considerable por la libertad de

Ricardo, y se necesitaba, por lo mismo, una suma fabulosa. Las arcas estaban vacías, los pueblos no podian con las cargas, la nobleza y el clero eran enemigos del rey cautivo, y sin embargo, con todas estas circunstancias en contra, Leonor se atrevió á una empresa que nadie, sino ella, hubiera intentado, de que nadie, sino ella tambien, hubiera podido salir con éxito. La Aquitania, siempre leal, contestó al grito de dolor de la madre y al ruego de la hija de sus duques.

Todos quisieron contribuir á librar al monarca, de modo que se reunieron al instante sumas considerables. Las iglesias y los monasterios fundieron sus cruces, sus cálices, su oro y su plata; los obispos, abades y nobles dieron una cuarta parte de sus rentas anuales, y el clero bajo contribuyó igualmente con la décima parte de su diezmo. Así se reunió la cantidad, enorme en aquel tiempo, de ciento cincuenta mil marcos de plata, próximamente siete millones y medio de pesetas, que se pedian por el rescate.

Completa la suma, y no fiando á nadie la comision, la reina en persona se embarcó para Alemania.

Aún tuvo que pasar aquella madre desconsolada por amargas pruebas y duros trances. Felipe ofrecia su hija por esposa al emperador, si éste se comprometia á tener al rey de Inglaterra un año más en prision, y el emperador titubeaba entre su ambicion y su avaricia. Así estuvo fluctuando hasta el dia designado para dar libertad al rey, y miéntras no tuvo Leonor á su hijo en brazos, no pudo estar segura de conseguir su intento.

Verificóse la ceremonia de la libertad del monarca en Metz, con gran pompa, á presencia de la nobleza alemana. La reina Leonor pagó la suma convenida, y la Inglaterra y la Aquitania recobraron á su monarca, teniendo esto lugar en 1194.

VIII.

Ni los sufrimientos pasados en Tierra Santa, ni su larga y dura prision, hicieron más cauto á Ricardo. Al principio se habia podido creer que habia variado su carácter, y con aplauso se le vió ejercer un acto de nobleza y magnanimidad perdonando, por mediacion de la reina Leonor, á su hermano Juan *Sin tierra*, que se habia ligado contra él con su más mortal enemigo.

—Yo le perdono—dijo el rey á su madre,—pero desearia poder olvidar sus agravios tan fácilmente como él se olvidará del perdon que le otorgo.

Ricardo no tardó en declarar la guerra á la Francia, y olvidado de su infortunio, los pueblos de Aquitania le vieron reaparecer entregado á toda su soberbia anterior y cada vez más constante en el camino de la tiranía. Un grito de indignacion se levantó contra él en aquellas comarcas, que tan leales le fueron en su desgracia, y volvió á presentarse de nuevo Beltran de Born, infatigable en manejar la pluma como el acero, proyectando una nueva liga de barones contra el monarca inglés. El clero hizo causa comun con la nobleza.

Cierto dia un celoso predicador tuvo el atrevimiento de hablar al rey acerca de su conducta y aconsejarle que se separase de tres hijas suyas que eran la soberbia, la avaricia y la sensualidad.

—Teneis razon,—le contestó el monarca,—y voy á seguir vuestro consejo, separándome de mis hijas, casándolas y eligiendo esposos dignos de ellas. Destino, pues, á la soberbia para esposa de los templarios, á la avaricia para mujer de los monjes y á la sensualidad para consorte del clero.

Entre sus luchas, Ricardo tomó por asalto el castillo de Perylle en Quercy, que le opuso una vigorosa resistencia, defendido por Fortunato de Gourdon y sus dos hijos, sobre cuyos cadáveres hubo de pasar para hacerse dueño de la fortaleza.

Poco despues sitiaba el castillo de Limoges, cuyo vizconde, segun se decia, acababa de descubrir un rico tesoro en sus tierras, del que Ricardo pretendia apoderarse, no contento con la parte que se le ofrecia y queriendo la del leon.

El castillo, mandado por Ademar de Limoges, se resistia con empeño, y Ricardo, impaciente, se puso al frente de sus tropas decidido á dar el asalto. Un arquero de la fortaleza lo reconoció por su maza de armas y le disparó una certera flecha que le atravesó el hombro. Miéntras le llevaban á su tienda, ordenó que continuara el asalto hasta que el castillo fuese entrado. Así fué. Limoges cayó en poder de los ingleses, y entre los presos se halló al arquero que habia herido mortalmente al rey.

Se llamaba Beltran de Gourdon, y Ricardo quiso verle.

Llevado á la presencia del monarca:

—¿Qué mal te hice yo, miserable,—le dijo éste mostrándole su sangre,—para que hayas querido matarme?

—Me llamo Beltran de Gourdon, le contestó tranquilamente el arquero. Con tu propia mano mataste tú á mi padre y á mis dos hermanos en Perylle, y he querido vengarme. Véngate á tu vez.

—¡Por San Jorge, que eres un valiente!—exclamó Ricardo.

Y dió órden de que aquel jóven fuera puesto en libertad, haciéndole un regalo.

El perdon del rey no salvó al arquero.

A la muerte de Ricardo, que fué á los pocos dias de su herida y de resultas de ella, Beltran de Gourdon fué desollado vivo por las tropas reales.

Bien pudiera ser este Beltran de Gourdon,—y lo adelanto sólo como una sospecha, sin datos en qué fundarme,—el poeta del mismo nombre y apellido que en aquella época figura en la lista de los trovadores y de quien, sin saber nada de su vida ni de su orígen, nos queda sólo una *tension* entre él y un Pedro Ramon.

A la muerte de Ricardo, como si con este suceso se hubiesen agotado todas sus fuerzas, como si el hijo favorito se hubiese llevado al sepulcro todo lo que en ella habia de amor, de pasion y de vida, Leonor de Aquitania, desprendiéndose de todo, y muerta ya para el mundo, fué á encerrarse en las torres de su palacio de

Poitiers. Queria exhalar su último suspiro allí donde se habia mecido su cuna y donde estaban los únicos recuerdos de su vida que podian serle gratos.

Consagró sus últimos años á hacer tanto bien al pueblo, como mal podia haberle reportado la administracion de su esposo y de sus hijos, y de 1199 datan los privilegios y franquicias populares que concedió á los habitantes del Poitou, segun consignado queda en la primera parte de este estudio.

Ya en lo último de su atormentada vida, Leonor no salia de su castillo más que para ir á la abadía de Monterneuf.

Entrado ya el siglo XIII, una noche del año 1203, las macizas puertas de la solitaria abadía se estremecian á los rudos y precipitados golpes que daban los servidores de la reina.

Leonor estaba en sus últimos momentos, y acudian, para los auxilios espirituales, en busca de un santo, anciano y reputado varon, monje de Monterneuf, que gozaba en toda la ciudad y comarca de gran fama de santidad por su vida ejemplar, sus austeras penitencias y su reputacion de milagros.

Cuando se avisó al monje diciéndole el objeto para que á toda prisa se le llamaba, viósele por vez primera en su religiosa vida vacilar indeciso un momento, pero reponiéndose en seguida, echó á andar tras de los servidores de la reina.

Llegó al castillo á tiempo todavía para ejercer su sagrado ministerio; y arrepentida de sus culpas, absuelta por la Iglesia, la madre de Ricardo *Corazon de leon*, ex-

haló su último suspiro, sin saber acaso que aquel religioso que la asistiera en su última hora y allí se quedaba de rodillas para velar su cadáver y rezar sobre él las postreras oraciones, se habia llamado en el mundo *Rimbaldo*, y habia sido paje de la galante y apasionada Leonor de Aquitania.

TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

LAMBERTI DE BANAZET.

Quedan de él varias canciones galantes, una dedicada á una dama catalana, de quien dice que es *Flor de amor* y *Estrella de gentileza*.

LANTELIN.

Una *tension* con Remond sobre este asunto:

«Una dama casada tiene un amante. El marido, celoso, no abandona un solo instante á su mujer, y ésta se ve en la imposibilidad de corresponder con el que ama. ¿Cuál de los tres sufre más?»

Remond dice, que quienes más sufren, son la dama y el amante, puesto que, como Tántalo, tienen á la vista lo que más desean y no pueden disfrutarlo.

Lantelin pretende que es el marido por los celos que tiene del amante y las sospechas de su mujer.

LANZA.

Todo cuanto se sabe de este trovador, es que era marqués italiano y contemporáneo de Pedro Vidal, contra quien escribió una violenta sátira, única poesía que se le conoce.

Véase para más detalles el artículo *Pedro Vidal*.

LOMBARDA.

Segun las *Vidas de los trovadores*, Na Lombarda, era una dama de Tolosa, «noble, gentil y bella, que trovaba muy bien, haciendo coplas y canciones de amor.»

Arnaldo-Bernardo, hermano del conde de Armañac, tuvo noticia de su mérito y de sus talentos, é hizo un viaje á Tolosa solamente para verla, quedando tan prendado de ella, que fué su amigo y la requirió de amores.

Un dia, continúa diciendo el manuscrito provenzal, hizo para ella una copla, se la envió, y en seguida, montando á caballo, sin volverla á ver ni despedirse, se marchó á su tierra.

La copla, poco galante por cierto, dice así:

«Quisiera ser *lombardo* para la dama *Lombarda*, pues nada me gusta más que ella, cuando me mira con sus bellos ojos que parecen concederme su amor, y tardan sin embargo demasiado en cumplirme su palabra. Pero

yo quiero conservar *Bel-vezer*, *Mon-plazer* y *Bel-ris*, y temo perderlas si las abandono.»

Lombarda, muy admirada de que el caballero hubiese partido sin verla, respondió con unas coplas muy oscuras por cierto, en que abundan los retruécanos:

Non volgr' aver per Bernard Na Bernarda...

Es todo cuanto de esta poetisa queda y se sabe.

M.

MARCABRÚ.

I.

Tres versiones existen sobre este trovador, á quien se ha llamado indistintamente Marcabrun, Marcabrús y Marcabrés, siéndonos desconocido su verdadero nombre.

Segun la primera de estas versiones, Marcabrú era expósito. Encontrósele cierto dia un hombre rico á la puerta de su casa, y jamás se supo ni quién era ni de dónde venía. Aldric de Villar era de Carcasona, y al encontrarse con aquel niño expuesto á su puerta, lo mandó criar y educar. Jóven ya, se separó de su bienhechor para ir á vivir con el trovador Cercamons, que fué su maestro en canto y poesía. Entónces se le conocia por *Panperdut*, despues tomó el nombre de Marcabrú. Llegó á adquirir gran celebridad por sus versos, pero era maligno y mordaz, lo cual le valió que el castellano de Guion, de quien habia hablado muy mal, le hiciera matar.

La otra version es completamente distinta. Segun ésta, Marcabrú era gascon, hijo de una pobre mujer que se llamaba María Bruna, creció en fama y honor, visitó muchos países, fué protegido de los grandes y alcanzó una edad avanzada.

Esta version está más conforme con lo que del trovador ha logrado saberse y con lo que él mismo dice en una de sus poesías:

Marcabruns, lo filh Na Bruna...

La tercera version, es puramente una novela fantástica de Nostradamus. Al decir de éste, Marcabrú era un noble caballero del Poitou, y se fué á residir en Provenza con su madre, que era de la ilustre familia de Chabot. Esta dama, excelente poetisa, tuvo corte de amor en Aviñon, habiendo llegado Marcabrú á ser tan buen poeta como ella. Ambos florecian en Aviñon, cuando el pontificado de Clemente VI, y se supuso por algunos que las invectivas de Petrarca contra Roma, tenian por objeto la madre de Marcabrú, designada por aquel gran poeta bajo el nombre de Roma y llamada *la avara Babilonia*, el *nido de traicion*, la *fuente del dolor*, etc.

Todo esto es naturalmente una pura ficcion.

Por las propias poesías de Marcabrú y por las citas de sus contemporáneos, se ve que vivió dos siglos ántes de lo que supone Nostradamus.

Pedro de Auvernia cita á Marcabrú como su contemporáneo, y Ramon Jordan, que vivia en 1200, habla de él como de un antiguo maestro.

Pero la prueba irrecusable está en la composicion escrita por Marcabrú para levantar los ánimos en favor del rey de Castilla Alfonso VII, cuando éste se decidió á emprender la conquista de Almería, la cual tuvo lugar en 1147, habiendo escrito muchísimo ántes nuestro trovador su canto llamado de la *Piscina*.

Debió escribirse esta composicion allá por los años de 1145 ó 1146 todo lo más, y aún es posible que ántes de estas fechas; ya entónces estaba Marcabrú en el pleno de sus facultades poéticas, y habia ya de tener nombre y autoridad como poeta para atreverse á la propaganda que de su canto se desprende. Hay, pues, que fijar la época de este poeta aun ántes de aquella en que la fija Federico Diez. Su carrera poética debe estar comprendida entre 1110-1120 y 1180-1190, por lo ménos.

No fué Marcabrú el primer trovador que haya existido, como dice un manuscrito, pero hay que considerarle entre los más antiguos. Todo induce á creer que alcanzó la época de Guillermo de Poitiers duque de Aquitania, y fué por consiguiente contemporáneo de éste, lo cual hace que el manuscrito provenzal que le da como el primer trovador conocido, se acerque algo á la verdad.

Debió llegar Marcabrú á una edad avanzada, pues en una de sus poesías hay una alusion evidente á Alejo II, que subió al trono bizantino en 1180, siendo muy jóven. «Un jóven ha llegado á ser emperador por su riqueza,» dice:

Quan per aver es un gartz emperaire.

Más de cuarenta son las composiciones que de este trovador nos quedan, y por ellas se puede rastrear algo de su larga, laboriosa y agitada vida.

Debe, sin embargo, empezar por confesarse que algunas de sus poesías son verdaderamente ininteligibles, no tanto por los muchos errores de copia que debe haber en ellas, cuanto porque Marcabrú parecia querer hacer consistir el gran mérito de una obra poética en el *trobar clus*. Tan al vivo llevó la práctica en algunas de sus obras, que han quedado cerradas á la inteligencia de espíritus tan elevados como Raynouard y F. Diez.

Como luégo veremos, hay excepciones. No faltan poesías de Marcabrú que se distinguen por su sencillez y claridad.

Contra la costumbre de los trovadores, Marcabrú parece haber sido enemigo del bello sexo. En su lira no está la cuerda del amor. Al contrario, maldice de él en una de sus más notables poesías por cierto, que luégo se publicará, y en ella dice categóricamente, haciendo ostentacion y gala, que ni amó nunca á ninguna mujer ni de ninguna fué tampoco amado:

> Que anc non amet neguna,
> ni d' autra no fon amatz.

Se distingue en esto de los demás poetas de aquellos siglos, y es que Marcabrú era un trovador esencialmente político.

Sus composiciones en general, son las de un hombre que se cree superior á los que le rodean, y si esto puede indicar un amor propio poco modesto ciertamente,

tambien puede ser hijo del convencimiento de creer á la inteligencia superior á la fuerza, que era el gran culto de aquella edad.

En algunas de ellas moraliza de una manera que hiere; en otras usa una libertad de lenguaje que ofende; en otras hace gala de un cinismo que repugna, pero algo hay en todo esto que merece achacarse á los vicios y costumbres de la época, más que á los de un autor que vale la pena de ser estudiado muy á fondo, que tiene alto criterio y superior talento, y que ni es digno de ser juzgado con ligereza, ni acreedor al desdén y á la saña con que es tratado por alguno.

Existe una *pastorela* de Marcabrú que, teniendo todo el corte de una poesía galante, no lo es ni poco ni mucho. Dentro del género de las *pastorelas*, es una poesía verdaderamente original, como todas las de este autor, que es, entre los trovadores, el que tiene sello más marcado de originalidad.

Esta *pastorela* consta de doce estrofas, pero voy sólo á dar un fragmento de ella, suficiente para formar idea.

«El trovador ve junto á una sabina una pastora jovial y hermosa que, como hija de aldeana, llevaba capota, sayas y pieles, una camisa muy aseada, zapatos y medias de lana.»

L' autr' ier just' una sebissa
trobei pastora mestissa
de jos et de son massissa.
Si com filha de vilana,
cap' e gonel' e pelissa,

vest e camiza treslissa,
sotlars e caussas de lana.

«Dirígese á ella atravesando el valle y le dice:—Graciosa y encantadora jóven, me da pena ver como os molesta el viento.—Señor, le contesta la villana, gracias á Dios y á mi nodriza me importa poco el viento, pues que tengo alegría y salud.»

Ves leis vau per la planissa:
—Toza, fi 'm reu, res faitissa,
dol ai gran dei ven que 'us fissa.
—Senhor, so 'm dis la vilana,
mercé Dieus e ma norissa
pauc m' o pretz si 'l ven m' erissa,
qu' alegreta soy e sana.

«Marcabrú continúa y le dice que ella debe ser una aldeana bien educada, y que su padre debe haber sido un caballero que la habrá tenido en alguna dama de la ciudad, entregando despues el fruto de sus amores á alguna familia campesina, pero á esto contesta con mucha oportunidad la jóven:—«Señor, á todos los de mi linaje y familia, les veo ir y volver ocupados siempre en el trabajo y en la labor del campo, y por cierto, que tal caballero hay que debiera hacer lo que ellos, los seis dias de la semana.»

Dom, tot mon linh e mon aire
veu revenir e retraire
al' resoig et a l' araire,
senher, so 'm dit la villana:
mas tal se fa cavalgaire,

qu' altretal deuria faire
los VI jonrs de la semana.

«El poeta ofrece entónces su amor á la pastora é intenta requebrarla, pero ella le rechaza con aspereza, y el galan exclama: — «Muchacha, nunca ví con tan bello semblante otra más desdeñosa ni de corazon más duro.»

Toza, de vostra figura
no vi autra plus tafura
ni de son cor plus trefana.

A lo cual responde la pastora, que aquél que tiene aún un camino por delante, no debe detenerse, pues hay quien pierde el tiempo en la copia, miéntras otro lo aprovecha en el original.

Dom, lonh avetz; no s' atura:
que tal bad' en la penchura,
qu' autre n' espera la mana.

II.

Marcabrú debió residir largo tiempo en Castilla, de cuyo monarca Alfonso VII hubo de ser familiar y protegido. El reinado de Alfonso llamado *el Emperador*, fué de 1126 á 1157.

Todo induce á hacernos creer que, cuando el monarca castellano de acuerdo con su cuñado el conde de Barcelona, proyectaba contra Almería la expedicion que hubo de llevarse á cabo en 1147, se valió del trovador Marcabrú para levantar el espíritu público entre

los señores del Mediodía, á fin de que le ayudaran en su empresa contra los moros.

El poeta fué en esta ocasion un agente político de Castilla (1).

Con el objeto dado de inducir á los barones de allende los Pirineos, sobre todo á los de Guiena y Poitou, á tomar parte en la cruzada concebida por Alfonso de Castilla y Ramon Berenguer de Barcelona, compuso Marcabrú su canto llamado de la *Piscina*, nombre emblemático de la cruzada proyectada contra Almería, la cual, al decir del poeta, debia ser el *lavadero* donde quedaran limpios y lavados de culpas y pecados cuantos en ella tomaran parte.

Este canto del poeta, tan raro y original como vigoroso y levantado, es uno de los primeros en su clase que se conocen, pues sólo más tarde aparecieron los rudos y salvajes *serventesios* de Beltran de Born. Si este canto es, como sospecharse puede, la primera muestra y sin duda el modelo de los de su género, no queda duda entónces de que á Castilla pertenece la iniciativa de aprovechar la poesía provenzal y el canto de los trovadores como medio político de levantar el espíritu público en aquellos apartados tiempos.

Es indudable, basta para esto leerlo, que el canto de Marcabrú fué escrito bajo la inspiracion de Castilla y para ayudar sus corrientes políticas. Bien puede, por lo mismo, encontrarse en este canto el primero de los *ser-*

---

(1) Véase en el Discurso preliminar el capítulo referente á la poesía provenzal en Castilla y en Leon.

ventesios políticos, y el orígen de este género de poesía entre los trovadores.

Hé aquí esta composicion bajo muchos conceptos verdaderamente notable, debiendo advertir que, casi ininteligible en algunas partes, se ha procurado que la traduccion guardase toda la posible fidelidad.

«ASÍ COMIENZA MARCABRÚ, QUE FUÉ EL PRIMER TROVADOR QUE HUBO.

»Paz en nombre del Señor. Marcabrú compuso la letra y el canto. Oid lo que dice. A la gracia del Señor celestial debemos que cerquita de nosotros haya una *Piscina* que nunca la hubo igual á excepcion de Ultramar, allá hácia Josafat; y con esta de acá nos consuela.

»Lavarnos debiéramos de noche y de mañana, segun es de razon y yo os afirmo. Todos tienen ocasion ahora de lavarse, y miéntras que están sanos y salvos, debieran acudir á la *Piscina*, que es verdadera medicina para nosotros, pues si ántes nos sorprende la muerte, caeremos desde lo alto en un profundo abismo.

»Pero la codicia y la incredulidad no quieren ser compañeras de la juventud. ¡Ay! ¡Cuánto dolor causa el ver que todos buscan los placeres por donde se va al infierno! Si no corremos á la *Piscina* ántes de que se nos cierren los ojos y la boca, no habrá nadie, por grande orgullo que tenga, que no encuentre su castigo.

»El Señor, que sabe cuanto es, y todo cuanto ha de

ser y fué, nos reclama con el honor y el nombre del emperador. ¿Y sabeis qué pureza será la de los que vayan á la *Piscina?* Pues más puros serán y más bellos que la estrella que guia las naves, con tal que venguen á Dios de las ofensas que se le hacen aquí y allá, hácia Damasco.

»Cundió tanto el linaje de Cain, del primer hombre felon, que ya aquí nadie honra á Dios; pero ahora vamos á ver quién le será amigo de corazon, pues con la virtud de la *Piscina* Jesús comunicará con nosotros y se convertirán aquellos que creen en agüeros y sortilegios.

»Los lujuriosos, que sólo disfrutan con la bebida, la comida y los placeres, caerán á mitad del camino y exhalarán fetidez, que Dios quiere probar en su *Piscina* á sanos y esforzados. Aquellos podrán quedarse en sus casas, pero hallarán quien de ella les arroje para vergüenza suya.

»En España, y aquí el marqués (el conde de Barcelona), y los del templo de Salomon, sufren el peso y la carga de los paganos soberbios, por lo cual la juventud coge menguados lauros, y Cristo, por causa de esta *Piscina*, hará caer sus iras sobre aquellos poderosos caudillos, menguados, degenerados, que no aman júbilo ni deporte.

»Desnaturalizados serán los franceses si reniegan de la causa de Dios, que bien sabe Antioquía cuál es su prez y valor. Aquí lloran Guiena y Poitou, Señor Dios, junto á tu *Piscina*. Da paz al alma del conde y sea guarda de Poitou y de Niort el Señor que resucitó del sepulcro.»

ASSI COMENSA MARCABRÚ
QUI FO LO PREMIER TROBADOR QUE ANC FOS.

Pax in nómine Domini.
Fes Marcabrús los mos e 'l so;
auiatz que di:
Cum nos á fatz per sa dousor
lo Segnorius celestiaus
propet de nos un LAVADOR,
c' anc for outramar non fon taus,
endelai envés Josaphat,
e d' aquest de sai nos conort.
Lavar de ser e de maití
nos deuríam segon razó.
Je-us o afí.
Chascuns a del levar legor,
de mentre qu' el es sas e saus,
deuria anar al LAVADOR
que-ns es verais medicinaus,
que s' abans anem a la mort
d' aut e saus aurem alberch bas.
Mas escarsedatz e no fes
par ioven de son compaignon.
¡Ai cals dols es
que tuich volon lai li pluzor
don lo gazaings es efernaus!
s' ans no correm al LAVADOR
c' aiam la boca ni 'ls oills claus,
non i a un d' orgoil tan gras
c' al morir non trob contrafort.
Qu' el Séigner que sab tot cant es
e sap tot quant er e c' anc fo
nos a promés

l' onor e nom d' emperador,
e ¿ill beutatz será sabés caus
que cill qu' iran al LAVADOR?
plus que l' estella guazignaus,
ab que vengen Dieu del tort
que il fan sai lai ves Domás.
Probet del linatge Caí
del primeiran home felló
atan ací
c' us a Dieu no porta honor;
veirem qui l' er amic coraus
c' ab la vertut del LAVADOR,
nos será Ihesús comunaus
e tornatz los garsós atras
qu' en agur crédon et en sor
E ill luxoriús corna-vi
coita-diznar, buffa-tizó
crup en camí
remanran e feran pudor
e Dieu vol los arditz e' ls saus
assaiar a son LAVADOR;
e cill gaitaran los ostaus;
e trobaran fort contrafort
per so qu' en a lor onta' ls chas.
En Espaign', e sai lo marqués
e cill del temple Salomó
sofron lo pes
e' l fais del orgoill paianor,
por que iovens cuoill avol laus,
e Crist per aquest LAVADOR
venra sobr' els plus ric captaus
fraic, faillit, de proesa las,
que non amo joi ni deport.
Desnaturat son li francés
si del afar Dieu dizon no

qu' en sai cum es
Antiochia pres e valor.
Sai plora Guian e Peitaus,
Dieu Seigner, al tieu LAVADOR.
L' arma del comte met' en paus
e sai gart Peitieus e Niort
lo Seigner qui resors del vas.

Los países de Gascuña y Poitou, permanecieron sordos al canto del trovador, quien se encaminó entónces á Castilla, segun se desprende de un nuevo *serventesio* político que dirigió al monarca castellano y á los pueblos de España.

En este nuevo canto, Marcabrú se muestra descontento de los barones que al otro lado de los Pirineos permanecieron sordos á su voz; les acusa de codicia, envidia y molicie; é incita al emperador á continuar sus empresas, y á acabar con los almoravides, diciéndole que es el escogido de Dios para vengarle del linaje de Faraon.

Dice así:

«Emperador, por mí propio he podido juzgar de cuanto crece vuestra proeza, pues que no he sido tardo en venir, y veo que el júbilo os anima y aumenta vuestra prez y que la juventud os conserva fresco y lozano dispuesto á emplear vuestro valor.

»Pues que el Hijo de Dios os escoge para vengarle del linaje de Faraon, mucho debeis alegraros de ello. Allende los puertos, faltan los barones de más altura y más riquezas. ¡Así Dios no les deje gozar de ellas!

»Pero puesto que entre los de acá hay los bastantes

para su España y el sepulcro, poco os debe importar, y debeis rechazar á los sarracenos, y humillar su orgullo, que Dios estará con vos y os ayudará.

» A los almoravides, les alegra la conducta de los barones de allá de los puertos, quienes están urdiendo una tela de envidias y de engaños, aguardando cada uno la muerte del otro para despojarle.

» Pero tambien quedarán deshonrados los ricos de allá, que aman el descanso y el abrigo, el muelle yacer y el suave dormir, miéntras que aquí nosotros, segun lo que se predica, conquistaremos por gracia de Dios, honores, hacienda y mérito.

» Demasiado se ocupan de sí mismos y de sus riquezas, aquellos que no tienen vergüenza, y yo les digo que de seguro les sacarán un dia de sus palacios con la cabeza atrás y los piés delante.

» Marcabrú casi se desespera cuando ve á la juventud faltar á su deber por afan de riqueza, y aquel que más dado es á atesorar cuando llegue su último bostezo, verá que mil marcos no le valen más que un ajo, y la muerte le llenará de hedor.

» Con el esfuerzo de Portugal, y tambien con el del rey de Navarra, con sólo que Barcelona se vuelva hácia la imperial Toledo, seguros podremos gritar ¡ Real! y derrotar la gente pagana.

» A no venir tan crecidos los rios, mal les iria á los almoravides, y bien pudiéramos asegurárselo; pero si aguardan la vuelta de los calores, y el poderío de Castilla, haremos palidecer á los cordobeses.

» Pues que Francia, Poitou y Berry obedecen á un

sólo señorío, vengan aquí á tributar á Dios su feudo, que yo no sé por qué vive un príncipe si no está dispuesto á cumplir con Dios y con su feudo.»

Emperaire, per mi mezeis,
sai quant vostra proeza creis,
no'm sui jes tardatz del venir,
que jois vos pais e prez vos creis,
e jòvens vos ten baud e freis
que fai vostra valor doucir.
Pois lo fils de Dieu vos somó
qu' el vengetz del ling Faraó,
ben vos en devetz esbaudir;
contra 'ls portz faillon li baró,
li plus de conduich e de do,
e ja Dieu no 'ls en lais jauzir.
Mais entr' els de lai es remás
ad ops d' Espaigna e del vas;
en devetz ben l' afan soffrir,
e 'ls sarrazis tornar atrás,
e de l' aut orgoill forvenir,
e Dieu er ab vos al fenir.
Als amoravís fai conort
per las poestatz d' outra 'l port,
c' ant pres una tella ad ordir
de draps d' enueia e de tort,
e ditz cadaús c' a sa mort
's fará de sa part desvestir.
Mais de lai n' ant blasme li ric
c' ámon lo sojorn e l' abric,
mol jazer e soau dormir,
e nos sai, segon lo prezic,
conquerem de Dieu per affic
l' onor e l' aver e 'l merir.
Trop si van entr' els cobeitan

aicill que vergoigna non an,
e's cúian ab l' ave cubrir;
et eu dic lor, segon semblan,
qu' el cap derrier e 'ls pes avan
los coven dels palaitz issir.
Per pauc Marcabrús non trasaill
de joven, can per aver faill;
e cel qui plus l' ama acuillir,
can venrá al derrier badaill,
e mil marcs non daria un aill,
si lor fará la mortz pudir.
Ab la valor de Portegal
e del rei navar atretal;
ab sol que Barselona 's vir
ves Toleta l' emperial,
segur poirem cridar ¡reial!
e paiana gen desconfir.
Si no fósson tan gran li riu,
als amoravís fora esquiu,
e pógram lor ó ben plevir,
e s' aténdon lo recaliu
e de Castella 'l seignoriu,
cordoail farem magrezir.
Mas Fransa, Peitau é Beriu
aclina un sol seignoriu,
venga sai Dieu son fieu servir;
qu' eu no sai per que princes viu,
s' a Dieu no vai son fieu servir.

Por el texto de esta poesía quedan demostradas tres cosas.

La primera, que el autor la escribió estando en Castilla.

La segunda, que es anterior á la conquista de Alme-

ría, pues se lamenta de la frialdad con que los barones de más allá de los montes han recibido la cruzada, é incita á Alfonso á llevarla á cabo con el solo apoyo de los suyos y el de Barcelona, Navarra y Portugal. Este último que estaba comprometido para la empresa, faltó sin embargo, siendo evidente por lo mismo que Marcabrú escribió su poesía cuando se contaba con su auxilio, lo propio que con el del barcelonés y del navarro, que lo prestaron en efecto.

La tercera es que hablándose en esta composicion de los almoravides, cuya dinastía terminó en 1149 derribada por la de los almohades, desaparecen y caen por su base cuantos argumentos se han hecho para demostrar que Marcabrú vivia en tiempos de D. Alfonso X.

La empresa contra Almería se llevó á cabo en 1147, segun queda dicho, y el éxito más satisfactorio coronó los esfuerzos del monarca castellano y del conde barcelonés. Nuestro poeta debió formar parte de la expedicion, y continuar luégo en Castilla ó regresar á ella más tarde, y hasta vivir en ella largas temporadas, pues se le ve afecto á las cosas de estos reinos, gozando del favor y proteccion de sus monarcas.

Forzosamente debia Marcabrú ser de muy avanzada edad cuando se ocupó en otra poesía de un Alfonso de Aragon, de otro de Leon y del conde de Poitiers. Hubo de ser escrita esta poesía, por los sucesos á que hace referencia, despues de 1180, siendo los personajes á que se refiere, Alfonso II de Aragon *el Casto*, Alfonso VIII *el de las Navas* y Ricardo *Corazon de leon*, rey de Inglaterra, conde entónces de Poitiers.

En esta composicion, que pertenece al número de las difíciles de comprender entre las de este autor, ensalza al conde de Poitiers,

> Coms de Peiteus vostra pretz s' assegura,

y habla de cierta manera confusa de la intervencion de Alfonso el aragonés en las cosas de Provenza, pero dice con gran claridad, que si este Alfonso se mantiene reservado y retraido, conoce en cambio en Leon á uno que es gentil, franco con oportunidad, cortés y dadivoso.

> S' aquest N' Anfós fai contenensa pura,
> ni envas mi fai semblan de frachura,
> lai, ves Leó, en sai un de bon aire,
> franc de sazó, cortés e larc donaire.

III.

Difíciles son de comprender, y mucho más de traducir, ciertas composiciones políticas de Marcabrú, pues sobre ser referentes á sucesos particulares de aquellos tiempos, sólo confusamente llegados hasta nosotros, deben indudablemente estar plagadas de errores de copia que trastornan por completo el sentido y la idea del autor.

Hay entre estas composiciones, sin embargo, una que no sólo es clara y perfectamente traducible, sino que es verdaderamente notable, muy original y muy intencionada. Se refiere, sin duda de ninguna clase, á la célebre y funesta cruzada emprendida por Luis VII de

Francia, el primer marido de Leonor de Aquitania, y la idea del autor no puede ser más transparente, aunque velada con exqüisita delicadeza y con superior talento.

Dice así:

«Cabe la fuente del jardin, allí de donde se escapa el arroyo que se abre paso por la pradera, á la sombra de un árbol frondoso que se adorna con hermosas flores y es nido de cantadoras aves, encontré sentada y solitaria á aquella que un dia se negó á mis instancias.

»Era una gentil damisela, hija de un noble baron. Creí que estaba entretenida en oir el canto de los pájaros y en recrear su vista con las flores que señalan la llegada de la dulce estacion, pero luégo reconocí que era otra la causa, al observar que no atendia á mi presencia.

»Las lágrimas de su ojos se mezclaban con las aguas de la fuente; su corazon estallaba en suspiros, y decia:—«Oh Jesús, rey del mundo, vos sois el que tales dolores me envia y el que es causa de que mi alma se haga pedazos, pues que para serviros parten los mejores del mundo, y esto os agrada.

»Por vos ha partido mi dulce y gentil amigo, mi noble y valiente caballero, dejándome sólo profunda tristeza, amargo llanto y ardientes deseos de volverle á ver. ¡Ah! ¡maldito sea el rey Luis, cuyo llamamiento ha hecho que nuestros nobles partiesen y que el dolor viniera á echar raices en mi corazon!»

»Oyendo yo estos lamentos, me acerqué á ella.—«Mi gentil amiga, le dije, lágrimas muy amargas cor-

ren por vuestras mejillas y roban vuestros colores. ¿Por qué entregaros á tal desesperacion? Aquel que torna la vida y el perfume á las flores, puede tambien tornaros la dicha.»

—«Señor, respondió ella, quiero creer que Dios tendrá piedad de mí en la otra vida, pues á más grandes pecadores perdona, pero me roba mi alegría y mi dicha. ¡Ay! aquel que pudo abandonarme así, no debia quererme mucho!»

Al lado de esta bellísima y delicada composicion, Marcabrú tiene otras que asombran por su realismo y por su desnudez, por la rudeza de su forma, por la amargura de su fondo, y algunas hasta por la obscenidad de sus palabras.

Las poesías á que me refiero son de un género especial, tienen un carácter propio y se apartan de las demás composiciones trovadorescas. No parece sino que Marcabrú, á más de fijar en ellas su nombre, ha querido imprimir su sello.

No dice todo lo que se le antoja, pero dice todo lo que siente, y lo dice con toda la rudeza y tambien con toda la desnudez de la frase. Presenta el cuadro sin tratar de embellecerlo, sin buscarle forma ni color, sin velo ni reticencias, sin rodeos de ninguna clase. Llama á las cosas por su nombre, pinta los vicios en toda su deformidad y los condena con la misma aspereza con que los presenta. No parece sino que Marcabrú escribió estas poesías como pintaba el Greco, á brochazos.

Una de estas composiciones la consagra á manifestar que ha visto nacer un árbol gigantesco, el cual extiende

sus ramas y follaje por todo el mundo, en todas las direcciones, pasando por encima de los montes y alcanzando á todos los países. Es el árbol de la maldad, de tan hondas y extraordinarias raíces, que no es posible derribarle, viéndose á príncipes y reyes, condes y almirantes, damas y caballeros, señores y vasallos, abrazarse á este árbol y colgarse de él tan estrechamente como si fuera el árbol de la vida.

Totz lo segles es encombratz
per un albre qu' i es nascutz,
autz e grans, brancuts e foilhatz,
et á meravilla cregutz
et a si tot lo mon perprés
que, vas neguna part no 'm vir,
no veia del rams dos o tres.
Empero aissi es levatz,
e vas totas partz espandutz,
que lai, d' outra 'ls portz, es passatz
en Fransa, et en Peitau vengutz;
qu' el es intrat en tal defés,
e dic ver, segon mon albir,
on tenrá sa verdor jassés.

En otra poesía exclama:

«El mundo entero está entregado al mal, y el ejemplo procede de los príncipes. Sus larguezas son para los malvados. Derecho y justicia no tienen razon de ser, puesto que el dinero eleva á los hombres más viles hasta los primeros puestos. Los señores, siendo aconsejados por gente sin honra, son embusteros, fanfarrones, libertinos y malvados. Encierran á sus mujeres y confian cán-

didamente su guarda á esos villanos, y sus hijos participan de la naturaleza y de las inclinaciones de éstos.

»Los trovadores son esclavos de la adulacion, las mujeres han perdido la vergüenza, y sólo reina la licencia. En otros tiempos era para los maridos una grande pena la de ver á extraños en su nido, pero hoy se regocijan de esto. En otros tiempos, no se vanagloriaba nadie de sus buenas fortunas; hoy se hace gala de ello con impudencia. Los casados se ponen cuernos unos á otros, y hay quien cree guardar mucho á su mujer miéntras se entiende con la de otro, sin saber que el otro hace lo mismo con la suya.

»Por cada mil hombres honrados que ántes habia, apénas si hoy queda uno tan sólo. Buscando entre todos, grandes y pequeños, no se encuentra uno solo que quiera dar un auxilio á los pobres y á los huérfanos.»

Hé aquí cómo se espresa en una de sus composiciones acerca de los amores fáciles, y qué pintura tan al vivo hace de las cortesanas:

«Hay falsas y ardientes mujeres que venden á cualquier hombre que se fia de ellas, burlándose de los insensatos que se dejan prender en el lazo de sus sonrisas. Ya Salomon dijo de esas mujeres que al principio son dulces como la miel y amargas luégo como el acibar.

»Arruinan al hombre más rico, y despues de haberle despojado le abandonan y se mofan de él. Gracias aún que á este precio pueda desembarazarse de ellas. Hacen muchos halagos á aquellos que quieren despojar, y les despiden cuando los han hundido en la miseria.

»Al propio tiempo que tan fáciles son con otros, se

hacen las hipócritas con éstos, para venderse á más alto precio. No hay más que mentira en amor. El dinero lo lleva por donde quiere, y por dinero se deja á los más honrados para entregarse á los más viles.

»Si no teneis dinero, guardaos de enamoraros. Amor maldito, que te has hecho comerciante, vete al diablo!»

Pero, con respecto al amor, Marcabrú tiene una poesía de un género raro, que á ninguna se parece, que lleva su sello distintivo, su marca de fábrica, y que es necesario traducir palabra por palabra y verso á verso para dejarle su sabor de originalidad.

Dice así:

Hambre, mortandad y guerra
no hacen tanto mal en el mundo,
como Amor aliado con la astucia.
Oid!
Cuando os verá en el sepulcro,
ni siquiera se humedecerán sus ojos.
Yo os diré las astucias de Amor:
á uno le mira, al otro le guiña,
á éste le besa, á aquél le halaga!
Oid!
Os parecerá un fuego ardiente
por poco que á él os acerqueis.
El amor es como la chispa
que, prendiendo á la mecha,
lleva tras de sí el incendio.
Oid!
No sabe á donde escapar
aquel que se halla envuelto en fuego.
Antes Amor era derecho;
hoy anda torcido y cojo,

y ha tomado tal costumbre,
oid!
que allí donde no muerde, lame
con más aspereza que un gato.
Quien se alia con Amor
se une al diablo.
No há menester más palo que lo azote.
Oid!
No siente más que aquél que se rasca
hasta despellejarse vivo.
¿Creeis vosotros que no conozco
si Amor está ciego ó tuerto?
Sus palabras son dulces y melosas,
oid!
pica más ligeramente que una mosca;
pero no hay herida más difícil de sanar.
Marcabrú, el hijo de dama Bruna,
fué engendrado en tal luna
que sabe de amor lo que nadie,
oid!
y sin embargo ni amó á ninguna
ni de ninguna fué amado.

Fams ni mortaldatz ni guerra
no fai tan de mal en terra
com Amors qu' ab engan serra.
Escoutatz!
Quan vos veirá en la bera,
no será sos huelhs mulhatz.
Diraivos d' Amor cum sinha:
de sai guarda, de lai guinha,
sai briza, e lai rechinha
Escoutatz!
Be us semblará fuec de linha,

sol la coa 'l rozatz.
Amors es com la beluga
que coa 'l fuec en la suga
art lo fust e la festuga.
Escoutatz!
Puei no sap en qual part fuga
sel qui del fuec es guastatz.
Amors solia esser drecha,
mas ara s' es torta e brecha
et a culhida tal decha;
escoutatz!
que, lai on no mort, ilh lecha;
pus asprament no fai chatz.
Qui ab Amor pren barata
ab lo diables s' acata:
no cal qu' altra verga 'l bata.
Escoutatz!
Plus non sent que selh que 's grata
tro que s' es vius escorjatz.
¿Cuiatz vos qu' ieu non conosca
d' Amors si 's orba o losca?
Sos fatz aplana e tosca;
escoutatz!
plus suau ponh qu' una mosca,
mas pus greus n' es hom sanatz.
Marcabrús, lo filhs Na Bruna,
fo engendrat en tal luna
qu' el saup d' amor qu' om degruna,
escoutatz!
que anc non amet neguna
ni d' autra no fon amatz.

Hé aquí, por fin, y siempre en su género característico, una poesía que, por parte del autor de la *Sátira provenzal*, y del mismo Millot, ha sido objeto de amar-

gas y crueles censuras, á causa sin duda de haber tomado al pié de la letra y en sentido recto lo que dice el autor, cuando, si no me engaño, debe tomarse en sentido figurado.

En efecto, la composicion es una sátira sangrienta y una amarga y continuada ironía. El poeta dice de qué modo vive y obra, pero por poco que se fije la atencion, se comprenderá que lo que quiere decir es de qué modo viven y obran los demás. La cosa aparece tan clara, que no se comprende cómo aquellos autores distinguidos han podido tomar como personal, como retrato del autor, como cínica confesion de sus ideas lo que evidentemente es una enérgica censura de los hombres de su tiempo.

Dice así:

«Gracias doy á Dios y á San Andrés, de haberme dotado con más buen sentido que á los demás, y esto que digo voy á probarlo.

»Yo no soy de aquellos á quienes fácilmente se engaña. Cómo el pan del loco, que es caliente y sabroso, miéntras aguardo á que esté cocido el mio, é ínterin dura, doy á quien me lo ofrece pruebas de una amistad inalterable, pero me burlo de él tan pronto como lo he comido.

»Nadie me aventaja en el combate Breton (la lucha cuerpo á cuerpo) y en la esgrima, pues me ingenio de manera que doy sin recibir, y sé herir sin que me hieran.

»Cazo cuando quiero en las propiedades ajenas, y cuido de que nadie lo haga en las mias. Los perros de los demás, son los que cazan para mí.

»Tengo á mano toda clase de artificios y recursos ingeniosos. Por un lado atizo el fuego, por otro llevo el agua para apagarlo. Así es como quiero vivir y morir...

»Mi feudo está bien situado y defendido, lo tengo con buenas empalizadas, de tal manera que es inexpugnable.»

Evidentemente en esta poesía, el autor se propuso asumir como propios, haciendo que la censura resaltase de la alabanza, los vicios y defectos de los demás.

A mi juicio, cosa es ésta que salta á la vista.

MARÍA DE VENTADORN.

En los artículos referentes á Gancelmo Faidit y Guido de Visel, se ha hablado extensamente de esta dama que trovaba tambien y que en las *Vidas de los trovadores* tiene consagrados unos párrafos, que prefiero traducir al pié de la letra para dejarles todo su sello característico.

»Ya habeis oido hablar de María de Ventadorn, que fué la dama más estimada que hubo jamás en el Lemosin, aquella que hizo más bien y que mejor supo preservarse de mal. Ayudóla siempre en todo su buen sentido, y nunca sus pasiones la empujaron á hacer ninguna locura. Dios la habia honrado con gentil presencia y agudo ingenio.

»Guido de Visel habia sido desdichado con su dama, segun ya sabeis por su cancion que dice:

Si be 'm partetz, mala domna, de vos...

y á causa de esto vivia sumido en el dolor y en la tristeza. Hacía ya mucho tiempo que no cantaba ni trovaba, lo cual afligia mucho á todas las bellas damas de la comarca, y más que á ninguna á María, porque Guido de Visel la encomiaba en todas sus canciones. El conde de la Marca, aquel á quien llamaban Hugo, era su caballero, habiéndole ella otorgado tanto honor y amor como puede otorgar una dama á un caballero. Cierto dia que andaba él agasajándola, surgió entre ámbos una riña á consecuencia de pretender el conde que todo amante verdadero, despues de merecer el amor de su dama y haberle aceptado ésta por caballero y amigo, siendo leal y fiel, debia tener tanto dominio y mando en ella como ella en él. Maria, por lo contrario, sostenia que el amigo no debe tener sobre su dama dominio ni mando alguno. Hallábase entónces Guido de Visel en la corte de María de Ventadorn, y ésta, para obligarle á trovar, le retó por medio de una *tension* presentándole el caso de si el amigo debia ejercer sobre su dama tanto dominio como ella sobre él.»

A esto se reduce lo que de la dama de Ventadorn dice el manuscrito provenzal que trata de los trovadores.

Para conocer la *tension* á que hace referencia y para saber otras particularidades relativas á esta dama galante, puede acudir el lector á los artículos de Gancelmo Faidit y Guido de Visel.

MATFRE ERMENGAUT.

I.

Maitre Ermengaud le llamaron algunos, confundiendo el *maitre* con el *Matfre*, lo cual es facilísimo tratándose de los manuscritos de aquella época; pero no era *maitre*, es decir, maestro Ermengaud, sino Manfredo Ermengaud.

Oriundo de Beziers, segun el mismo dice en su *Breviario de amor*, ha sido colocado por Gabriel Azais en el ciclo de los trovadores de Beziers, habiendo recogido relativamente á él cuantas noticias pueden estar al alcance de un pertinaz, inteligente y laborioso investigador, dotes que caracterizan al Sr. Azais.

De las investigaciones hechas por éste, parece resultar que Manfredo, despues de haber llevado por algun tiempo la vida libre del trovador, acabó por hacerse fraile entrando en la órden de menores, despidiéndose con esto del siglo y de las letras.

Antes de esto, Manfredo se llamaba á sí propio *señor de leyes y sirviente de amor.*

Matfres Ermengaus de Bezers,
senher en leys et d' amor sers.

Floreció á últimos y no principios del siglo XIII, y existe algun dato para creer que vivia aún en 1322. No quedan de él más que dos poesías y su voluminosa enciclopedia titulada *Breviari d'amor* que por confesion propia comenzó en 1288 y en la cual seguia trabajando todavía al cabo de un año.

Nada más se ha podido averiguar con relacion á este trovador, que parece haber pertenecido al grupo de aquellos poetas escolásticos que figuraron en el período de la decadencia de los trovadores. No brilla ciertamente Manfredo Ermengaud por su ingenio superior ni por el elevado espíritu que abria ancho campo y alto vuelo á la imaginacion de los trovadores; al contrario, es difuso, tambien confuso, y de sobra escolástico; pero tiene grandes dotes y cualidades y una circunstancia existe que basta y bastaria á darle nombre: la duda de que Dante pudiera haber hallado en el *Breviario de amor* la idea generatriz de su *Divina Comedia.*

No lo cree así Gabriel Azais, que ha hecho del *Breviario de amor* un estudio profundo y completo en la eruditísima introduccion que precede á aquella obra comenzada á publicar por la Sociedad Arqueológica de Beziers; pero aun cuando es muy de atender, por autorizada, la opinion respetable de Azais, algo hay en el *Breviario de amor* que puede dar fuerza á la opinion de los que

creen, en efecto, que Dante tuvo presente al escribir su obra inmortal la vasta enciclopedia del modesto trovador de Beziers. De todos modos, singular es que el mismo Azais encuentre á cada paso, en fondo y en detalles, puntos de semejanza entre el poema provenzal y el italiano; que tenga que comentar la obra de Manfredo con frecuentes citas del Dante, y que se avenga á confesar que uno y otro, el gran poeta y el oscuro trovador, pudieron acaso coincidir en arrancar su idea y su inspiracion de un mismo orígen, de alguna leyenda á sus obras anterior y á la posteridad desconocida.

De las dos poesías sueltas que de Manfredo Ermengaud nos quedan, la una es un *serventesio* político; la otra una cancion de amor, escritas ambas, sin duda alguna, como de ellas mismas se desprende, ántes de que el poeta entrara en religion.

Su cancion tiene algo de oscuro y de metafísico, y parece obedecer á la idea que le hizo crear el *Arbol de amor* en su *Breviario*. En esta poesía de Manfredo Ermengaud no se halla ya aquella espontaneidad, aquella riqueza de imágenes, aquella pasion, ni tampoco aquella elocuente sencillez de los antiguos trovadores.

Júzguese si no.

«El derecho natural del que nace Amor, exige que se devuelva bien por bien á aquel de quien se reciben bienes, y así es como el amor se inflama recompensando y agradeciendo. Por esto es de razon que se acepte la buena voluntad como suficiente beneficio y galardon de aquel que nada puede dar ni recompensar de otra manera.

»Justo es, pues, que yo acepte, agradeciéndolo con toda el alma, los bienes, los goces, las ofrendas y placeres que Amor me da. Amor quiere, Amor pide, Amor exige, Amor manda que yo sirva con fino corazon á la dama, la más complaciente de amor y la más gentil, entre todas las que llevan collar al cuello y velo ó guirnalda en la cabeza.

»¡Dios! Muy grande honra me hace Amor, y yo se lo agradezco, cuando le place ocuparse de mí y escogerme por amigo, y esto sin voluntad pérfida y por un amor conveniente. No creo que se lo reproche mi dama, de quien me hace oferta, cuando ella me conozca á fondo; ántes bien se lo agradecerá mucho más que si le dieran mil marcos de renta.

»Los placeres sin contradiccion, y los bienes y goces de amor, yo lo atestiguo, son más que las penas y los tormentos. Desde que estoy sometido á su imperio, he tenido tantos y tan grandes placeres que hacer pudiera una leyenda, pero mayores los espero aún, y me place esperar, pues no quiero tener luégo que alcanzar perdon por lo que á deshonor pudiera imputárseme.

»Es de razon que alabe yo á Amor siempre, y con buena voluntad, y que gaste buenamente en servirle mi juventud toda, pues que se ha apresurado á ofrecerme todo lo que yo anhelaba, y no creo que pueda ser más benéfico con otros de lo que fué conmigo. Por esto me entrego á él á discrecion y grandes razones tengo para ello. Quiera Dios que no acabe por venderme.

»Ruego á Amor y á mi dama que acepten mi cancion, y censúreme luégo quien quiera.

Dregz de natura comanda
dont Amors pren naissemen,
qu' om benifag per ben renda
a selh de cui lo ben pren,
et aissi l' amors s' abranda
gazardonan et grazen:
pero razos es qu' om prenda
l' bon cor per sufficien
benifag e gazardó
de selh que non a que do
ni far no pot autr' esmenda.

Dregz es doncs quez ieu espanda
merceian de tot mon sen
los bes, los gaugz, l' oferenda
e 'ls plazers qu' amors mi ren;
Amors vol, Amors demanda,
Amors quier, Amors cossen
quez ieu ab fin cor entenda
en amor la plus plazen,
domna e plus de faissó,
qu' a son col portes cordó
ni en son cap vel ni benda.

Dieus! mout mi fai honor granda
Amors, et merces lin ren
quar li plai qu' a mi s' atenda
e 'm trie per connoissen,
e ses voluntat truanda
e per amor covinen;
e ja non cre lan reprenda
mi dons, de qui 'm fai prezen,
quan m' ai' assatjat qui so,
ans la grazirá mais pro
no feira mil marcs de renda.

Li plazer son mais, ses ganda,
el befach el jauzimen
d' amor, si es quiel defenda,
quel pessier nil marrimen;
qu' ieu, pus fui en sa comanda,
n' ai avut plazers soven
tans qu' en poir' om far legenda;
pero major lon aten,
et atendre mi sap bo,
quar non vuelh emblar perdó
qu' a sa deshonor lom renda.

Razos es qu' ieu Amors blanda
per tostemps de bon talen,
et en lui servir despenda
de bon cor tot mon joven,
qu' ilh m' a prezentat a randa
tot so qu' anaya queren,
e no crei qu' als autr' estenda
joi tan amorozamen
perqu' ieu li 'm ren a bandó,
et ai ne mout gran razó,
ab que 'n derrier no m' o venda!

Amors e mi dons somó
que grazisquo ma cansó:
pueis qui 's vuelha la 'm reprenda.

Vamos ahora á la otra poesía de Manfredo, que he calificado de *serventesio* político.

Es una sátira dura contra el clero, los grandes señores y los encargados de administrar justicia, pero principalmente contra el primero. Parece revivir en ella el espíritu de los albigenses y de los antiguos trovadores,

y más de una vez, andando el tiempo, el fraile franciscano debió recordar el serventesio del trovador Manfredo.

«Es ya tiempo, dice, de que dé expansion á mi sentimiento y reprenda tanta maldad y dolo como veo por todas partes.» La maldad del clero sobre todo es tan grande para el poeta, «que pudiera hacer una leyenda,» dice valiéndose de la misma frase que en la anterior poesía se le ocurrió para demostrar lo sumo de sus goces de amor.

El trovador acusa al clero de negociar y traficar con todo, de vender hasta los santos sacramentos, de atesorar riquezas, de entregarse por completo á la buena vida y descuidar la caridad. Tambien la emprende contra los grandes señores que oprimen á sus vasallos y contra los jueces que tuercen la justicia.

Termina su *serventesio* con el consejo de Salomon dirigido á que los hombres abandonen el camino del mal para seguir el del bien y el de la virtud.

Hé aquí ahora el *serventesio*, que merece ser reproducido.

ÁISSO ES SIRVENTES LO QUAL FETZ MATFRES.

Temps es qu' ieu mo sen espanda,
et ab bon entendemen
lo mal que vei far reprenda
el blame e l' espaven;
mas ta fort vei que s' abranda
e creis el plus de la gen

que no sai contra cui tenda;
pero quar mais d' avol sen
han clerc e de mal rezó
elh gran senhor, elh bailó,
mi plais que contr' els destenda.

La malvestat es tan granda
dels clergues generalmen
qu' en poyri' om far legenda,
e quascum jorn vai creichen;
qui entre lor vai comanda
o prelatura queren,
o dignitat o prebenda,
pron trobará per argen
mais que pel sen Salomó,
d' Ulpiani, de Plató,
ni per vertutz a que 's tenda.

Enquer son vendut a randa
per clercs li sanh sagramen;
sim cofes que Dieu offenda,
sim batei, s' ieu molher pren,
cove ses autra demanda
qu' al preire deniers prezen,
o se dir messa enprenda
per l' arma de mon paren;
qui aichils ven, per razó
ab Datan ez Abiró
cove que porcio prenda.

E d' als es mout encolpanda
Clercia, quar mal despen
lo patremoni e la renda
que Critz gazanhet penden;
quex vol sa grassa truanda,

bos manjars, bel vestimen,
bel hostal, mas a fazenda
de caritat non s' aten;
don m' albir ques se perdó,
quar ilh guazanho de quo
fuocz d' ifern los escomprenda.

Li gran senhor d' autra banda
setglar quez an regimen,
haurian grans ops d' emenda,
quar quex met tot son enten
co puesc' aver pro vianda,
arnes et aur et argen
dels paubres per offerenda,
sosmes talhan e tolen,
e per aver ocaizó
desiron occisió,
o que l' us l' autr' escoichenda.

Jutge e bailo ses ganda
e cosselhier eichamen
prendo, qui que lor estenda,
a rescost et a prezen;
adoncs cove que s' escanda
drechura per fin coven,
e quar non es quiu defenda
niu castic los mals penden,
pondon aver sospeisó
ilh elh senhor sotz cui so
quel diabl' en ifern los penda.

Dieus que tot be far comanda
e viur' en bon estamen,
e no troba quiu aprenda
ni fassal comandamen,

ans y met quascus baranda,
e siec son avol talen,
e non atroba quilh renda
se en karitat arden,
hai paor qu' esta sazó
ab gran tribulació
a tot lo mon o car venda.

Tant em tug mal e pauc bo
que si l' us de be somo,
l' autre ditz: «tu eis emenda.»

Cocelhs es de Salomó
que quascus hom d' esperó
laixe 'l mal e quel be prenda.

II.

La obra de Manfredo Ermengaud verdaderamente importante es su *Breviario de amor*, uno de los más curiosos trabajos enciclopédicos compuestos en Provenza á fines del siglo XIII.

Insiguiendo el buen ejemplo de la Academia de Juegos Florales de Tolosa que en 1841 publicó *Las Flors del gay saber ó las leys d' amor*, la Sociedad Arqueológica de Beziers ha emprendido la publicacion del *Breviari d' amor*, de que ha dado ya á luz el primer tomo y parte del segundo, con una introduccion de M. Gabriel Azais, escrita con gran detenimiento y conciencia.

El *Breviario de amor* pasa de treinta mil versos y es seguido de una especie de continuacion, ampliacion ó

segunda parte, que el autor titula: «El peligroso tratado de amor de las damas, segun de él se han ocupado los antiguos trovadores en sus canciones.» *(Lo perilhós tractat d'amor de donas, segon que han tractat li antic trovador en lors cansós.)*

El poeta principia su obra dando á conocer su nombre, su intento y el año en que la principió:

El nom de Dieu, nostre Senhor,
que 's fons e paires d' amor,
et es senes comensemen,
e ses fi será yssamen,
e l' Escriptura, per aissó,
l' apela el Alpha e 'l O,
que 's en subtancia unitatz
et en persona trinitatz,
Matfres Ermengaud de Bezers,
senher en leys e d' amor sers,
e non solamen sers d' amor,
mas de tot fizel aymador,
en l' an que som, ses falhensa,
contava de la naissensa
de Jesu Crist M. e CC.
LXXXVIII. ses may ses mens,
domentre qu' als no fazia,
comenset lo primer dia
de primavera, sus l' albor,
aquest *Breviari d' Amor,*
per declarar las figuras
de l' Albre d' Amor escuras,
le qual el mezeis compilet
aissi com Dieus lo y ministret.

La obra de Manfredo Ermengaud comienza por una

exposicion alegórica que llama *el árbol de Amor*. En lo alto está Dios en un círculo teniendo á sus piés á la Naturaleza, establecida para regir á todas las criaturas.

La Naturaleza, personificada por el autor, tiene dos hijas, que tienen por cierto singulares nombres, pues que se llaman el *Derecho natural* la una y el *Derecho de gentes* la segunda. La primera inspira al hombre lo propio que á los animales el amor físico y el de la procreacion; la segunda introduce en el corazon del hombre solamente el amor de Dios y del prójimo.

Al pié del árbol simbólico están las cuatro especies de Amor, vuelta la cara hácia el círculo superior donde resplandece la divinidad, objeto de adoracion de todas las criaturas, y tendiendo á coger los frutos del Árbol que representan los bienes propios de cada una de las especies de Amor. El fruto del amor de Dios y del prójimo es la vida eterna, el fruto de los bienes temporales es el placer que procuran, los hijos son los frutos del amor físico y la dicha el fruto del amor de los hijos.

Tambien las hojas y las flores tienen una significacion particular. Las primeras representan la vida contemplativa, y las segundas, por ser productoras de frutos, la vida activa.

Entra luégo el autor á establecer varias alegorías, en las cuales no puede ménos de notarse singulares coincidencias, dígase lo que se quiera, con la *Divina Comedia;* se ocupa á seguida de Dios como principio y fuente de todo amor, de la trinidad de las personas divinas y de la unidad de su naturaleza, y acaba por definir la

Naturaleza, que ocupa el segundo círculo del árbol de Amor.

Siguiendo luégo Manfredo el hilo de su idea, á la que es preciso confesar que procura dar toda la claridad posible en medio del laberinto teológico y metafísico en que se interna, habla de las jerarquías de los ángeles y de los demonios, de la naturaleza del cielo y de la tierra, del derecho natural y del de gentes, del amor de Dios, del juicio final, cuyo cuadro traza con colores sombríos y con detalles en que hay mucho parecido con el *Infierno* del Dante, y, por fin, entra en una serie de cuadros satíricos en que la sociedad, dividida por clases, se presenta á recibir los anatemas y las iras del poeta.

Podrá no haber imitado Dante este pasaje del trovador de Beziers, pero es un pasaje verdaderamente dantesco. El poeta convoca á los réprobos de todas las clases y jerarquías sociales, de todas las castas privilegiadas ó desheredadas, altos y bajos, señores y súbditos, para oir el juicio que contra ellos fulmina, juicio severo y anatema terrible que Manfredo lanza sobre ellos en nombre de Dios, de la moral eterna, de la virtud, del honor y de la conciencia.

Así hace que pasen por delante de los lectores y en no interrumpida procesion, yendo á buscar el eterno castigo:

Los emperadores, reyes, príncipes y señores feudales, aquellos que tuercen la justicia en su favor; que arruinan y oprimen á sus vasallos; que sostienen á ministros malvados para aprovecharse del fruto de sus maldades; que

llegan hasta el asesinato para heredar los bienes de la víctima; que sentencian á muerte al infeliz que roba un leño miéntras ellos se apoderan injustamente de las tierras de sus vecinos; que con gabelas, usajes, derechos de peaje y refundicion de monedas sumergen en la indigencia á sus vasallos; que tienen, en fin, manchada su conciencia con toda clase de vicios y delitos;

Los pequeños barones y caballeros que para satisfacer sus prodigalidades piden prestados á sus súbditos dineros ó géneros que no devuelven jamás, que se perjuran más á menudo que una cortesana, y que por un salario miserable siguen la bandera de un señor que hace una guerra injusta, haciéndose cómplices en sus robos, incendios y saqueos;

Los clérigos, á quienes no hay por cierto necesidad de decirles cuántos son los pecados que les deshonran y de que deben purgar su conciencia;

Los médicos que se felicitan de las enfermedades de sus clientes y las prolongan para sacar mayor lucro y que obligan al boticario á darles parte del beneficio que le producen sus medicamentos falsificados é inútiles casi siempre.

Los villanos enriquecidos y ávidos de distinciones, que disipan en juego y en fiestas el fruto del trabajo abandonado por un necio y criminal orgullo.

Los negociantes y mercaderes que son culpables de fraudes, exacciones, usuras, acaparamientos, mentiras, estafas y perjurios.

Los tutores y administradores que abusan de su cargo para enriquecerse.

Los obreros y jornaleros que se coaligan para hacer aumentar su salario.

Los agricultores y aldeanos que ocultan sus cosechas para no pagar los diezmos al clero y los derechos al señor; los mesoneros que saquean al pobre viajante; los jugadores para quienes todo es lícito; y por fin, despues de muchos otros, los juglares de quienes el autor maldice con viril energía (1).

No quedan tampoco olvidadas las mujeres en ese anatema general, lanzado por el poeta contra todas las clases, y en ese cuadro que encierra de seguro las páginas más curiosas de su largo poema, á causa principalmente de las numerosas observaciones que hace sobre los usos y costumbres de la sociedad del siglo XIII.

La sátira contra las mujeres es la última; traza un cuadro completo de su vida, y basta decir que las acusa de cometer habitualmente los siete pecados mortales, entrando por cierto en curiosos y singulares detalles que son de gran precio para la historia de costumbres.

El *Perilhós tractat* que forma una parte del *Breviario*, y que á la hora en que se escriben estas líneas permanece inédito, pues aún no lo ha dado á luz la Sociedad Arqueológica de Beziers, merece tambien ser estudiado detenidamente.

Esta parte es quizá más importante que el resto de la obra, pues sobre darnos noticia de trovadores desconocidos y restablecer y rectificar textos de poesías erró-

---

(1) Véase en el discurso preliminar, artículo *de los juglares*, lo que de estos dice el *Breviario de amor*.

neamente vertidas y datos biográficos equivocados, es interesante bajo muchos conceptos para la historia de las letras y de las costumbres.

Otra observacion hay que hacer, observacion que aventuro con recelo por ser el primero en hacerla, y que se me ocurrió cuando tuve á la vista un manuscrito incompleto de esta obra, que circunstancias particulares me obligaron á examinar muy á la ligera en la Biblioteca de París.

Si puede haber duda respecto á ser el *Breviario de amor* la obra en que Dante halló la inspiracion para su *Divina Comedia*, en el *Perilhôs tractat* se halla de seguro el modelo que ha dado orígen al *Conort* de Francisco Ferrer que se halla en el Cancionero de París, al certámen ó controversia de poetas que yo mismo copié del Cancionero de Zaragoza, continuándolo en mi *Historia de Cataluña*, original de Pedro Torrella, y á otras obras de este género, que tuvieron gran predileccion entre los poetas del siglo XV.

En el *Perilhôs tractat*, Manfredo, que por lo visto se consideraba maestro en materias de amor y de galantería, es interrogado por los trovadores que llegan á consultarle, reconociendo en él un mérito superior, pues no le encuentran igual entre ellos.

Entre nos no us trobem parelh.

Para corresponder á sus deseos y satisfacer sus dudas es por lo que Manfredo se decide á componer su *Perilhôs tractat*, cuyos primeros versos dicen así:

«Los trovadores han cantado á menudo el amor

natural, para decir de él mucho bien los unos y los otros mucho mal. Pero como estos últimos han esparcido un grave error, yo, amante verdadero, me creo obligado á rectificar sus yerros: por esto quiero, en forma de controversia y para averiguar mejor la verdad, repetir lo que han dicho, y refutar las mentiras de unos trovadores con los asertos de otros. Así enseñaré cuántos bienes puede reportar del amor el que ama con lealtad.»

Manfredo mira el amor como un sentimientro moral y con su *Tratado* se dispone á probar, apoyándose en los dichos de poetas célebres, que sin el amor no hay pro, ni rectitud, ni valor, ni largueza, ni cortesía, ni caballería.

El apologista del amor acude, para demostrar su tésis, á citas de un gran número de trovadores, entre los cuales se encuentran un hermano suyo, Pedro Ermengaud, Aimeric de Belenoi, Cadenet, Alberto de Puicibot, Aimeric de Peguilhá, Pedro Vidal, Folquet de Marsella, Marcabrú, Aimeric de Sarlat, Arnaldo de Marveil, Azemar de Rocaficha, Bernardo de la Font, Bernardo de Prades, Bernardo de Ventadorn, Bernardo Martin, Berenguer de Palasol, Bruet de Rodez, Guillermo de Bergadá, Guillermo Magret, Guillermo de Cabestany, Guillermo de Busignac, Guillermo de Sant-Didier, Guillermo Azemar, Giraldo de España, Giraldo de Quintignac, Garin Le Brun, Hugo de la Bachaleria, Godofredo Rudel, Guillermo de Montagnagut, Pons de Capdueil, Pedro Ramon, Perdigó, Pedro de Cols, Peyrols, Pedro Cardinal, Pedro Roger, Pistoleta, Ramon Jordá, Rigaldo de Berbesil, y el trou-

vere Tibaldo conde de Champagne y rey de Navarra.

Las citaciones son abundantes y las coplas transcritas de cada trovador numerosas, pues sólo de Bernardo de Ventadorn copia nueve, y de Aimeric de Peguilhá hasta veinte, de modo que si las poesías de los trovadores se hubiesen perdido, bastaria por sí sólo el *Perilhós tractat* para hacernos conocer su literatura galante.

A una estrofa de Alberto de Puicibot, que no ve en el amor más que una fuente de inquietudes, opone la retractacion del mismo poeta en otra estrofa..

Se le oponen citas de otros varios trovadores que maldijeron del amor, como Pedro Vidal, pero éste era un loco, dice Manfredo, y se le agujereó la lengua para castigarle por sus mentiras; como Folquet de Marsella, pero éste, dice, sólo se lamenta y queja del amor falso, en lo que tiene razon; como Marcabrú, en fin, pero las palabras del hijo de María Bruna, dice el autor, no tienen valor alguno, pues ni amó nunca, ni nunca fué amado.

«A más, añade Manfredo, casi todos los que clamaron contra este sentimiento, se retractaron más tarde. Así hicieron Alberto de Puicibot, quien, despues de haberse confesado de su falta, se impuso por penitencia el hablar en alabanza del amor cien veces más de las que hubiese hablado en mal; Rimbaldo de Vaqueiras, quien, habiéndose tambien arrepentido y confesado, no es de creer se halle en el purgatorio por una falta ya expiada; Pedro Vidal, finalmente, que por no irse al otro mundo con la carga de tal pecado, llevó á cabo en éste una cruel penitencia al hacerse cazar como un lobo en

las montañas de Cabaret, por los perros de los pastores de su dama, hasta dejarle medio muerto. Folquet nada tenía que expiar, pues no era culpable, y en cuanto á Marcabrú, cuyo arrepentimiento y retractacion no constan, debe hallarse de seguro entre las llamas del infierno por lo mal que habló del amor.»

A pesar de todas estas razones, los contrincantes no se dan por vencidos, pero Manfredo acumula nuevas citas y nuevos argumentos, y acaba por suponer que vence finalmente á sus adversarios, los cuales se dan por satisfechos en este punto, pero la emprenden contra las damas que, despues de haber despertado el amor de los galanes con sus manejos, engañan y venden sin piedad á los que se han dejado prender en sus lazos.

Manfredo toma la defensa de las damas y enumera una larga serie de trovadores que supieron escoger damas dignas de su afecto. Colócase él mismo en este número, diciendo que sirve á una dama, cuyo mérito, ingenio, belleza y gracia puede proclamar altamente en todos lugares, sin temor de que se le desmienta. No puede ni suponer siquiera que uno solo de los detractores del amor á quienes combate, pueda estar tan mal aconsejado que se atreva á criticar á esta dama, pues si lo hiciera, Dios le castigaria en el acto quitándole el uso de la palabra. Añade que necesitaria un año entero para nombrar á todas las damas que están fuera de la crítica de los maldicientes, asegurando que éstos á nadie sino á ellos mismos y á su propia conducta deben quejarse si no obtienen las recompensas que se conceden á la constancia, al mérito, á la cortesía y á la fidelidad.

Las damas, á su vez, se presentan á Manfredo para agradecerle su defensa y pedirle consejo, por ser él, dicen, «el hombre entre todos cuantos conocen, más leal para con las damas y para con el amor,» y con los sanos y morales consejos dados por éste, termina el *Peligroso tratado de amor de las damas*, que no es por cierto tan peligroso como su título da á entender.

En resúmen, el *Breviario de amor*, con su *Peligroso tratado*, es una obra que merece toda la importancia que le da Gabriel Azais en el sabio discurso preliminar puesto al frente de la edicion que se está haciendo por cuenta de la Sociedad Arqueológica de Beziers y que he tenido á la vista al escribir estas líneas. Estuvieron muy léjos de concederle esta importancia, acaso por falta de detenido exámen, otros reputados autores que sólo ligeramente se ocupan de la obra de Manfredo, pero hoy que puede estudiarse impresa y completa, tiene que dársele toda la que merece y toda la de que es digna.

MATEO DE QUERCY.

Pocas son las noticias que existen de este autor. Se reducen tan sólo á saber que florecia á últimos del siglo xiii, segun se desprende de su *planch* á la muerte del rey de Aragon D. Jaime *el Conquistador*.

En cuanto á las pocas poesías que le han sobrevivido, son de escaso mérito, y sólo dos de ellas merecen ser citadas.

La una es una *tension* con Beltran. Debe referirse á algun hecho de poca monta que ha quedado desconocido para la historia.

«*Mateo.*—Beltran, voy á hablar á mi manera de vuestro mal proceder para conmigo. El que ofrece sin cumplir, comete una falta, y ya jamás, despues de esto, podreis reparar vuestro honor. He oido decir, y no puedo ménos de repetirlo, que habeis vendido Gordon

al rey. Si esto es así, buscad asilo, porque ya tan noble lugar no es para vos.

» *Beltran.*—Si me injurias y quieres reñir conmigo, Mateo, puedes encontrarte con lo que no buscas. Yo no he vendido Gordon ni otra renta alguna, pero he hecho las paces con el rey, y castigue Dios al que intente turbarlas. No tengo deseos de vender nada, ni ceder nada, pero sí quiero, cuando la ocasion se presente, vengarme de los malvados que han saqueado mis tierras.»

Su otra composicion, como queda dicho, está destinada á lamentar la muerte de D. Jaime, en honor del cual agota todos los elogios, llegando hasta desear verle santificado, deseo que por cierto estuvo á punto de realizarse, pues sabido es que más tarde se comenzó proceso con este objeto.

Hé aquí el *planch* de Mateo de Quercy:

«Me falta la alegría y me sobra la tristeza, y nada encuentro que pueda serme grato al acordarme del buen rey de Aragon. Póngome á exhalar entónces profundos suspiros, y estimo el mundo como si fuera barro, pues él era franco, humilde, de pocas palabras y de grandes hechos, de tal manera, que por su valía se conquistó un puesto sobre todos los reyes de España; y ya que el rey tanto sabía valer, razon es que todo el mundo llore su pérdida.

»Sí, todo el mundo debe lamentar y llorar la muerte del rey por derecho y por razon, pues en nuestro tiempo no hubo mejor príncipe ni aquende ni allende los mares, ni que tanto haya hecho contra la gente pagana,

ni que tanto haya exaltado la cruz en que Jesucristo fué puesto por nosotros todos. ¡Ay Aragon, Cataluña y Cerdaña y Lérida, venid á doleros conmigo, que bien debeis tener tanto duelo como tuvieron por Artús los de la Bretaña!

»En el año mil, para quien los sabe contar bien desde que Jesucristo se encarnó, doscientos y á más setenta y seis, el siete de las kalendas de Agosto, murió el rey D. Jaime, de quien rogamos á Jesús que se apiade y lo guarde del profundo pozo donde Dios encierra á todos los ángeles malvados, y le dé los goces en que el alma se regenera, y le corone y le haga lugar en aquel reino en que no se conoce la amargura, pues éste es el sitio que le corresponde.

»A todo el mundo voy á dar un ejemplo en pocas palabras. Todos le llamaban el rey Jaime, y Dios le ha puesto en compañía de San Jaime, pues al dia siguiente de San Jaime murió el rey Jaime, de manera que, por rectitud de derecho, debe quedarnos doble fiesta de los dos Jaimes.

»Mateo ha hecho por duelo y por tristeza esta lamentacion en recuerdo del rey á quien amaba más que á otros reyes, para que todos le lloren y su nombre sea eterno en el mundo, y para que pueda conseguir de los hijos y de los amigos del rey, tributos que recuerden su monarca.»

Joya'm sofranh e dols mi vey sobrar
e no trop res que'm fassa be ni pro
quan mi sové del bon rey d' Aragó.
Adonx mi pren formen a sospirar

e prezi 'l mon tot atrestan com fanha,
quar el era francx, humils, de paucs motz
e de grans faitz si que sobr' els reys totz
que hom aya ja trobatz en Espanha
era plus alt per valor conquerer;
e pus que el rey tan sabia valer
razós requier que tot lo mon s' en planha.

Tot lo mon deu plánher e doloyrar
la mort del rey per drech e per razó
quar anc prínceps negús melhor no fo
él nostre temps e sa ni de la mar,
ni tan aya fach sobre la gen lanha
ni tan aya eyssausada la crotz
on Ihesum Crist fon pauzatz per nos totz.
Ay Aragós, Cataluenha e Sardanha
e Lerida, venetz ab mi dol aver
que ben devetz aitan de dol aver
com per Artús ágron cel de Bretanha...

En l' an mile qui ben los sap contar
que Ihesum Crist pres encarnació
CC e mais LXXVI que so
lo reys Jacmes e 'l seté kalendar
d' agost fení, donc preguem que s' afranha
Ihesums a lui e 'l gart del preon potz,
on Dieus enclau los ángels malvatz totz
e 'l do los gauchz en que l' arma's refranha,
e 'l corone 'l fassa lai vezer
en sel regne on non a desplazer,
quar aitals locx creys que lui se tanha.

A tota gen don' eyssampl' en paucx motz
lo rey Jacmes es apellatz per totz
e Dieus a 'l mes ab Sant Jacm' ab companha,
qu' en l' endemá de Sant Jacme per ver
lo rey Jacmes feni, qu' a dreyt dever
de dos Jacmes dobla festa'ns remanha.

Matieus a fait per dol e per corrotz
son plan del rey qu' amava mas que totz
los altres reys, e que tothom s' en planha;
e qu' el sieu nom puesca él mon remaner,
e qu' en puesca dels filhs del rey aver
e dels amics plazers en que's refranha.

EL MONJE DE FOSSAN.

El nombre, la patria, la vida de este trovador, todo se ignora. Se ha venido siempre llamándole *el monje de Fossan* y sólo con este nombre y calidad figura en la historia de los trovadores.

Millot, deduciéndolo de sus obras, cree que era de la órden de los Franciscanos y que tenía por la Vírgen una especie de devocion parecida á la de los otros trovadores por sus damas.

Como tuvo Millot á mano los manuscritos de San Pelayo, pudo examinar las poesías del Monje de Fossan, que debió encontrar algo libres. Dos de sus canciones se lamentan del rigor de una dama, que no nombra, pero en una tercera exorta á sus lectores á suspender el juicio, y advirtiéndoles que se arriesga mucho juzgando sobre simples apariencias, á veces engañosas, añade:

«Las apariencias me acusan cuando se me reprocha mi papel de enamorado y se me dice que no le está bien

cantar y versificar al que, como yo, es de la *estrecha observancia*, pero se engañan.»

Prosigue despues cantando á aquella á quien ha dado su corazon, y añade:

«Permanezco ante ella de rodillas, las manos en cruz, como su humilde esclavo, esperando sus miradas amorosas y arrobado en la contemplacion de su hermoso cuerpo y de sus agradables maneras.»

Esto obliga á decir á Millot, no sé si con completa justicia:

«Nada más original que la imaginacion de un devoto poco ilustrado ó fanático, pues que da á las cosas santas todas las formas que le place. Pinta la divinidad, segun su capricho, de una manera á veces y á veces de otra; ve la Vírgen con el ojo profano del amante; se extasia con sus quimeras seductoras y goza de ellas con transporte como si se tratara de un bien real.»

EL MONJE DE MONTAUDON.

I.

No ha podido saberse jamás el nombre de este trovador; ni la historia, ni las mismas crónicas chismográficas de la época, ni las poesías de sus contemporáneos, ni las investigaciones hechas más tarde por eruditos celosos, han dado el menor indicio que pudiera colocarnos en camino de averiguar su nombre.

Todo cuanto se sabe con referencia á este trovador singular, tan notable por su cínica desenvoltura, como por lo que hoy se llamaria su excentricidad, es que era de una noble familia de Auvernia, y hay quien añade que nació en un castillo llamado Vic.

Por vocacion de sus padres, que no parece debiese ser por la propia, tomó el hábito en la abadía de Orlac, concediéndole su abad el priorato de Montaudon. Al principio estos prioratos eran casas claustrales dependientes de alguna rica abadía, que servian de morada á

religiosos enfermos ó á los que cuidaban de la administracion, pero luégo llegaron á ser establecimientos casi independientes, cuyo superior era llamado *prior fratrum,* el primero de los hermanos, gozando de una libertad y de unas licencias temporales de que se acostumbraba á abusar muy frecuentemente, y de que parece hubo de abusar á sus anchas nuestro trovador.

El prior de Montaudon, segun parece, llevaba una vida alegre y divertida y sin olvidar la prosperidad y acrecentamiento de la casa, á la que muy especialmente atendia, frecuentaba los castillos de los barones vecinos, asistia á sus fiestas, tomaba parte en sus cacerías, y su vida era completamente mundana, lo cual le permitia, al propio tiempo que satisfacer sus gustos, colectar limosnas y donativos abundantes para su priorato y su abadía.

Era el monje muy querido de los barones y de las damas, pues sobre ser gentil y decidor y galan, escribia alegres canciones y serventesios intencionados acerca de las cosas que más daban que hablar en la comarca, todo lo cual recitaba ó cantaba donosamente; así es que en todas partes era bien acogido y hasta deseado, y todos á porfía se esmeraban en colmarle de regalos y obsequios, con lo que acrecentó las rentas de abadía y mejoró su iglesia.

Esto sucedia de mediados á últimos del siglo XII, que es la época en que floreció nuestro monje trovador.

Deseoso de más campo para su vida alegre, ó ganoso de más gloria, el monje de Montaudon pidióle un dia permiso á su abad para abandonar el priorato, al objeto

de pasar á la corte del rey D. Alfonso de Aragon con intento de someterse á lo que ordenara este príncipe. Concediósele el abad, partió el monje á la corte de don Alfonso II, donde ya le habia precedido su fama, y segun dicen las *Vidas de los trovadores*, lo que el rey ordenó al monje fué que «comiera carne y galanteara y compusiera versos y los cantara, lo cual hizo el monje.»

Prosiguió en la corte de Aragon la misma vida de placer y travesura que llevaba en su priorato de Montaudon, y fué tan bien acogido por los señores catalanes y aragoneses como por los de Auvernia y Provenza.

Su vida nómada y aventurera hubo de llevarle una vez á las fiestas del Puy de Santa María, donde por comun acuerdo y aplauso de todos fué elegido señor del Gavilan y presidente de las fiestas (1), y, protegido por el monarca aragonés, obtuvo por fin el priorato de Villafranca en el Rosellon, donde parece que terminó su vida.

El monje de Montaudon pertenece al escaso número de aquellos trovadores que tienen un corte y sello especiales, un género característico que les distingue y aparta de los demas, y en el cual brillan con verdadera originalidad. Sus composiciones no pueden confundirse con otras, y su género predilecto, único, por decirlo mejor, es la sátira, más que la sátira, el sarcasmo, más todavía que el sarcasmo, el cinismo mordaz y punzante que á todo atenta y todo lo atropella y de todo blasfema.

---

(1) Vease en el *Discurso preliminar* el capítulo *De las cortes y Puys de amor*.

El monje de Montaudon, contra lo que su hábito y su conciencia debian imponerle, tenía á gala vivir en aquellas regiones de que con tan buen criterio se apartaba el gran Cervantes y por las que, decia,

Nunca voló la pobre pluma mia.

Las poesías del monje, debe confesarse, son tal vez las más originales y fantásticas de la literatura provenzal, y, como ya se ha dicho, tienen, aunque remota, alguna coincidencia con las ficciones poéticas de Aristófanes, pero están tan recargadas de cinismo y de obscenidad, que repugnan á veces y obligan á abandonar la lectura.

Hé aquí, paladinamente, sin ambages ni rodeos, de la manera más franca que decir se pueda, lo que le gustaba y lo que le disgustaba al monje trovador:

«Lo que me agrada, dice, es la conversacion divertida, el júbilo, la alegría, el sueño durante la tempestad, la buena vida, el hombre que se arrepiente de sus pecados, las córtes llenas de animacion, las fiestas y la caza, los regalos, los apetitosos salmones á la hora de nona, los campos en la primavera, el canto de las aves, una gentil compañera á orillas de un claro arroyo, la felicidad de una amiga, un beso suyo y algo más, siempre que sea posible.

»Las cosas que me desagradan son: los regalos mezquinos, un caballero pobre y orgulloso, los jóvenes que hablan demasiado, la compañía de gentes vulgares ó de caballeros descorteses, un baron que lleve por mucho tiempo un escudo vírgen de todo golpe, un monje bar-

budo, un marido que cele demasiado á su mujer, poco vino ó demasiada agua, hablar mal del juego de dados, no encontrar quién preste en el juego, mesa grande y manteles cortos, una cortesana pobre y mal vestida, un hombre que se case con su concubina, una mujer que tome por amante á su criado,» y por este estilo otras muchas cosas que el trovador va enumerando y mezclando con juramentos por San Martin, San Dalmacio, San Marcelo, San Damian y diversos santos de su devocion particular, segun verse puede por la muestra que de su poesía continúo:

Mout m' enueia, so auzes dire,
hom parliers qu' es d' avol servire...
et enueiam, si Dieus m' aiut,
joves homs, quan trop port' escut
que negun colp no y a avut,
capellan e monje barbut,
e lauzengier bec esmolut.

E tenc dona per enueioza
quant es paubra et ergulhoza,
e marit qu' ama trop s' espoza,
neys s' era dona de Toloza;
et enueiam de cavalier
fors de son pays ufanier,
quan en lo sieu non a mestier
mas de sol pizar el mortier
pebre, o d' estar al foguier.

Et enueiam de fort maneira
hom volpilhs que porta baneyra,
et avol austor en ribeira

e pauca carns en gran caudeyra;
e enueiam, per Sanh Marti,
trop d' aigua en petit de vi...

E pestre que ment e parjura...
e fugir ab caval armatz
m' enueia, e maldir de datz...

Et enueiam, pert Sant Salvaire,
en bona cort avol viulaire,
et ab pauca terra trop fraire,
et a bon joc paubre prestaire...
et en torney dart e cairelh.

Et entre amicx dezacort
m' enueia, e m fai piegz de mort,
quan sai que tenson a lur tort...
. . . .

II.

En una de sus más singulares poesías, habla el trovador de la hospitalidad, que estaba entónces muy en voga, y que era el gran recurso de los viajeros y muy en particular de los trovadores, los cuales acostumbraban á juzgar de los hombres por la hospitalidad que de ellos recibian.

El monje, apelando sin duda á sus propios recuerdos y á la manera como fué tratado durante sus vagabundas correrías por varios países, finge que un dia se subió al cielo para conferenciar con San Miguel, que le habia enviado á llamar con motivo de un asunto entre

los dos pendiente, llegando en ocasion de que el cielo todo estaba alborotado por unas sentidas quejas y fuertes reclamaciones que á Dios dirigia San Julian, patron de los caminantes, al que se invocaba para tener buenos albergues y agradables aventuras.

—«Señor, decia San Julian, vengo á presentaros mis quejas porque me han atropellado y despojado de mi feudo. Antes el que queria hallar un buen albergue, me invocaba por la mañana para que le fuese favorable, pero nada puedo hacer con los malos señores que existen.

»De tal manera me han despojado de mi poder, que nadie me ruega ya ni mañana ni tarde, pues que á aquellos á quienes por una noche se concede hospitalidad, al dia siguiente se les deja partir en ayunas, y esto es para mí un oprobio.

»No me quejo tanto de Tolosa y de Carcasona y del Albigés como de otros puntos. Por lo que toca á Cataluña, aún conservo allí mis derechos y soy querido.

»Tambien soy querido en el Limosin y Perigord, aun cuando allí están muy mal tratados por el rey y por el conde, y tambien en el Quercy hay alguien de quien no estoy descontento.

»No tengo por qué estar disgustado, ni contento tampoco, de las comarcas de Roueerga y Gavaudan. Aún quedan allí algunos que me obedecen.

»En Auvernia puede uno encontrar albergue sin que le acojan y llegar sin que se le invite. No saben obsequiar y á nadie instan ni halagan, pero reciben bien.

»En cuanto á Provenza y á sus barones, no tengo

aún perdidos mis derechos. De los provenzales y gascones ni me quejo ni los alabo...»

Esta poesía está incompleta. Falta saber cuáles eran en realidad las quejas de San Julian y cuál la resolucion que tomó Dios.

L' autre jorn m' en pugiey al cel,
qu' aniey parlar ab sanh Miquel
 don fuí mandat;
et auzi un clam que'm fon bel:
 aras l' auiatz.
Sanh Joliás venc denan Dieu,
e dis: Dieus, a vos mi clam ieu
 com hom forsatz,
dezeretat de tot son fieu,
 e malmenatz.
Quar qui ben voli' alberguar,
de mati m solia preguar
 qu' ieu 'l fos privatz;
eras no y puesc cosselh donar
 ab los malvatz.
Qu' assi m' an tolt tot mon poder,
qu' om no m pregua mati ni ser;
 neys los colgatz
laissan mati dejus mover;
 ben suy antatz.
De Tolza ni de Carcasses
no m plang ta fort ni d' Albiges
 com d' autres fatz:
en Cataluenh' ai totz mos ces,
 e y suy amatz.
En Peiragorc e 'n Lemozi,
mas lo coms e 'l reys los auci,
 sui ben amatz;

et a 'n de tals en Caerci
        don sui paguatz.
De lai Roergu' en Gavaudá,
no m clam ni m lau qu' aissi s' está;
        pero assatz
y a d' aquelhs q'usquex mi fa
        mas voluntatz.
En Alvernhe ses aculhir
podetz alberguar e venir
        descovidatz,
qu' il non o sabon fort gen dir,
        mas ben lur platz.
En Proensa et els barós
ai ben enquera mas razós;
        non sui clamatz
dels Proensals ni dels Guascós,
        ni trop lauzatz
. . . .

Tambien en otra poesía del monje, la escena pasa en el cielo, á donde por lo que parece hacía el trovador frecuentes viajes. En una de estas visitas se encontró con que los monjes habian interpuesto ante Dios demanda contra las mujeres que se pintaban.

Qu' ieu los n' auzi a Dieu clamar
d' elhas qu' an fag lo tench carzir,
ab que 's fan la cara luzir
del tench, com lo degran laissar.

Entablada la demanda, las partes pleitean en toda forma, pero ántes quieren enviar como su embajador al poeta para convencer á las mujeres de que debieran

dejar esta costumbre. El monje pone reparos á esto, diciendo:

Senher Dieus, si m' ieu chauzimen
devets aver e mezura
de las domnas, que natura
es que lur cara tengon gen,
et á vos non deu enueiar,
ni 'ls vout no us o degran ja dir,
quar jamais no 'ls volran suffrir
las domnas denan lor, so 'm par.

Dios ve en el acto de las mujeres una rebelion contra sus mandatos y se enfada *mot francamen.*

Monges, dis Dieus, gran falhimen
razonatz e gran falsura,
que la mia creatura
se gensa ses mon mandamen;
e doncs serian ab mi par,
qu' ieu las fas totz jorns enveilhir,
si per penher ni per forbir
podion pus joves tornar.

No habiendo manera de arreglo, comienza el pleito.

Los monjes presentan su queja diciendo que las damas les perjudican en gran manera, hurtándoles la pintura, pues que se llevan todo el colorete que debiera emplearse para los *ex-voto.* Añaden que es un pecado en las damas el pintarse tanto y con tanto cuidado, que llegan á disfrazarse.

Las damas contestan que la pintura es anterior á los *ex-voto* y que no hacen daño alguno.

Dios interviene para manifestar que las mujeres mismas no debieran sufrir

> aital beutat qu' el cuer lur tir
> que perdon per un sol pissar,

pero los monjes observan que ya cuidan ellas de que la pintura no se borre tan facilmente y sea duradera á fuerza de hacerla espesa y consistente:

> perqu' elhas se donon cura
> e fan l' obra espessa e dura.

Dios propone el medio, si á los monjes les parece bien, de conceder á las mujeres que no pasen de veinte años, treinta para pintarse, pero los monjes contestan:

—No por cierto. Por consideracion á vos les concederemos diez, pero queremos estar seguros de que, pasado este tiempo, no perjudicarán nuestros intereses.

San Pedro y San Lorenzo intervienen entónces y, gracias á sus buenos oficios, se parte la diferencia y se queda en quince años, aviniéndose las partes.

«Así fué, continúa diciendo el poeta, como terminó el proceso, quedando concertadas las partes; pero lo cierto es que yo veo violado el pacto por aquellas que prometieron cumplirlo.

»Prosiguen poniéndose tanto blanquete y colorete en el rostro, que nunca se vió más en los *ex-voto*.

»Aun más, echan mano para su pintura de una gran cantidad de drogas y de mercurio, todo lo cual mezclan con leche de burra y con habas que es el único

alimento de los monjes valetudinarios, dejándoles sin comer.

»Cuando ellas reunen sus ungüentos y pomadas, cuentan más de trescientos botes.

»Lo cierto es que cuando San Pedro y San Lorenzo propusieron el arreglo, no entendieron comprender las viejas que tienen dientes más largos que los de un jabalí.

»Pero aún las mujeres han hecho más que lo que acabais de oir. Han amasado tal provision de azafran haciéndole encarecer de tal manera, que se quejan de ello en Ultramar, segun nos cuentan los peregrinos. Mejor fuera comerlo en salsas y guisados, ó, á lo ménos, las mujeres deberian tomar los estandartes y armas de los cruzados para ir á buscar allende los mares el azafran de que tan codiciosas se muestran.»

Otra composicion que de este autor merece citarse, es una sátira que, á imitacion de la de Pedro de Auvernia, escribió contra los trovadores de su tiempo. Hoy se llamaría *Semblanzas* á su sátira.

Es una composicion impertinente, revela poco ingenio y mucha mordacidad, pero debe continuarse por la utilidad que puede prestar á los estudios históricos, biógraficos y de costumbres.

Dice así:

«Ya que Pedro de Auvernia cantó acerca de los antiguos trovadores, yo cantaré los que han venido despues, consignando aún cuando no les agrade lo que hay en ellos de malo.

»El I es Guillermo de Sain Didier. Le gusta cantar,

y lo hace agradablemente, pero como no se ocupa de galantería ni de amor, sus canciones no son bien recibidas.

»El II es el vizconde de San Antonino, que nunca tuvo placer de amor. Su primer ensayo de galantería debió disgustarle para siempre. Engañado por su dama hubo de desistir de su empeño, y pasa la vida gimiendo.

» El III es Miraval de Carcasona, que compone buena letra y cede su castillo á las damas. No pasa en él un mes entero al año, y no celebra fiesta ningun primero de mes. Así es que quien se lo tome no le causa perjuicio.

»El IV es Peirols el Auvernés, que por espacio de treinta años llevó el mismo traje. Canta cada vez peor y nada que sea pasadero ha compuesto desde que es monje de Clermont.

»El V es Gancelmo Faidit. Se ha casado con la moza que iba siempre en su compañía, y desde entónces no hemos oido el timbre de su voz.

»El VI es Guillermo Adhemar, el peor juglar que nunca hubo. Ha recogido todos los trajes malos que le han dado y siempre le ví pobre y miserable.

»El VII es Arnaldo Daniel, que en su vida supo componer un canto, aun cuando es verdad que escribe una letra que nadie entiende. Sus canciones no valen un alfiler desde que cazó la liebre con el buey y navegó contra la corriente.

» El VIII es Moleta el catalan que escribe canciones necias, cuyo canto no vale nada. Tiene en cambio gran

cuidado de sus cabellos, los cuales hace treinta años que serian blancos si no fuese por el tinte.

»El IX es Arnaldo de Marveil, á quien veo siempre maltratado. Su dama hace muy mal en no serle favorable, mayormente cuando él sigue pidiéndole gracia con sus lágrimas y sus cantos.

»El X es Sail de Scola que de tendero se hizo juglar en Bergerac, sin por esto dejar de ser comerciante, pues que se ha ido á Narbona, á vender sus malos versos.

»El XI es Giraldo *el Rubio*, que vive de las canciones de otro, y que desagrada á todos. Como tiene gran opinion de sí propio, se separó del hijo de Alfonso, que le habia protegido.

»El XII es Folquet de Marsella, que hizo el juramento de un loco cuando juró que no haria más versos. Se tiene por seguro que se ha perjurado.

»El XIII es mi vecino Guillermo el marqués. No quiero decir lo que pienso de él. Con sus malas canciones se ha echado á perder, como un viejo doncel llevando barba y bigote.

»El XIV es Pedro Vidal. Ese villano no tiene los miembros enteros y necesitaria una lengua de plata. El juicio se le marchó cuando de pellejero se hizo caballero.

»El XV es Guillermo de Ribes, que es malo en todo y para todo. Quiere cantar, y su voz es ronca y cascada. Quiere adelantar, y no tiene de qué. Siempre mal vestido, siempre en la miseria, y siempre rechazado de todos.»

En el manuscrito donde estaba continuada esta sátira

seguian estos versos contra el propio autor, sin duda de un poeta que quiso hacer, á su vez, la *semblanza* del monje:

«El XVI, y basta, es el falso monje de Montaudon que censura á todos y que prefiere la carne á Dios. Mereceria ser ahorcado por los versos y canciones que ha hecho.»

TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

MARCOURT.

Otro de los que cita Millot, del cual dice que sólo existen dos *serventesios* verdaderamente ininteligibles.

MOLA.

Trovador catalan, á quien debió darse el diminutivo de Moleta, si se tiene en cuenta la semblanza, por cierto poco favorable, que de él hace el *Monje de Montaudon*, en su sátira contra los trovadores.

> Entra Moleta 'l catalás
> que fai sos leuet e plas
> e sos cantars es de niens.
> Be 'n a trent' ans que fora albás
> si no fos lo negrizemens.

Mola debió tener alguna celebridad cuando el monje, aunque sea para zaherirle, le continúa en su sátira.

Sin embargo, hoy no se conoce de él más que una oscura y grosera *tension* con Guillemo Raymond, que tambien le favorece bien poco y que sobre ser ininteligible en algunos puntos, es obscena en otros.

MONTAN.

Tiene un *serventesio* político dirigido al conde de Tolosa para excitarle á la guerra contra los franceses. Está escrito con valentía y manifiesta calor patrio.

Hay de este mismo una *tension* con una mujer en que se trata sólo de cosas obscenas.

Millot cree que esta última composicion pertenece á otro trovador del mismo ó parecido nombre.

N.

NAT DE MONS.

Millot fué el primero en hablar de este trovador y en darle á conocer, pues que los manuscritos provenzales se limitan sólo á citarle y á decir que era de Tolosa.

Nada se sabe que tenga relacion con su vida, y por lo que de sus poesías se desprende, se vé que vivia en los tiempos de Alfonso X *el Sabio* de Castilla, y Jaime I de Aragon *el Conquistador*, en cuyas cortes debió residir y á cuyos reyes se dirige en sus obras.

Millot ha trazado el juicio de este trovador en las siguientes líneas:

« La escolástica era en aquel entónces la gran ciencia de los sabios. Verdaderamente este trovador debió salir de alguna universidad ó de alguna escuela de monjes, pues que todas sus composiciones vienen á ser tratados de filosofía, erizados de divisiones y subdivisiones pe-

dantescas, más propias para fatigar el espíritu que para ilustrarlo, más para secar el corazon que para alimentarle. Se hallan en ellas, sin embargo, buenos principios de moral y medios de instruirse sobre la manera de pensar de un tiempo poco conocido.

»Estas poesías, en número de seis, encierran notables lecciones para los grandes, lecciones ordinariamente estériles, pero que es bueno y necesario repetir siempre, aún cuando no sirvan sino de testimonio contra los abusos del poder.»

Milá y Fontanals, que se ocupa tambien de este poeta dice de él, que era instruido en la ciencia escolástica, que sus dos cartas en verso al rey de Aragon, están llenas de útiles enseñanzas, y que se ve la independencia con que hablaba el trovador en presencia de los reyes, si bien cuidaba de templarla con lisonjeras dedicatorias.

Veamos, examinando sus principales obras, si anduvieron acertados en sus juicios estos autores eminentes.

1.ª

Dirigiéndose en general á todos los reyes, aún cuando el envio sea al monarca aragonés, así se expresa Nat de Mons en una de sus más levantadas poesías, la que quizá tiene forma más lírica, emitiendo juicios y dando consejos que demuestran realmente, al par que la independencia del poeta, su acertada rectitud, su sano criterio y su elevado espíritu político:

«Son altas cualidades de los reyes y de otros señores

el valor, la gloria, los hechos, los dichos y las buenas maneras corteses y francas; pero ni hechos, ni dichos, ni trato cortés por sí solos son bastantes para dar prez, que puede perderse, á pesar de aquellas cualidades, si se cometen actos de maldad é injusticia.

»Grande fuera la alabanza debida á los reyes si se considera el bien que hacen, pero se afanan tanto en faltar, que la censura corta el curso de la alabanza. Y los reyes son más ocasionados á faltar, porque muy difícilmente se veda lo que el rey quiere; por esto el rey que se complace en faltar, tiene siempre su prez en gran peligro.

»Si las faltas pudiesen inspirar tanto temor como daño causan á quien mal obra, no faltaria nadie ni en poco ni en mucho, por grande que fuera su deseo. Llamo faltar á lo que merece censura, pues de otras faltas me curo poco, pero cuando considero cual es el mayor de los males, veo que ninguno, ni aún la muerte, daña más que un hecho censurable.

»Morir es un mal cuando no es útil, y vale tanto, cuanto es el daño que destruye; así pues, para aquél que falta y causa daño siempre, morir es un beneficio en lugar de un mal, que entónces la muerte remedia un daño y acaba con un oprobio.

»Grande censura y deshonra es para un rey dar una órden y revocarla luégo, porque esto parece de ánimo ligero y es fácil que tome por bueno lo que es locura. Un rey debe tener voluntad firme y espíritu recto y no debe ser voltario y ligero, pues quien ligeramente piensa, ligeramente falta y ligeramente se retracta.

»Rey de Aragon, señor en quien resplandece la prez, vos no desatendeis al que os aconseja: cuidad, pues, de no apartaros del camino de Dios, que tan grande es y poderoso.»

La valors es grans e 'l onors,
e 'l fach, e 'l dich, e 'l bel semblan
cortés e franc e ben estan
dels reis e dels autres senhors;
mas fach ni dich ni semblan plazentier
tan solamen no domna prez entier;
qu' om pot falhir tant e far mals e tortz
que perdra 'l pretz que 'l dona bos esfortz.
Dels reis fora grans lor lauzors,
qui be cossira 'l be que fan;
mas de falhir se plévon tan
que 'l blasme tol al laus son cors.
E 'l rei so plus de falhir prezentier,
quar greu auz' om vedar so que rei quier;
per que de reis cui falhir es deportz
está son pretz en perilhozas sortz.
Si falhirs fos tan gran temors
com es dans a cels que forfan,
ja no falhirá tan ni quan
negús, per fort que 'l fos sabors.
Falhir apel so don blasme se mier,
qu autre falhir no'm fai nul cossirier
mas quam cossir dels dans quals es plus fortz,
mais notz blasme que res, neis que la mortz.
Morir es mals si 'l falh valors,
e val tan quan destriga 'l dan.
Doncs qui falh ni forsa tot l' an
mas que no val mortz l' es socors;
doncs per blasme vedar a mortz mestier.

Mas part blasme no veí nuls pejurier,
ni leu no'm ven paor ni desconortz
de si meteis, qui del blasm es estortz.
Blasmes es grans e desonors
a rei que leu man ni desman,
quar sembla de leugier talan
e leu par bes so qu' es folors
reis deu aver dur cor e dreiturier,
que non aia voler ni cug leugier,
ni camie leu sos sens ni sos acortz,
quar qui leu vol leu falh e leu s' estortz.

—

Rei d' Aragó, senher on pretz se mier,
vos volés be so que hom vos profier;
doncs ja de Dieu, que tant es gran e fortz,
servir no 's vir vostre valens esfortz.

2.ª y 3.ª

Dos cartas ó epístolas en verso al rey D. Jaime I de Aragon.

La primera no es más que una disertacion prolija y enojosa sobre los principios del bien y del mal, sobre la naturaleza del alma y de la libertad.

Por la dedicatoria ó envío de esta composicion se ve que Nat de Mons fué protegido de D. Jaime, pues que le da gracias por los favores de él recibidos.

Anatz premieramen
al noble rei senhor
d' Aragó, que tan val...

«Al noble rey, señor de Aragon, que tanto vale, franco, noble y cortés; salud, alabanzas y gracias de parte de Nat de Mons. Salud á vuestra persona, alabanzas á vuestro mérito, y gracias por los honores que de vos he recibido.»

La segunda epístola va tambien dirigida:

Al noble rei aragonés,
franc e valen, sert e cortés,
al noble rei d' Aragó,
noble pretz e de razó,
vertuós et illuminat,
bon de faissó, bel de beutat,
valen de cor, savi de sen,
larg de dar, plen d' ensenhamen,
cabalós de totas valors
dignes de totas honors
e de totas lauzors haver,
Nat de Mons, humils ab asser,
e ferm e plen de gran dezir,
qu' us pogués á grat servir,
baissan de pes e de mas!..

Esta epístola es una instruccion sobre la manera como juzga el autor que deben formar su corte los príncipes.

«Debe haber en ella, dice, personas que premien lo bueno y reprendan lo malo, juglares para alegrar la concurrencia, hombres ingeniosos para entretener y animar las conversaciones, gentes amables y corteses, espías para descubrir los crímenes, y hombres de honor y de probidad. En una corte todo sirve. Se puede sacar

partido lo mismo de los buenos que de los malos, pero sólo debe confiarse en la persona cuya fidelidad es conocida y no debe tomarse consejo más que de gentes ilustradas y cuerdas. Hay que precaverse mucho contra los aduladores, los cuales son peores que los ladrones, pues éstos, al ménos, no pueden robar lo más precioso, la reputacion y el honor.»

Despues de este rasgo notable, el poeta prosigue haciendo ver los males que traen consigo los aduladores, y las desventuras que se atraen los grandes por escuchar sus consejos y por entregarse á las violencias que estos inspiran.

Nat de Mons termina dando sabias lecciones de moderacion y clemencia á los poderosos y acertados consejos sobre su manera de conducirse en todos los actos de la vida.

4.ª

El asunto de la cuarta poesía, es contestar á un hábil juglar que habia pedido al trovador su consejo sobre los medios de complacer y abrirse camino en el mundo.

Entre los consejos que el poeta da al juglar, los hay juiciosos y excelentes, que pueden ser útiles para muchos sin ser juglares.

«No os alabeis nunca, le dice; no os apresureis tampoco á hablar por el empeño de adelantarse á los otros. Cuidad de que no puedan acusaros de presuntuoso ó fátuo. No os importe encontrar señores con poco dis-

cernimiento; siempre hay algunos ilustrados, juiciosos y honorables que regalan á los juglares y les recompensan bien. Entre los ménos ilustrados, hay pocos á quienes el respeto humano no lleve á tratarles bien.

»No os prevengais ni en contra de aquellos que al principio se muestren retraidos, ni en favor de aquellos otros que son espléndidos desde el primer momento. Los que comienzan prodigándolo todo, acaban por no tener nada que dar, y, al contrario, los que muestran cierta reserva acostumbran á ser más liberales que los otros.

»Id lo primero de todo á la corte del noble rey de Aragon, y al presentaros á él, tomad un aire alegre y modales corteses y francos, pues que por el aspecto se juzga de los extraños. Como un monarca de esta importancia está siempre ocupado, inquirid cuáles son sus momentos de ocio para acercaros á él. No demostreis gran avidez por obtener gratificaciones. Aguardad á que le hayais complacido plenamente con vuestras habilidades, y por la atencion que os preste, podreis juzgar del placer que podais causarle.»

Entra en seguida á hablar de las cualidades más dignas de estimacion y se pierde en un laberinto de digresiones y análisis algo pedantescos con motivo del mérito y de la dicha, que define de una manera especial y verdaderamente escolástica. Diserta tambien largamente sobre la manera de adquirir, economizar y gastar lo que se adquiere. En medio de este caos, continúa, no obstante, dando provechosos consejos y teniendo rasgos notables.

Hablando de los hombres vanos y críticos, de aquellos que creen hacerse estimar haciendo reir, dice: «La maledicencia agrada, pero el maldiciente disgusta.»

Cuenta entre los deberes del hombre el disimulo para garantirse de los artificios, el valor y la fuerza para defenderse y vengarse de los ataques.

Censura á los ricos que se imaginan ser muy estimados porque se les trata con distincion, pero de los cuales no se hace caso sino cuando se les necesita.

Finalmente, establece una distincion entre la alabanza que honra, cuando es dada por gentes de mérito y capaces de juzgar, y aquella que no honra, cuando la dan los necios ó los maldicientes.

5.ª

Discurre en esta poesía sobre los deberes que tienen los grandes y la conducta que siguen.

«Los grandes, dice, por lo mismo que todo el mundo les observa y que tienen pocos medios para justificarse, deben cuidar con más atencion de no caer en falta, pues que el mundo se apresura más á divulgar las suyas que las de los otros. Tambien son más criminales cuando cometen alguna por lo mismo que la necesidad no les obliga á ello. Dueños de hacer lo que quieren, su falta es mayor escogiendo el camino del mal.

»Y sin embargo, se observa hoy que los más grandes señores son los que cometen más daño. Saben evitar y castigar los crímenes, pero son los más celosos en hacer

lo que impiden y castigan en los demás, desafiando así los juicios de Dios y de los hombres.

»No hay vicios más perniciosos que los del orgullo y de la codicia, y éstos son precisamente aquellos á que los grandes se entregan más ávidamente. Parece que teniendo más que los otros, debieran desear ménos, y es todo lo contrario. Cuanto más se tiene, más se quiere tener.

»Pero hago mal en arrojar toda la censura sobre los grandes. La mayor parte de ellos no desean otra cosa que la de hacerse querer. Sus faltas deben, pues, ser imputadas á los viles consejeros que casi siempre les hacen obrar contra sus propios impulsos. No teniendo como no tienen mérito alguno estos consejeros, quieren impedir que lo tengan sus dueños.»

Prosigue hablando el poeta contra esos cortesanos aduladores, y añade luégo:

«No debo fijarme más en asunto tan odioso, y quiero por lo mismo respirar otro aire hablando del amor, que es el contraveneno de toda amargura. Voy, pues, á satisfacer los deseos de los jóvenes, que me piden alguna leccion de amor.»

Y aquí, dice Millot, Nat de Mons se engolfa en una disertacion metafísica, cuya lectura es capaz de helar á los jóvenes y hacer bostezar á los que no lo son.

6.ª

La postrera composicion de Nat de Mons que vamos á examinar, es la que dirige al rey de Castilla D. Al-

fonso X *el Sabio*, composicion importante bajo muchos conceptos, pero mucho más por haber merecido una respuesta del monarca castellano en verso provenzal.

Ya en otras páginas de esta obra se ha dicho y repetido que D. Alfonso merece ser continuado en la lista de trovadores provenzales por las contestaciones dadas á Nat de Mons y á G. Riquier.

Nat de Mons, que debió ser familiar y protegido del monarca castellano, dirige á éste, gran entendido, como se sabe, en Astrología, una demanda acerca de la influencia de los astros sobre el hombre. El trovador se propone *tensionar* con el rey sobre este punto:

Al bon rei de Castela
N' Anfós, car se capdela
ab valor cabaloza,
Nat de Mons de Toloza
senhoriva lauzor
ab creissiment d' onor. .

«Sucede á menudo, le dice al entablar la cuestion, que los hombres más sabios y virtuosos son perseguidos por la mala fortuna, sin que tenga culpa alguna, miéntras que todo sale á pedir de boca á los malvados llenos de falsedades y vicios. Para darse razon de esto, muchos pretenden que la suerte de los hombres depende de la constelacion bajo cuya influencia nacen. Otros sostienen que la influencia de los astros no tiene poder alguno y que todo depende de la casualidad.

» Los primeros dicen que muchos sabios han estudiado los astros, y que está demostrado que en éstos se hallan

escritos los destinos de los hombres, y, en efecto, todo lo que existe en el mundo arranca su ser y vida de los cuatro elementos, segun el movimiento de los planetas, y lo que está regulado por los astros, parece de tal manera predestinado que no cabe variacion. Se fijan quienes esto sostienen en que se ve claramente cómo los acontecimientos son conducidos por su poder, desde el principio al fin, siendo anunciados á menudo por visiones durante el sueño y en vela por augurios y otros signos infalibles. El testimonio de nuestros antepasados, el de los sabios autores, las santas profecías, todo da fe de ello y todo conduce á probar que el hombre es feliz ó afortunado, segun esté predestinado para ello.

» Los que refutan la opinion del poder de los astros, dicen que las autoridades y las citas no pueden contradecir lo que enseña la razon, cuya vista es más perspicaz que la nuestra. La razon nos enseña que la casualidad no es árbitra de nuestra suerte; que nos guia una virtud más poderosa que la naturaleza; que creer al hombre sometido á los astros es creer que no tiene libre arbitrio para el bien y para el mal, y en su consecuencia para merecer ó desmerecer; que, si está compuesto de los solos elementos, no ha de quedar nada de su sér más allá del término de su vida; que el atribuirlo todo á los astros es desconocer á Dios, renegar de sus beneficios y ofender al Criador injuriándole. »

El poeta, al llegar aquí, va acumulando argumentos en favor de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. Se apoya en la prueba de otra vida, donde la justicia divina debe recompensar el bien y castigar el

mal, lo que no sucede siempre en ésta. Diserta sobre la justicia de Dios, cuyas recompensas y castigos llegan cuando es conveniente, y añade en seguida, contra la opinion favorable á la influencia absoluta de los astros:

«Hay en sostener esta opinion una doble locura. Los eclipses, las lluvias, los vientos y otras cosas naturales siguen el curso de los astros, pero el bien y el mal que hace el hombre no depende de ellos. La naturaleza del hombre es muy distinta de la de la bestia. Esta, por su inclinacion, no se ocupa más que de satisfacer sus apetitos y conservar su vida mortal, miéntras que el hombre es conducido por la razon á las mismas cosas que repugnan á su obligacion.»

El rey D. Alfonso acepta la cuestion propuesta por el trovador, pero en vez de *tensionar* con él, decide en forma de sentencia, y en verdad que el juicio del sabio monarca castellano no es el que podia esperarse, dados sus antecedentes y los mismos argumentos expuestos por el poeta de Tolosa. Oidas las razones todas, honradamente manifestadas por Nat de Mons, á quien el rey saluda y de quien queda muy complacido, pasa D. Alfonso á dictar su fallo.

Auzidas las razós...
Volens jutjamen dar,
dig á son comenzar,
Anfós per las vertutz
de Dieu endeveguntz,
augutz tos temps creissens...
Als sabis dans totz latz,
per cui nostre dictatz
er vist et entendutz,

gracias e salutz;
e per so platz á nos
la suplicatiós
que Nat de Mons nos fa
car motas razós ha
pauzadas ad honor...

Y sigue la sentencia, con todo su formulario, y con este fallo singular:

«Nos Alfonso, rey de Romanos, de Castilla, Toledo, Compostela, Sevilla, Leon, Córdoba, Múrcia, Algarve, Granada, Andalucía, etc.

»Fallamos que el hombre es gobernado en parte por los astros, en parte por el destino, y enteramente por la casualidad, y que el bien y el mal proceden de lo uno, de lo otro, ó de las tres causas á la vez. Pero, por lo tocante á decir cuál de esos tres principios inculca el bien y el mal, nadie en el mundo puede decirlo, pues que nadie conoce los juicios y los designios de Dios.»

O.

OLIVIER EL TEMPLARIO.

Milá y Fontanals que continúa á este trovador entre los españoles, suponiéndole catalan, indica la sospecha de que pudiera ser una misma persona con el otro trovador anónimo conocido por *el caballero del Temple*, de que se habla en su lugar respectivo.

Aun cuando entrambos debieron ser de una misma época no debieron ser uno solo. Ni el estilo es el mismo, ni la idea política que en uno y otro se nota es la misma. Ya Milá confiesa que halla á Olivier inferior como poeta, y es así, pero debe hacerse tambien la observacion de que *el caballero del Temple* (véase su artículo) era un ardiente gibelino, lo que no parece ser ciertamente Olivier.

Dos cosas hay que admitir en las apreciaciones de Milá. La primera, que Olivier era catalan, lo cual está muy bien deducido del contexto de su única poesía,

conforme en su espíritu y tendencias con las de otros trovadores catalanes de la misma época. Lo segundo, y esto honra á Milá, haber sabido llenar con acierto los blancos que habia en la composicion, al trasladarla de Raynouard.

Nada se sabe de Olivier, sino que era templario, por decirlo así los manuscritos al continuar la única obra de él conocida, que es un serventesio exhortando al rey de Aragon D. Jaime *el Conquistador* á vengar la derrota sufrida por San Luis y á marchar contra los sarracenos para recobrar el Santo Sepulcro.

No existe en el *serventesio* de Olivier aquella atrevida libertad de pensamiento que se nota en el del *caballero del Temple*. Más suave en la idea y en la forma, y con ménos valentía, aunque con más uncion, se limita á desear que el rey D. Jaime emprenda su cruzada.

Dice así:

«Largo tiempo he estado pensando en la causa que me mueve á escribir hoy este serventesio, pues nada bastaba á consolarme desde la hora en que el buen rey (San Luis) fué derrotado con sus barones y quedó el campo á merced de los turcos que lo deshonraron; pero me place ahora escribirlo porque veo que hay quien no se olvida de una causa, en favor de la cual clamaré miéntras tenga un soplo de vida.

»Hora es ya de que los felones turcos abandonen el Santo Sepulcro y los lugares de nuestra redencion, que no en vano se han cruzado muchos hombres de acá, condes, duques, marqueses y todos, y por esto ruego á aquel que es visible Trinidad, verdadero Dios, ver-

dadero hombre y Espíritu Santo verdadero, que les sirva de estrella y les guie, guardándoles y perdonándoles sus errores.

» Rey de Aragon, vos que no debeis temer á los malos pues que de Tortosa al Bearn y á Mallorca todo lo habeis conquistado, acordaos de Ultramar, que nadie es como vos digno de poseer su templo, al cual tan bien habeis servido. Ya que sois el más osado del mundo en hechos de armas, y ya que Roma os brinda á ello, acudid al punto á que todos os llaman.

» Si el rey Jaime con su hueste valerosa pasara allá, facilmente podria restaurar pérdidas y daños, recobrando el Sepulcro Santo, que contra él no vale poder alguno de los turcos, pues harto acostumbrado está á vencerles y derrotarles y á tenerles cautivos y sometidos. Vaya allá el buen rey y coronará las campañas de su vida.

» Padre verdadero, señor del firmamento, vos que en la Vírgen vinísteis para salvarnos, recibiendo el bautismo segun la ley antigua; vos que morísteis en el tormento, y despues de haber sacado del infierno á los justos, resucitásteis segun escrito lo hallamos, amparad, pues, en su santa empresa al rey que es dueño de Lérida.

» Rey de Aragon, yo os quisiera ver ya en el campo al frente de mil vasallos vuestros, y con vos á los dos condes á quienes guia alta prez y tambien al vizconde que es señor de Gélida.»

Estat aurai lonc temps en pensamen
de son don ieu vuelh ún sirventés far,
car no ves res que 'm pogua aconortar

de l' ora en sai que 'l bon rei fon perden
ab sos barós et el camp desgarnitz
pels turcs savais mot laiamen aunitz;
mas ara 'm platz car vei que no 'ls oblida,
ans clamarei mentre e cors aia vida.

La rezenzó e 'l sepulcre breumen
als turcs felós als convenc a laissar
per que n' an fag mans homs de say crozar
coms, ducx, marqués e 'ls autres eyssamen
per qu' ieu prec sil qu' es visibles Trinatz
ver Dieus, ver hom e ver San Esperitz
que el lur sia ver stella caramida
e 'ls guit e 'ls guart e 'ls perdó lor falhida.

Rey d' Aragó de tot mal non chalen
c' avetz conquist de Tortos' al Biern
e Malhorga, sovenga'us d' outramar,
per que autre non pot esser tenens
del sieus temple que avet tan gen servit;
e car vos es del mon lo plus ardit
de fag d' armas ni Roma vos convida
acoiretz sai o tot lo mon vos crida.

S' el rey Jacme ab un ters de sa jen
passés de lai leu pogra restaurar
la perd' el dan e 'l sepulcre cobrar
car contra lui Turx non an garnimen,
qu' el sa n' a tan vencutz e desconfitz
pres e liatz, mortz, nafratz e delitz
de mons e estortz en batalla en ramida
et a conqués so que tanh a sa vida.

Paire veray, sénher del firmamen
qu' en la Verge vengués per nos salvar
e batisme prezés pet l' antica ley
sus en la crotz on morís a turmen
e puey traissés d'iffern los just peritz
resucités qu' aisí o trobam escritz

sia guitz quan lo rey qui ten Lerida
al jutjamen sia en nostra partida.
   Rey d' Aragó volgra'us vezer garnitz
ab M. vassalhs vostres en cam floritz,
e que y agues .II. coms en qui pres guida
e 'ntre 's vescoms el senhor de Gelida.

TROVADORES

POCO CONOCIDOS Ó DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS.

Existen composiciones de poquísima importancia de *Olivier de la Mor*, *Oste* ó *L' Oste* y *Ozilz de Cadarts*, sin que nada más se sepa de estos tres poetas ni nada pueda decirse por sus escasas y poco notables obras.

FIN DEL TOMO QUINTO.

ÍNDICE DEL QUINTO TOMO.

